

ESTÉTICA DE LO HOMOERÓTICO

Por: Joel Otero Álvarez

ENSAYO (2013)

PALABRA CLAVE: Lo homoerótico

RESUMEN: Consiste esta reflexión en un nuevo paso en el cuestionamiento crítico y estético a las clasificatorias psicopatológicas sostenidas por y desde Freud, ahora en relación con el tema de la homosexualidad.

La distinción entre Vida y Sexualidad permite una creciente contraposición entre ambos conceptos (lo homoerótico y la homosexualidad) lo cual permite una mirada renovada del tema, y un ensayo de dilucidación de los malos entendidos, a los cuales diera paso la versión freudiana.

CONTENIDO

	Pag.
Aclaración obligatoria	4
Indispensable demarcación de registros nocionales	4
1. LO ESTÉTICO VS. LO CLÍNICO	
1.1 Introducción	7
1.2 La oferta estética que reubica lo mórbido	20
1.3 La homosexualidad en lo mórbido	24
1.4 La homosexualidad vs. Lo homoerótico	29
2. MÁS ALLÁ DE LO PSICOPATOLOGICO	
2.1 Las restricciones de lo clínico	37
2,2 La femineidad excluida	44
2.3 Lo humano repudiado	49

2.4 Lo excepcional excluido	55
3. LO HOMOERÓTICO Y LA SINGULARIDAD	
3.1 Cuerpos para el consumo	59
3.2 El mito platónico	66
3.3. Lo bello y la escisión	71
3,4 Lo homoerótico como posible estética de singularidad impedida	76
4. CODA	
4.1 El doble virus y lo homoerótico	80
4.2 Dos últimos señalamientos	86
4.2.1 El primero	86
4 2.2 El segundo	88
5. A propósito de la Bibliografía	90

Aclaración obligatoria

La revisión de algunos modelos habitualmente reconocidos como psicopatológicos ha venido siendo adelantada en estas reflexiones de aspiración estética; en primer lugar se abordó el tema de lo psicótico, tomando como referencia “el caso Schreber” y el caso del pintor Cristóbal Haizmann; luego se asumió el tema de la melancolía, partiendo en primer lugar de la lectura de los escritos de Kierkegaard; ahora se trata de explorar el asunto de lo perverso, específicamente asumido a la luz de una incursión en la noción freudiana de homosexualidad.

No se pretende con estas indagaciones refutar la oferta clínico-psicoanalítica, aunque sí resulta imprescindible reconocer inevitables carencias, que el paso de los tiempos ha acentuado, y que el uso acrítico de la teoría terminaría agravando; por lo menos, denunciar el insuficiente despliegue a ese nivel (así no se pueda negar criticismo a los aportes de Lacan) comparado con los ingresos indetenibles de los recursos aplicativos que el grueso de los terapeutas psicoanalíticos acostumbra implementar; seguidos por el resto de los clínicos de la Psicología, y de los propios psiquiatras, poco dados a avanzar más allá de lo puramente descriptivo.

Indispensable demarcación de registros nocionales

El homosexual. Se trata de quien porta una estructura sexual definida del lado de la escogencia de objetos de complemento del mismo género.

La homosexualidad. Alude a la estructura que subtiende en los comportamientos homosexuales y que, en cuanto tal, acompaña y sostiene el andamiaje psíquico de quienes eligen complementos sexuales de su mismo género. La homosexualidad admite distinguir además, la presencia de tendencias, más o menos fuertes o francamente diluidas, según se impongan claves defensivas que protejan de su abierta implementación.

Lo homosexual. Concepto que recoge, desde la escueta modalidad electiva de los homosexuales hasta las variantes y alternancias del manejo que a partir de la normalidad y de lo social se estiló y estiló a través de los tiempos y a nivel de los más diversos grupos humanos; siempre una réplica de uno u otro corte se impone allí, la cual como sombra inseparable acompaña e incomoda a estas resultantes sexuales. Lo homosexual comporta la ampliación (entonces reconocida como estética) de una franja que clínicamente resulta estrecha y restringida a aplicaciones terapéuticas de orden predominantemente particular; lo homosexual -en cambio- se altera y modifica según se vayan incluyendo registros que implican territorialidades no necesariamente clínicas: morales, religiosas, sociales, artísticas, etc..

Lo erótico. Aunque de entrada (Bataille) el concepto sirviera para sumar la incidencia del saberse para la muerte en los despliegues de lo sexual, una vez se reconocen definitorias diferencias entre *la vida y la sexualidad*,¹ el asunto se disgrega y complejiza; tanto más, si se incluye la contundente marca de lo tecnológico-terrorista en tales modelos, particulares y de conjunto.

La vida -es cierto- comporta más amplia acepción que la sexualidad, la cual resulta ser una modalidad suya, importante sí, aunque impedida para recubrirla plenamente.

Por lo demás, cuando se trata de la pulsión en Freud -donde vida y sexualidad no se distinguen de forma explícita- nunca se sabe por eso mismo hasta dónde se nombra con ello lo mero vital, el impulso sexual, una fusión inextricable entre

¹ Si bien la sexualidad empalma con la vida, de una forma indispensable en cuanto hace referencia a su reproducción, ello no implica que se les asuma como una y la misma cuestión; menos aún, que la vida sea reducida a escueta sexualidad, como si fuera un modo de ésta.

Conviene adelantarse desde ya a una posible objeción, según la cual, estaríamos con ello dando la razón a la Iglesia Católica, que supuestamente defiende la vida en contraposición con toda sexualidad. En primer lugar, aquí no se está defendiendo nada, ni mucho menos tomando partido por ésto o por aquello; de otra parte, debe decirse, que más que una apuesta por la vida, la Iglesia repudia asuntos como el aborto partiendo de un reclamo que es, por sobre todo, moral. Lejos de allí cualquier intento de dilucidación teórica, como en efecto es de cuanto se trata aquí.

ambas nociones, o incluso, las urgencias tanáticas sumadas tardíamente, sin que la noción de pulsión se altere ni revise.²

En este texto se muestra cómo, por todo ello, muchas dimensiones decisivas resultan minimizadas, marginadas, excluidas de hecho en más de un sentido; lo humano, por ejemplo, antes de toda escisión -como matriz estética generadora de formas inagotables-³ se decide de entrada como ampliado registro erótico-tanático en las formalizaciones que consolidan mundo; y sólo, luego del reconocimiento de la escisión que define entre otras cuestiones la diversidad entre hombres y mujeres (y, antes aún, entre lo masculino y lo femenino) halla sentido, la inclusión de lo sexual, entonces sí asumido como de plena cobertura, con lo cual esta última dimensión pasa a regir y a incidir de forma principal.

Entre *lo homo* y *lo hetero*, *lo erótico* se escinde, y termina perdiendo sus atributos más basales, adaptado a cuanto, por supervivir, le incluye de modo inevitable; sus modificaciones pueden ser francamente extremas, y habrá de ser por ello que su apropiación resulta evasiva y dispendiosa hasta lo arbitrario.

Lo homoerótico. Inicialmente, lo homoerótico se opone y/o complementa lo homosexual, desde que la vida y lo sexual se diferencian decisivamente, o se reúnen de un modo a su vez indispensable; de un modo u otro, pertenece siempre al registro del mundo que arma matriz estético-formalizante, en contraste con el modelo homosexual que presupone -en tanto la opción modal que resulta siendo- la escisión de lo humano; por todo ello, a lo homoerótico se

² El concepto de bisexualidad constitutiva introducido por Freud, deja a su vez pendiente la distancia entre vida y sexualidad, entre matriz de lo humano -donde el modelo se formaliza y se mantiene unificado por encima de toda escisión y modos de lo humano empíricamente dados.

En la escisión de lo humano (que no sólo califica a lo sexual, debe decirse) el tema de lo bisexual, aunque pareciera un registro linderal -más bien a mitad de camino entre la matriz y sus modalidades- lo cierto es que Freud lo toma como dado a partir de claves anatómicas basales; ello en alguna medida determinará la compleja congestión que surge a partir de allí en el manejo de asuntos como este de lo homosexual, que de modo principal se viene abordando aquí.

Como fuere, la escisión anexa sobre lo vital *lo homo* y *lo hetero*, que dan a *lo erótico* dimensiones contrapuestas y disímiles. Lo cierto es que el tema mismo es complejo y por demás engorroso; y sería inadmisibles atribuir de manera redonda a las imprecisiones freudianas la génesis de las densas contradicciones, crecientes y hasta ahora indetenibles, que la temática en cuanto tal comporta.

³ Lo humano en sí, en cuanto indiviso y definitorio, es sólo posible en principio como acepción estética; pero es modalidad del mundo, y en cuanto tal, remonta toda escisión, sin duda existente con sólo observar la plena cobertura histórica de su despliegue más allá de empíricas y escuetas demarcaciones, reconocidas a partir de sus modales resultantes presentes; lo humano en su conjunto entonces es resultante modal no menos restringida, a pesar de envolvente; de otra parte, el arte o el mito -incluso, a un nivel estrictamente teórico- no sólo hacen factible su prioritario, definitorio reconocimiento; delatan que sin tal recurso nocional, el resto de emergencias suyas desde la matriz que las encarna, inevitablemente se desmoronarían.

lo define en principio -dada su condición de amplio espectro-⁴ como versión donde la vida-muerte se recoge bajo la impronta modal que da ampliada prelación a *lo semejante*;⁵ recubre por ello de entrada una amplia franja donde la confrontación y/o complementación con lo homosexual, resultan oscilantes y restringidas a empeños de síntesis, siempre parciales e incompletas; de hecho, en su más amplia acepción, lo homoerótico podría aludir a asuntos donde lo sexual no estuviera de modo necesario incluido; la inversa en cambio resulta impensable.

Cuando lo máquico (dado el despliegue de lo tecnológico-terrorista) se apuntala de manera decisiva y progresiva, lo homoerótico amplía sus coberturas y altera sus referencias, inicialmente restringidas a una primordial condición -entonces regida a partir de un discurrir, más bien del orden de lo biológico- hasta demarcaciones de amplio espectro que incluyen la marca de lo social y de lo urbano, de modo tal que lo humano más basal resulta restringido y radicalmente reinterpretado como efecto de Obra; o sea, como obra-en-la-obra-humana-de-conjunto; lo cual termina invirtiendo el modelo, sobre-determinándolo a título de producto suyo, en cambio de la condición productora que inicialmente fuera. La vinculación a la Obra es homoerótica, de un modo que hasta lo homoerótico resiente; pues el vínculo allí, resulta siendo adictivo antes que sexual.

Por todo ello, surgen opciones de recuperación de registros cuya denominación deriva, de algún modo, ausente, si no siendo bizarra su sola explicitación, aunque no por ello tengan menos presencia, como especificidades inocultables y a nivel de concretas contradicciones que se quisieran a su vez remontar: lo homo-tanático, lo hetero-erótico, lo homosexual negativo, etc.

Estos conceptos no se van a definir aquí y ahora, pues como quedara señalado, sólo circunstancias puntuales los imponen; de tal modo, que en su momento harán aparición sin generar por ello necesariamente abierta cobertura, o resultar siendo asumidos como portando la constancia que arrastran las nociones previamente demarcadas.

⁴ Y se dice “en principio” porque luego, bajo la égida y prelación de lo tecnológico-terrorista (modelo máquico) lo homoerótico modificará radicalmente su sentido y hasta llegará a contraponerse con su versión más originaria, tal cual se le retomará más adelante.

⁵ Lo semejante viene dado, desde el inmediato semejante (condicionado por la previa asunción de lo especular) hasta la construcción del mundo mismo; lo cual comporta de modo necesario el enganche con un enlace primero y último, sin el cual restan por fuera el enigma y el secreto.

Como fuere, el amarre erótico con el mundo, desde la modalidad que se es, alude a un vínculo primordial y basal que es donde lo sexual termina afincándose luego; y no a la inversa, ni de modo autónomo tampoco.

1. LO ESTÉTICO VS. LO CLÍNICO

1.1 Introducción

UNO. Ya Freud señaló -por lo demás, con gran lucidez- que el problema de las patologías mentales coincidía con el impedimento de resolución, que objetiva y envolventemente planteaban ciertas realidades constitutivas; circunstancias definitorias, que imponían asumírseles de manera directa y sin opción ni alternativa otra; modelos imposibles de incluir, sin atenuantes que obligaban al uso de defensas, o bien insuficientes -o peor aún- francamente inconvenientes; dígase la diferencia sexual para las histerias de conversión, o en relación con los obsesivos, el indescifrable origen y el destino irremontable que decide la muerte.

Morir, sin duda, resulta ser una realidad inapelable; otra cosa ha de ser, vivir todo el tiempo con el peso de esa condición sobre los hombros; normalmente, el recurso defensivo consiste en aplazar el asunto, minimizarlo, restarle importancia, dado que hay un tiempo disponible, antes de que el letal e inevitable acontecimiento ocurra; el obsesivo sin embargo no consigue desprenderse de la muerte, cuya sóla y sorda amenaza le agobia de forma permanente, mientras sus empeños defensivos para negarla o evadirla no logran otra cosa que agravar la situación, obligándole a incrementar inútiles esfuerzos y a dificultar de modo progresivo sus recorridos.

DOS. Más allá -dirá Freud- el obsesivo, antes que por su propia extinción, resulta amenazado por su hostilidad, no necesariamente presente de igual modo en sus semejantes quienes -aunque tampoco escapan a idéntico destino- por la ruta del aplazamiento sin embargo parecen ajenos y desprevenidos frente al tema con relación al cual más bien se hallan -por decirlo así- anestesiados;⁶ hostilidad que incrementa su presencia, complicando su manejo hasta lo indecible desde que está siempre a punto de evidenciar el real e

⁶ Freud incluye en los destinos de pulsión una variante (la indiferencia) que el obsesivo parece manejar con gran torpeza, o estar definitivamente negado a su ejercitamiento.

insoponible trasfondo que decide semejante problemática, y que tal cual pensara Freud, a nivel inconsciente amenaza con hacerse presente a cada paso desde que las defensas resultan menos radicales de cuanto de hecho se impondría fuesen.

En efecto, el obsesivo estará siempre a punto de desembocar en el reconocimiento de su deseo más fundante; el cual consiste (nada menos) en la irracional urgencia de dar la muerte a su progenitor; ello (sumado a sus insuficiencias defensivas y dado que resulta impracticable, pues en tal sentido el obsesivo es de hecho un asesino hiper-impedido) le da en cambio como una suerte de “chivo expiatorio” frente a una culpa que subrepticia, silenciosamente, comparte con el resto de sus semejantes, no menos parricidas impedidos; por todo lo cual, de algún modo termina supliéndole al colectivo asuntos fundantes que de esa forma encuentran más cómodo exutorio.

TRES. Psicoanalíticamente visto, ser humano -en efecto- es estar fundado por un parricidio al cual se trata de mantener negado (“sublimado” diría Freud) y la sola encarnación de una culpabilidad desmedida dará -a quien de ese modo se presenta- condición inocultable de sospechosa procedencia.

Sin embargo, esta réplica desde lo normal (presente siempre cuando de los modelos patógenos se trata y que se da también en los desciframientos del Psicoanálisis) resulta sumada al malestar de quienes, en cambio, resultan reconocidos como enfermos y que en cuanto tales tendrán que asumir como suyo un destino que masivamente el resto desapropia y repudia.

Es cierto, esa economía del gasto que decide al conjunto, y que no hace menos con las patologías, no sólo deriva ignorada en los develamientos de la teoría freudiana; la idea, defensiva ya, según la cual las neurosis y demás comportamientos mórbidos no son antes que nada expresión sintomática del modelo de conjunto, deciden un constitutivo *afuera*, que siendo indispensable al modelo social, bloqueará asuntos principales, a pesar de todo imposibles de excluir.

O sea, que la contradicción -de un modo u otro- termina siempre fundando.

CUATRO. El propio Psicoanálisis no puede ocultar, que la borradura del asesinato del padre por parte de la horda humana, debe ser atravesado de continuo (tanto colectiva como particularmente); borrado y /o sublimado ello de la forma más tajante (así se sepa que cualquier recurso posible o pensable no resulta ser suficientemente radical hasta el punto de evitar que la cuestión más

decisiva, repudiada y constitutiva, haga emergencia de manera continua y a todos los niveles) un asesino impedido debe ser siempre disuadido en el fondo de los corazones de quienes, masivamente, hacen parte del colectivo humano.

Olvidando incluir un asunto con otro (las resultantes asumidas como patógenas y el envolvente modelo defensivo de conjunto)⁷ la lectura psicoanalítica deriva del lado de una suerte de “Clínica de lo particular” la cual da paso -reafirmado e indiscutido- a cuanto en realidad se doble-forcluye.⁸

El resultado: no sólo la cancelación al interior del modelo mismo en cuanto tal, también el traslado al otro repudiado afuera; de hecho, real transferencia que hará del excluido, alguien que termina padeciendo -además de su drama- el peso pleno de eso no asumido por el colectivo; suerte de minus-valía, que aunque inversa a la plusvalía marxista resulta siendo del mismo corte, en la medida en que -aún siendo motor- se le minimiza: núcleo que se expulsa y niega del modo más tajante.

CINCO. El sepultamiento de la condición asesina -señalado previamente aquí- que sobre la faz de la tierra decide e ilustra con extremada contundencia la presencia humana toda, pasa a ser abstraído del lado de los destinos de una masiva culpabilidad, que sin embargo cada quien tendrá que administrar a su manera, y que terminará expresándose a título de variantes inevitables, frutos de la asunción de una imperiosa y ciega Ley.

De modo envolvente, la cuestión torna -casi ritualmente- silenciada; y, dado que no se consigue desaparecerle, su inclusión en negativo se impondrá desde entonces como determinante, haciendo de la defensa del normal -en ensamble con las pretensiones de lo social- poder encarnado e indiscutible; su remontamiento decidirá la forma de calificar comportamientos, que por una u otra razón, se aproximan a semejantes realidades inocultables; y el orden, la religión, la justicia, y tantas otras suplementarias modalidades, se afincarán con plena solidez sobre ese piso que no admite emergencias ni reconocimientos, diversos a cuanto esta lógica apabullante determina e impone.

⁷ ¿No son modelos mórbidos en sí tales emergencias? Seguramente sí, pero cuanto se viene señalando es que no resulta ser menos sintomático el registro que les juzga y somete, el cual -de ser reconocido como tal, y no como evidencia indiscutible- encubre la realidad estética de emergencias, que vistas de esa manera dan paso a tipos de lectura renovada, a versiones diversas, incluso a otras modalidades de cuestionamiento.

⁸ Cf. Otero, J. “Psicosis escrita y psicosis reclusa” (En Biblioteca Digital. U. Nal. Bogotá, Colombia). En lo esencial, lo doble forclusivo nombra la defensa que consolida normalidad y que mira como extraño y ajeno a cuanto de hecho devuelve el retrato de lo más fundante y originario (tal el caso de cuanto se repone por la vía de las psicosis). Lo humano resulta desde entonces inabarcable, como si perdiera una parte, o generara una irreconocida, repudiada espacialidad, que acoge las modalidades donde se juntan diferencias y exclusiones.

SEIS. Eso de una parte; de otro lado, no que no exista de manera más que evidente la diferencia sexual anatómica, ni que por ende no se imponga ello como inapelable; o sea, no sólo que los seres humanos sean o bien mujeres u hombres en cambio; es que se suma a todo ello la realidad de lo masculino y de lo femenino, que no necesariamente permite el armado de redondas y definidas certezas, donde lo femenino decida sin más a la mujer y lo masculino constituya en la base a quienes anatómicamente resultan siendo reconocibles como hombres; es que, en realidad, torna todo insoluble desde que se trata -ya a nivel mental- de una condición tanto más basal y envolvente, la cual se decide -volverá a afirmar Freud- a título de “bisexualidad constitutiva”.

Ello connota -nada menos- que cada quien, independientemente de su condición corporal, incluya ambos registros (masculino y femenino) y sólo la educación y en general los imperativos desde lo social, y a partir de la historia de cada quien conseguirán decidir, que resultantes de un cierto tipo, en la mayoría de los casos terminen siendo reconocidas por ello como normales.⁹

SIETE. Dicho todo así, pareciera el tema de la bisexualidad extrañamente recalcado, dada la obviedad de sus implicaciones; pero es otra cuestión el asunto de su real asunción; en efecto, la gente supuestamente normal¹⁰ logra (no se sabe muy bien cómo) dar la vuelta a esa llave, permitiendo con ello remontar el terror castratorio,¹¹ convirtiéndolo en cambio de manera enigmática en disfrute indiscutible; la verdad es que, para ello, se ha logrado brincar un abismo, previo a lo cual más fácilmente cada quien debiera resultar reconociéndose como abiertamente impedido.

Lo excepcional es que (así se apele a ello ideología, masiva defensa doble-forclusiva, directa escisión en envolvente ejercitamiento, etc.) cuanto extrañamente consigue la mayoría (quizá, en cuanto impelidos desde afuera

⁹ “¿Y es que acaso de hecho no lo son, y no sólo por tratarse de una apabullante mayoría?”-se podría reclamar sorprendido. Lo cierto es que se avanza de modo progresivo hacia modalidades tecnológicas donde el tema de la reproducción de la especie podría no urgir partiendo de modo necesario de la directa mediación sexual de los individuos humanos; hasta entonces, de todos modos, el modelo de lo normal viene ya afectándose tanto que sus futuras derivaciones resultan casi impredecibles.

¹⁰ Y no que no lo sea; es que se trata de la noción de normalidad, la cual oscila de continuo; que carece de la fijeza y de la constancia que corrientemente se le asigna desde que se le asume como medida y paradigma indiscutido, en cambio de reconocerle como resultante tanto o más compleja que el resto de derivaciones psíquicas; tal cual, en algún momento, el propio Freud reconociera como indispensable y conveniente.

¹¹ Es aquí donde muerte y sexualidad se juntan, dando al terror prelación sobre la duplicidad pulsional supuestamente irremontable; mientras la vida queda como pieza suelta, parapléjicamente ensamblada a la Obra, la cual la somete y reduce desde la ceguera inapelable de sus desbocadas urgencias. Externa pulsión máquica, se diría.

por poderes que han terminado siendo más apremiantes y decisivos que las insuficiencias e imprecisiones meramente biológico-psíquicas a partir de donde el modelo partiera) se impondrá desde entonces como realidad indiscutible; por ende, a nadie importará juzgar las cosas desde una perspectiva menos imperiosa y predeterminada.

Como ya ha sido resaltado, ésto -tan redondo y contundente- no logra sin embargo consolidarse de manera fácil, y habrá de sufrir continuos altibajos y mermas; en efecto, de un cierto tiempo para acá, ello ha venido dando un vuelco, y el formato habitual de juzgamiento de los comportamientos sexuales, en más de un sentido ha derivado por rutas diversificadas de difícil apropiación y coherencia.

OCHO. Lo dijera Freud o no, en ese mismo sentido diagnóstico que reconoce lo mórbido inserto en realidades insolubles e inapelables, cabría afirmarse que la escisión entre géneros impide también a los denominados homosexuales encontrar una salida que diera paso al entronque esperado entre el modelo corpóreo de mujeres y hombres con los registros de lo masculino y de lo femenino que de un modo u otro les complementa.

De hecho, invirtiendo los formatos y combinando los asuntos -de una manera, posible pero de difícil asunción a nivel social- es bien sabido que un cuerpo de hombre, por decirlo así, admite o podrá demandar un alma predominantemente femenina, o que resulte factible una mujer alojando a su vez en su ser una masculinidad predominante.

Y es que así -según Freud- pasar de largo por el tema de la castración; no sólo trocando su domesticamiento en disfrute; también como beneficio de reproducción para la especie y tanto más decisivamente, para las urgencias repositivas de lo social, es constante que acontece a nivel de todas las personas reconocidas como normales; y sin embargo ello no resulta ser, ni mucho menos, ni obvio ni inevitable.

Como fuere (para Freud, y para cuantos de un modo u otro le siguen aún en ello) esa realidad inocultable que mal se nombra con el apelativo de "homosexualidad" es francamente mórbida; un cuadro más, en el mapa de los registros reconocidos como patógenos.¹²

¹² Freud no repudia la homosexualidad; sin duda intenta explicarla y descifrarla; pero -al asumirse de modo inaugural como el terapeuta (de hecho, aún no instalado en el lugar indiscutido y aprobado por lo social y por la normalidad) al pasar a ser directo aplicador auto-decيدido, la necesaria y progresiva generalización de ese lugar -desde que se suman cuantos le son fieles en ello sin objeción alguna, y a quienes masiva y casi desprevenidamente les es dado el poder de modificar y resolver cuanto se asume

NUEVE. El homosexual existe en sí entonces y predominantemente para la perspectiva clínico-aplicativa, a pesar de demandar de otro que le complete y realice.¹³

En efecto, a diferencia de la construcción que conjugan las neurosis -y que se dan como espacialidades incompatibles, directamente encarnadas de forma personal por quienes las soportan- los denominados “modelos perversos”, dentro de los cuales se insertan (a la luz de la perspectiva psicoanalítica)¹⁴ las estructuras homosexuales, implican el complemento indispensable de un *partener*; reciprocidad, también factible de hallarse presente en los modelos sado-masochistas pero ajenas en cambio de otras como el onanismo o el voyerismo, etc.

Como fuere -portador de una peculiar estructura la cual permite conseguir y realizar ensamble e íntima fusión- sin ello, los específicos despliegues del armado homosexual en cuanto tal resultarían impracticables; o sea, que hay allí ya un inocultable inicio de “lazo social”, el cual altera drásticamente la relación

con toda evidencia como directamente torcido o sintomático- en niveles más amplios de implícitas asunciones y tomas de partido, se terminarán decidiendo acuerdos en niveles donde no se necesitan explicaciones muy refinadas para decretar decisivas exclusiones.

Es por ello que, mientras a Freud no se le aprobaba inicialmente como el teórico que descifraba y removía lo más basal de los armados de lo humano, la Clínica Psicoanalítica -luego de paulatino y sutil sometimiento- terminará en cambio recibiendo progresiva aceptación y abierto reconocimiento; claro, sumando de manera creciente y de modo inevitable “moralina” y arribismo en semejantes reajustes; lo cual, por supuesto, ningún psicoanalista estaría dispuesto a reconocer aisladamente; bastará sin embargo, observar la forma como a través de los tiempos se alteró el modelo -burocratizado y empobrecido en sus registros más comprometidos- para entender por qué esas posiciones y ocultamientos de conjunto resultan siendo complementos inevitables de un hacer más bien de corte irreflexivo.

¹³ Es sabido que es el propio Freud quien distingue de entrada entre *homosexuales* y *homosexualidad*; que antes de sus desciframientos, sólo había homosexuales; en cambio, desde que la oferta interpretativa psicoanalítica entiende y explicita la realidad de los motivos que deciden de tan contundente manera a estos seres, se les puede reconocer e integrar bajo el apelativo de la estructura, que encarnan como modalidades suyas; lo cual -no se puede negar- de algún modo arma decisiva diferencia.

Pero, para la Clínica Psicoanalítica de Aplicación, el homosexual sigue siéndolo aisladamente y apenas en primer lugar, como redonda reposición individualizada; de hecho, sólo por esa vía el homosexual encuentra acceso al consultorio terapéutico; mientras que, cuanto deriva del lado del restante limbo de sombra, si no se excluye de forma tajante, pasa al menos a subordinarse al imperativo de esa dominancia; tanto más, en la medida en que lo teórico resulta progresivamente reducido por la tiranía que imponen la urgencias aplicativas.

El Psicoanálisis, con la mejor intención, comenzó ofreciendo inclusiones desde ampliadas, forzadas alternativas de lo social; sin duda, reduciendo los espacios de exclusión; al final sin embargo, se apuntaló como un poder más que ponía condiciones y que en la actualidad, con un inocultable autoritarismo, supuestamente justificado como cuestión de método -aunque de hecho variara más o menos, según la circunstancia- derivó del lado de una estrechez de miras, reforzando la constricción de sus opciones desde la selección misma, que como disciplina terapéutica en cada caso imponía y/o se imponía.

¹⁴ No sobre recalcar en la duplicidad de sentido que el concepto psicoanalítico de perversión tiene, según se trate de la niñez, o de las consolidaciones mentales adultas; cuanto es normal allá, resulta impugnado acá; y esa condición, ambigua y contradictoria, de la noción resulta empantanando los desciframientos y promocionando por contraste, los enjuiciamientos y contaminaciones, antes valorativas que explicativas.

del entrecruzamiento con las diversas o integradas réplicas desde la colectividad.

Para el terapeuta sólo se trata a “un homosexual que consulta”; y así fuese la pareja a tratamiento por propia iniciativa, difícilmente se les atendería aceptando semejante decisión, tal cual en cambio se acostumbra cuando se trata de esposos que se van a separar, o de niños que no pueden cancelar el valor de las citas.

La tesis de que lo clínico trata con el criterio del “uno-a-uno”, entonces resulta siendo allí, constituyente como nunca.

DIEZ. Sin embargo, la apetencia que no consigue directo y recíproco ensamble en otro semejante no es menos decisivamente homosexual; así el acto sexual mismo en cuanto tal, obviamente no se consiga realizar entonces.

Pues bien, es por ello que simultáneamente, a quien de esa forma ilustra las cosas, no se le liga de manera directa al tema de la homosexualidad más constitutiva, ni se le reconoce formando parte de ese conjunto, siempre heteróclito y vigorosamente integrado.

En cambio, el encuentro ritual -que describiera Marcel Proust en su novela “En busca del tiempo perdido”- ofrece incomparables resonancias, las cuales reponen trasfondos donde el enigma y el secreto danzan una música inaudible, ilustrando una realidad que sobrepasa toda justificación y que no permite reducción alguna desde su salvaje y arbitraria emergencia.

Se trata entonces del reconocimiento que la homosexualidad -al saberse retratada en espejos recíprocos- delata, con un júbilo que acaso sólo es comparable con la dicha más plena de los niños de escasos meses, cuando se reconocen en la imagen especular.

ONCE. Como fuere, ya a Freud mismo se le impuso reconocer, que bajo el mismo apelativo -demasiado pronto admitido como redondo y envolvente- se daban variaciones que demandarían exploraciones diversificadas; las cuales, no necesariamente “cabén (tal cual se acostumbra decir) dentro de un mismo saco”. Sabido es, que incluso una base común decide lo homosexual como trasfondo inapelable y envolvente para el conjunto de los humanos; y que -siéndose francamente laxo en referencia con esas inclusiones- es sólo la mayor o menor capacidad de defensa cuanto termina decidiendo una u otra

modalidad de inscripción y de prelación; esto sí, Freud lo pudo ver con indiscutible pertinencia.

Pero en cuanto a lo defensivo se refiere es también más que cierto, que no sólo la muerte y la bisexualidad constitutiva demandan maneras diversas, injuntables, de colectiva o personal- defensa; sin olvidar que externamente se suman a su vez las pugnas entre poderes armados como realidades sociales, los cuales -de forma diversa e incomparable- podrán chocar de manera adicional y de modo tajante, a pesar de esfuerzos inocultables de liberal incorporación.

Es quizá esa la razón por la cual represión -policial o estatal- y represión mental, siendo tan diversas, sin embargo utilicen la misma noción para al tiempo definirse, reunirse y distinguirse.

DOCE. Ahora bien: sin tener que recurrir a semejantes expansiones ¿cómo ignorar que la muerte está siempre allí, de esa manera que la da como extrañamente presente; de un modo al menos francamente diverso de cuanto acontece con la tardía y más bien derivada emergencia (a título de implicación por sobre todo teórica) de una bisexualidad más anímica que corpórea, la cual, así sea denominada “constitutiva”, resulta principalmente extraída “como un as de la manga” desde la magia descifradora de la lucidez freudiana?

Y habrá de ser por todo ello que en cualquier circunstancia a los seres humanos que se auto-asumen como normales, los diversos comportamientos que implican tajantes diferencias en las prelações de lo sexual generalmente se les impongan como indescifrables; y cuando desde esos lugares de gratuita evidencia se enfrentan tales variaciones, no resultan siendo igualmente excluidas, tal cual acontece en cambio con las emergencias neuróticas, con las evidencias perversas, o -tanto más radicalmente aún- con los desbordes psicóticos; o, apenas, con tantos otros seres, no menos normales aunque dueños de irreductibles y divergentes formas de ser.

TRECE. En relación con las perversiones sexuales que ilustra del modo más paradigmático la homosexualidad (asunto del cual aquí de manera principal se viene tratando) los manejos han sido a través de los tiempos y en los diversos conglomerados humanos más bien repudiantes y excluyentes; al punto de obligar a los directamente implicados por esas problemáticas al ejercicio “en clandestino” de sus eróticas urgencias; pues, de ser descubiertos, ello

conduce, condujo siempre con mayor o menor vehemencia a tajantes actuaciones punitivas y a escandalizadas denuncias y rechazos.

Sin embargo, en la actualidad se asume por ley que cualquier comportamiento de ese corte debe ser acogido como normal; de hecho, jurídicamente, se le reconoce como un derecho inalienable, y resulta más fácil en cambio que sean objeto de cuestionamiento y de censura las manifestaciones que den pie a la emergencia de cualquier posible modalidad de rechazo frente a semejantes evidencias; por lo demás, cada vez más cuantitativamente presentes y diversificadas.

Pues bien: cuanto se programa con toda contundencia como legal consigna se impone como cuestión muy diferente a nivel de ejecutorias y de reales asimilaciones, por parte de quienes se suponen portadores indiscutibles de normalidad; una suerte de manejo aparente viene a dar como liberalidad fingida a cuanto, en el fondo, sigue ejemplificando idénticos repudios dado que la realidad de ambos modelos -mayoritariamente normales los unos, y ejercicios de demeritadas minorías los otros- no ha sido, a nivel estructural, mínimamente modificada.¹⁵

CATORCE. En síntesis, así parezca irrefutable y contundentemente válida la argumentación teórico-psicoanalítica, ello se debe a la inclusión de dos condiciones indispensables: de una parte -cuando de la sexualidad se trata-, si cabe describir desde una misma lógica el universo de posibles comportamientos humanos, habrá de ser en la medida en que se asuma la decisiva y prioritaria inclusión de la noción de inconsciente; por otro lado, más complicado aún así no lo parezca, porque se reconoce la realidad primera de la citada bisexualidad constitutiva.

Ahora bien: lo cierto es, que como Freud nunca demuestra la razón de ser de esta última clave (la bisexualidad) al menos tal cual se asume en cambio la inobjetable existencia del inconsciente, esa disparidad marcará de manera decisiva.

¹⁵ Basta pensar en las implicaciones que comporta asumir el riesgo de contar con un homosexual en la familia: hijo, hermano, primo, el padre mismo; en cambio -una vez dado ello- el grupo todo cae del lado de idéntica exclusión, (tanto más aún en la medida en que asuma una posición comprensiva. Si bien habrá grupos o individuos -naciones de hecho- capaces de terminar elaborando inteligentemente una situación tal, nadie podría negar que el asunto llega a asumirse también en gran cantidad de casos, como una real, irremontable catástrofe; sin duda, con mayor vehemencia en países tercermundistas. Lo cierto habrá de ser, que desde esa empírica perspectiva, entre la realidad de lo dado y la retórica de las normatividades exista, en mayor o menor medida, una distancia finalmente irreductible; al menos, la marca de *eso* que sólo a posteriori y con extremo esfuerzo termina diluyéndose sin desaparecer del todo nunca.

La bisexualidad constitutiva sería en realidad más visible como un poder que paradójicamente se define desde el silenciamiento de su condición; es, en cuanto prohibida, como condición basal sin embargo cancelada, que la bisexualidad resulta clave, pieza primera que completa y aclara lo más disperso, diversificado y oscuro que la sexualidad expresa en las resultantes de conjunto.

Desde entonces -ha sido señalado aquí- se trata de una verdad que vale sobre todo en lo teórico, aunque deja sin tocar mayormente, el peso decisivo de las asunciones que se desprenden de la observación empírica, donde sin embargo de manera directa la sexualidad encarna.

QUINCE. Por lo demás -agravando las cosas- Freud no explica la razón de ser del repudio frente a las diversas emergencias de lo sexual, que por eso mismo se decide desde la base, y que de asumírselo impondría dar cuenta de los impedimentos que delata lo humano para reconocerse por fuera de sus modalidades; o sea, más allá de sus siempre insuficientes reinterpretaciones.

Del modo más retorcido, un Freud racionalista -en clara contraposición, entonces sí, con ese empirismo ciego- pareciera asumir a la noción de bisexualidad como empíricamente dada, sólo que en la medida en que -desde la argumentación más contundente- ella da paso a esa única versión posible, donde una imprevista pieza pendiente confiere coherencia al modelo en su totalidad.

O sea, que lo que se impone como definitorio a nivel teórico -no que no necesariamente aparezca con igual contundencia expreso a nivel empírico- es que resalta la arbitrariedad de una presencia, que por sobre todo impide, que no permite que calcen las piezas naturalmente previstas o encajadas en un orden más amplio y coherente.

Contaminada posición que para Freud comporta el reconocimiento no menos empirista, aunque de otro corte (empirismo racionalista). Por todo lo cual, se termina decidiendo que si la bisexualidad -como si se tratara de un real atentado teórico- es así pues simplemente así es; y ello incluye graves e inevitables consecuencias, las cuales no son sólo validables a nivel de la aplicación clínica¹⁶

¹⁶ Incluso, Freud podrá apelar entonces a descripciones y a constataciones directas (anatómicas y comparativas, particulares y masivas, de hecho de indiscutible validez empírica) donde sin embargo el *por qué* no exige pendientes, decisivos develamientos, desde que el *cómo* carga con las urgencias que se imponen, a partir de cuanto deja inocultable, escueta constancia.

DIECISEIS. Es claro entonces que esa obediencia a la convención (la cual rige desde lo social ofreciendo como dada la siempre discutible aceptación de toda diferencia) resulta efectiva, necesariamente, ciega y mentirosa.

Lo cierto habrá de ser que ni se sepa ni se acepte una realidad que comporta el remontamiento de un corte en lo humano, el cual lo primero que delata es que cuando se mira allí, antes que certeza de auto-reconocimiento, todo consiste en la más apabullante e irremontable extrañeza.¹⁷

Más allá entonces de las mejores intenciones no se consigue remontar el repudio; y dado que no es factible en consecuencia erigir una franca y coherente posición, opuesta e independiente, el modelo termina siendo retorcido y modificado del lado de emergencias mutantes, de irrupciones metamórficas, por sobre todo imprecisas y distractoras.

No sólo una realidad alterna -tanto a niveles específicos, como vistas las cosas en general- se irá consolidando al lado de la realidad misma; al final, nadie podrá desconocer la validez y pertinencia que incluyen ambos registros (de apariencia y de realidad) siempre (amañada, terca, sintomáticamente) asumidos como uno solo.¹⁸

DIECISIETE. La verdad habrá de ser, que es en cuanto lo humano mismo (más allá de estrechas modalidades de expresión) consolida una estética formal, la cual -contradictoriamente, en el paso que lleva desde la matriz generadora de formalizaciones inagotables hasta éstas- justifica y evidencia la escisión como decisiva condición que le retrata y le encubre, al tiempo que le enajena y le margina; y que por sobre todo, da a cada emergencia que de un modo u otro le repone, franca y envolvente condición sintomática.

Lo humano es desde entonces lo escindido por definición; de modo simultáneo, matriz generadora de modos, los cuales terminan siendo contrapuestos e injuntables en más de una ocasión, sin que su procedencia resulte negada por ello.

La bisexualidad -se insiste en ello- demuestra y soporta el sentido de cuando desde ella se deriva; pero, en sí, resulta inexplicada: el enigma que comportan esas indiscutibles presencias queda por todo ello escotomizado, y desde allí decide.

¹⁷ También es bien sabido -tal cual acontece a la persona que se asume como normal cuando enfrenta la realidad de su semejante homosexual- que algo semejante sucederá cuando se trata del individuo psicótico; en cambio las neurosis -salvo en algunos niveles de la puesta en acto del síntoma- no comportan ni generan repudio semejante.

¹⁸ Ello, paradójicamente, sirve a los intereses de lo social que apuesta con frecuencia por las apariencias, a tal punto que puede llegar a convertirlas en puntales inamovibles de su armado.

En lo humano (paradojas que se suman sin detención) no sólo se trata de la irrupción incontenible de modalidades, que en sus registros más extremos, aspiran tercamente a ser encarnaciones paradigmáticas en la medida en que resultan siendo tanto más excluyentes; derivaciones que subordinan para ello, de la más arbitraria y terrorista de las maneras, al resto de emergencias.

DIECIOCHO. Sin embargo por esto -dado que también en lo humano necesariamente se está recluido y calificado sin apelación ni salida posible- la escisión termina a su vez desdoblada, y estará desde entonces igualmente presente en las contraposiciones mismas que arman las emergencias de las humanas modalidades.

Lo cierto habrá de ser, que desde esta otra perspectiva no se consiga descifrar ni justificar de manera directa, desprevenida y envolvente, el sentido de esas determinaciones e inclusiones.

Nada más iluso que ese supuesto regalo -que la Cultura suma a la ruptura con lo natural donde en cambio se trata de discurrir sin siquiera saberse- que hace creer que el Ser llega a reconocerse, partiendo para ello del más privilegiado de sus entes.

De hecho, son las modalidades las que desde entonces pasan a reinar, incluso en esos casos donde pareciera tratarse de la más preclara lucidez.

O sea que siempre estará afuera lo universal -inalcanzable, pues lo universal repugna por definición de toda escisión posible o pensable-.

DIECINUEVE. Incluso, desde cuando Freud abriera las compuertas de lo secreto (lo cual es perfectamente posible; otra cosa habrá de ser ilusionarse con la idea según la cual de alguna manera con ello se le captura y reduce de una vez por todas) se agravó esa clave -sin duda preexistente y válida para asuntos más vastos- que daba pié a dos tipos de lectura contrapuesta: de una parte, que se vieran las cosas de un modo convencional y desprevenido; o, en cambio, se reconocieran verdades, las cuales nunca se conseguían incorporar de modo efectivo por más que se supiera racionalmente de ellas. El más contundente ejemplo en tal sentido, se ilustra sin duda de un "galileico" modo: se está en la tierra inmóvil, la cual gira sin embargo a velocidades extremas, mientras que el sol parece moverse sin detención, siendo en realidad y más factiblemente centro de referencia fija y constante.

Y no sólo acontece así con asuntos tan contundentes e inmediatos; de hecho se cita sólo el más drástico de los ejemplos para no extenderse de forma inagotable; bastará sin embargo con ese tajante reconocimiento para saber que no sucede menos con la interpretación de los registros psíquicos, con mayor razón cuando se trata de lo más definitorio, lo cual puede resultar siendo al tiempo, tan inadmisibile como insoportable.

Por supuesto, el tema de lo homosexual está acentuadamente presente en tales explicitaciones de la humana escisión; y, habrá de ser a partir de allí, como ilustración de lo humano (suplementaria y sintomáticamente re-unificado desde la impronta doble-forcluida que pretende sepultar al terror) que se terminará dando incierta cuenta de tales expresiones, muchas veces volátiles por ello; tanto más grave aún: sumado a ello la arbitrariedad de plurales y en más de un caso antagónicas resultantes, tales expresiones resultan sin embargo signadas por un mismo destino, sólo que incapturado e indescifrable.

1,2 La oferta estética que reubica lo mórbido

UNO. Lo secreto -debe decirse entonces- no ofrece un piso sólido por sólo presentirlo, y mucho menos habrá de coincidir con la dimensión a la cual dan lugar los fallidos empeños descifrativos de sus despliegues.

Ya Picasso asumió que si se trataba de lanzarse al abismo para auscultarlo de algún modo, convendría contar con un sogá asida a un gancho sólido, si era que se deseaba un posible retorno.

Pues bien, el concepto de secreto, inocultable en lo oferta psicoanalítica -quizá sería mejor decir, camuflado tras la noción del inconsciente- sin embargo no siempre se asume ni reconoce como envolvente e hiper-presente; al menos, a nivel de la dimensión decisiva que debiera portar a cada paso.

La oferta clínica de lo social en cambio, deriva del lado del más expreso reconocimiento del secreto; funda en ello su indeclinable aspiración estética, y tendría que ser entre otras cosas por ello, que plantea también estas cuestiones de lo mórbido mental de un modo muy diverso; no que niegue los formatos diagnósticos de las diversas Clínicas Psicológicas y Psiquiátricas (incluido por supuesto el Psicoanálisis); es que, partiendo de una crítica de la Clínica (Clínica de la Clínica) la Clínica de lo Social avanza hacia una versión

de aspiración estética que amplía los espectros y las coberturas imponiendo la revisión de esas tradicionales demarcaciones.

DOS. Una versión, más bien barroca,¹⁹ precede ya y delata que no es tan directa la inclusión de lo homosexual en los despliegues del terror.

De entrada, el mencionado modelo (que busca fusionar lo clínico con lo estético y que comienza para ello por revisar las convencionales localizaciones psico-patológicas) califica registros más generales y envolventes; lleva entonces a la ubicación de dos polos decisivos, finalmente reconocibles luego de la actual revolución tecnológica y de la inevitable, a partir de allí, invasión del terrorismo: en primer lugar, el *virus* (que es ya precisamente ilustrado, por esa clave de sombra que resulta siendo la involucencia terrorista, en cuanto suplemento inapelable e indeseable del despliegue tecnológico), y a su lado - sin ser menos decisivo y principal- el *doble* (que nombra la marca máquica, donde también lo psíquico ha terminado siendo decidido y transmutado); doble que, aunque en apariencia convalida la lectura psicoanalítica sobre la especularidad fundante, en realidad la cuestiona y remonta.

En efecto, según Lacan, “la fase del espejo” inaugura el empeño autonómico que en la infancia decide a lo anímico, desde que impone el simultáneo reconocimiento de cada quien en el reflejo de su imagen virtual.

Lacan ignora el suplemento fabril que el espejo es, modalidad entonces máquica²⁰ ya por ello.

Por eso mismo, la imagen reflejada allí se decide desde la Obra (y no como esencia o intangibilidad anímica, tal cual tradicionalmente se lo creyera desde la más remota antigüedad); sin duda reposición fundadora, impone incluir (antes de cualquier derivado y sobre-determinado despliegue) la opción de reconocimiento de un contexto²¹ que no resulta ser menos definitorio y decisivo.

¹⁹ Cf. Otero, J. “Lo máquico, o de lo psíquico como artefacto”. Biblioteca Digital, U. Nal. Bogotá.

²⁰ No sobre recordarlo: lo máquico no sólo es la ya señalada forma nueva, que indiscriminadamente califica todo, incluido por ende lo psíquico; ni apenas se apela así porque se asuma como desbordante versión tecnologizada que da a la obra humana (Obra) la dominancia plena sobre toda resultante posible; de hecho, lo humano es ahora obra-en-la-Obra; y lo psíquico -el primero en ello- se pliega y somete entonces a este destino demarcándose como el más refinado *artefacto intangible* y al tiempo decidiéndose como *bomba de realidad suplementaria*, condenada por ello a estallar más tarde o más temprano.

²¹ Este entorno inaugural, que es fondo para la figura especular, crecerá y se refinará hasta obligar al reconocimiento según el cual su condición, más que suplementaria resulta siendo definitoria en la medida en que, de modo creciente y sostenidamente, se amplía esa franja y se incluyen renovadas referencias y sobredeterminaciones.

TRES. Tratándose entonces (el *virus* y el *doble*) de dos dimensiones -diversas, a partir de fallidas urgencias de síntesis- los empeños integradores arman y recomponen adicionales territorialidades desprendidas de allí, las cuales han sido reconocidas -en una obligada derivación de segundo nivel- como el *virus-doble* y el *doble-virus*.²²

El primero (el *virus-doble*) recoge las modalidades de cuanto tradicionalmente se asume como registro, comandado desde las renovadas alternativas de cuanto fuera siempre reconocido como del orden de lo afectivo; sólo que entendido como exacerbación de desbordes, a los cuales da paso el despliegue desmesurado y envolvente del consumismo: adicciones de todo orden.

El más extremo efecto de todo ello, habrán de ser las alteraciones figurales que califican a la desmesura -deficitaria o desbordante- de la imagen de sí, desde que el cuerpo -progresivamente sometido y hasta esclavizado- enloquece y se altera, hasta radicales niveles deformantes (anorexias, bulimias); cuando no, condenado a congelamientos de dimensiones escindidas y linderales: desde la particular y/o colectiva agonía -recluyente, y no por ello menos envolvente- hasta el forcluido terror (decidido desde su silenciamiento, no menos anestesiante e hipnótico: modalidad de defensa doble-forclusiva).

El segundo modelo (*doble-virus*) repone el juego de escenificaciones que llevan al reconocimiento de la presencia de personajes (sociales y mentales), los cuales subtienden en “las puestas en escena” que -desde lo social- se arman, al darse prelación al despliegue de los seres humanos en cuanto asumidos como personas ilusamente libres e intencionales, responsables y autónomas.

En realidad, en la base, la persona es apenas escenario (tal cual lo ilustra y evidencia la condición onírica); de hecho, piso sobre el cual los personajes (inicialmente realidades onírico-figurales) reinaron siempre, lo social -sometiendo estos gratuitos despliegues estéticos al imperio de sus urgencias reproductivas- se apodera de ello y lo obliga a rodar en consecuencia.²³

Forzamiento no ajeno a severas derivaciones -entre ellas, la prelación creciente de lo terrorista-, el modelo ha terminado por conducir a la instalación dominante

²² Los motivos de este desdoblamiento inusitado -y por supuesto, de cuantos se siguiesen a partir de allí- no pueden ser más que fallidos esfuerzos de salida de la reclusión en la cual sumen, el modelo viral de un lado y del doble del otro. Sin esa basal condición reclusiva, estos empeños descifrativos, no sólo parecerían, de hecho resultarían tan arbitrarios como especulativos. Por ello, la asfixia (si es concebible ésta a nivel de lo mental) acompaña -de un modo más o menos inocultable- a las derivaciones que se siguen, así fluctúen su intensidad e incidencias en unos u otros.

²³ Si bien este registro pareciera abiertamente liberador, lo es apenas como modalidad ya de estallido estético, el cual resulta apenas posible desde la sobre-determinación que fuerza allí, la tiránica presencia de la persona, a su vez sostenida por el imperativo designio de lo social.

del *personaje terrorista*,²⁴ el cual se alimenta y fortalece de continuo desde el *tono terrorista* que flota como una espesa bruma, a título de *atmósfera de lo urbano*.

Pues bien: es en ese contexto donde discurre -artificiosa, sintomáticamente- lo social, de tanto como lo humano se estrecha y subordina.²⁵

CUATRO. En una tercera franja de reclusión -redonda, plenamente consolidada- se localizarán modalidades del orden del *virus del virus* y del *doble globalmente impedido*.²⁶

En el primer caso (*virus del virus*), se reconoce la decisiva e irremontable involucencia del capitalismo²⁷ que rige esa duplicación; la cual, a cambio de una real imagen armoniosa y unificante, pretende suplir, con una envolvente y asfixiante alternativa, la enajenación más constituyente; robando singularidad sin restricción alguna,²⁸ hallará la opción de inagotables derivaciones; ligada siempre a ese núcleo que pretende asumirse como matriz fundante; entonces, modelo viral por partida doble, desde que aspira a la suplantación de las matrices originarias de lo humano, lo social y lo urbano.

El segundo registro (*global doble impedido*) alude justamente a la real imposibilidad de hallar un retrato posible (el cual confiriera unidad al modelo en

²⁴ Al *personaje terrorista* cada quien lo lleva en su interior, así de continuo lo oculte o lo repudie. Siendo que lo psíquico -desde el registro de lo terrorista- se conjuga ahora a título de bomba de realidad suplementaria, la importancia de ese personaje resulta ser cada vez más visible. Sin embargo, no significa esto que se trate de algo así como la generalizada reposición de “Los demonios” de Dostoievski ni cosa semejante; lo más frecuente resulta ser que la implosividad de los modelos conduzca a reiteraciones sin salida y a manipulaciones empobrecidas y uniformantes, las cuales -en buena parte- sólo buscan desactivar la explosividad del personaje en cuestión; el desgaste inmenso que cada quien a su manera refleja por ello será -con la mayor frecuencia- señal en negativo de esta dominancia.

²⁵ El *tono terrorista* es la marca sobre la atmósfera de lo urbano que envilece las mezclas y los entronques vinculares y relacionales con los cuales lo social de continuo se nutre; su dominancia se agrava en la medida en que se le permite discurrir apenas asumiéndole como salvaje, incontenible, e ingobernable, sucesión de atentados; por sobre todo, en tanto con ello se delata la carencia de una teorización que al nombrar al terror y demarcarlo, al tiempo permita someterlo y termine por transformarlo, del lado menos demoledor posible; incluso, trocándole en motor de emergencias renovadas y refrescantes: terrorismo creador.

²⁶ Ya se previno en referencia con este exceso contaminante, que de modo progresivo desdobra retorcidos y engorrosos registros, a medida que las claves reclusivas que sintomáticamente interfieren la posibilidad de reales salidas enrarecen las opciones e inflaman las resultantes, apenas reiterativas y rígidamente sobre-determinadas.

²⁷ El capitalismo es la modalidad de la Obra por excelencia; termina envolviéndola y dándole una connotación tal que habrá de ser por ello que desde allí se someta a todos quienes sucumben bajo su imperio, obligados desde esa obligante incorporación a su perpetuación demarcatoria. El capitalismo no es, sin embargo, más que la forma como la especialización desde la necesidad máquica (en su caso, predominantemente a partir de lo económico abstraído) excluye y condiciona, buscando el sometimiento progresivo del resto de posibles franjas, inauguralmente sin duda alguna no menos constitutivas.

²⁸ Allí se denominó a la singularidad extraída, plusvalía.

su conjunto -comunidad humana-). Draculianamente, la Obra (envolvente obra humana) carece de reflejo que le permitiese identificarse y que pudiera determinarle una clave última de reposición unificada, desde su desbordante generación de resultantes; incluso reiteradas, a cambio de un amarre unificante cierto.

En contaminada compensación, en efecto, la Obra se desborda del lado de una inagotable e incontenible acumulación, que antes de coherente registro la ofrece como una suerte de “agujero negro” que todo lo engulle y reinterpreta.

CINCO. Las rutas del *virus* y del *doble*; del *doble-virus* y del *virus-doble*; del *virus-del-virus* y del *doble-globalmente-impedido*, comportan la asunción de multiplicidad de disfraces y enmascaramientos; desde un registro (que más que escuetamente inconsciente resulta ser envolvente dimensión terrorista-clandestino) tales modalidades mórbidas permiten la escenificación de representaciones y de simulacros que buscan salidas, sin lugar a dudas imposibles; redondo, inflamado modelo reclusivo.

Si se preguntara en consecuencia por la versión renovada, que a partir de esta nueva perspectiva se impone a la lectura de las modalidades mórbidas (y más concretamente, frente a las denominadas estructuras homosexuales) habría de reconocerse, que la instalación teórica a ese nivel es cualquier cosa menos demarcación de continuidades, de suplementos, de contraposiciones, o de complementarias ofertas; quizá, en cambio, la sólo forma como el tema de lo adictivo fuera de antemano localizado desde esta nueva perspectiva, permitiría pensar en la opción de un eslabón descifrativo en este específico sentido: reincluido allí lo homosexual, ya no podrá bastar con referencias biólogistas ni con explicaciones íntimo-fantasmáticas para dar cuenta de su evasivo y en más de un sentido arbitrario lugar.

1. 3 La homosexualidad en lo mórbido

UNO. Si en algún punto riñen los modos de lo humano con sus urgencias de especie, ha de ser a nivel de los denominados comportamientos homosexuales en tanto -renunciando a las expectativas reproductivas- se opta allí por el

imperio del placer, reduplicado en sus logros desde que se suma la condición transgresora.²⁹

La idea de anteponer una nueva orientación al destino de lo sexual -y que tendría que subtender en semejante emergencias- conduce a reconocer allí una ampliación del lado de *lo erótico*,³⁰ que si bien no desarticula lo sexual ni lo deja definitivamente atrás, sí comporta el reconocimiento de nuevos sentidos y condiciones, en la implementación de la modalidad humana de la Fuerza que, aparentemente ajena para Freud, resulta siendo substrato basal que habría de conducirlo desde el *instinto* hasta la *pulsión*.³¹

Como fuese, la mezcla irreflexiva que surge entonces con lo erótico (así fuere noción indefinida e imprecisa en esa mezcla, que llega a ser “paradigmáticamente” contaminada en algún punto), da a lo homosexual connotaciones retorcidas, difícilmente reductibles a modelos generales y a consignas redondas y precisas, como quisiera fuera la sólo asunción del modelo, que reconoce en la homosexualidad una mera estructura patógena.³²

DOS. Si a ello se suma la apetencia (deseo), el ensamble motor -que sin reducirse por supuesto a ello- la belleza incluye, y que -a niveles extremos- jalona hacia el acto irreflexivo; si se anexa al despliegue de la impulsividad desde la cual se expresan las fuerzas que reponen lo sexual, dando paso a eclosiones que pueden incluso, recomponer y hasta neutralizar las descargas,

²⁹ Los sacerdotes por ejemplo, en inmensa medida renuncian a ese aporte de especie también pero su lugar a nivel social está religiosamente legalizado de antemano.

³⁰ Es difícil modificar la acepción de lo erótico, tradicionalmente equiparado con lo sexual; sin embargo aquí se impone la expansión y el desprendimiento progresivo de esta versión restrictiva e insuficiente, al punto de ser ella responsable en buena parte de los desenfoques y desajustes que han llevado el asunto hasta verdaderos callejones sin salida.

³¹ Que en apariencia se remonte la noción de instinto al suplantarlo con el concepto de pulsión, no resuelve el enigma que la determina; por el contrario, da a la pulsión una connotación etérea e imprecisa; tanto más aún, si no se le reconoce como metamórfica expresión de Fuerza; no sólo alterada, sostenida sin soporte visible en la medida en que destapando lo humano de su animal sustrato resulta siendo re-formalizada a posteriori.

³² Freud asume esa visión desde que no sólo reconoce el modelo de la homosexualidad como registro prioritario, en ensamble con el resto de patologías de lo mental; encontrando así sin duda un piso garantizado, tanto más envoltentemente mórbido.

La definición de la especificidad del formato torna en cambio más evasiva e incapturable; cuando no se atribuye su lugar a un congelamiento desde la infancia -donde tal recurso resulta cobijado a título de pertinente desarrollo- la condición mórbida deriva de un comportamiento defensivo, frente al posible advenimiento de desplomes extremos; caída del lado de cuadros más basales y primordiales: o sea, que la homosexualidad sería referente patógeno en la medida en que detendría la emergencia de cuadros alucinatorios-delirantes o depresivo-melancólicos; antesala o cobertura que bloquearía la abierta emergencia de estos modelos, tanto más bizarros y primarios.

Desde entonces, no habrá de extrañar que se sumen a ello graves contradicciones, como aquella que (haciendo caso omiso de toda posible jerarquía patógena y generalizando la indefinición) da en cambio a lo psicótico como defensa, frente a una homosexualidad más basal: caso Schreber.

y que llevan la primaria potencia natural hasta niveles de intangible realización (asunto a su vez previsto por Freud); en fin, todo ello reunido, se observará cómo se enlazan la Fuerza con la Forma, en niveles de ejercitamientos de lo humano tan abiertos como imprevisibles; sobre todo si se reconoce que la mera descarga podría incluso darse sin necesidad de tales acompañamientos, de semejantes suplementos y refuerzos.

Las mujeres, de su parte, no aman tanto la explicitación de lo bello (como se impone en cambio, cuando se trata de los paradigmas que las entronizan a título de objetos de deseo); acaso, ellas apunten ante todo a la fuerza y a la seguridad que -desde el otro género- ofertan sus complementarios “parteners”: irremontable desequilibrio de complemento, sin duda hoy en día en franca crisis.

TRES. De su parte, a quien se apeló siempre “homosexual pasivo” no habría de moverlo pasión igual a aquella, que le redondease a partir de ese par suyo; el cual, corrientemente, se erige y sostiene desde un lugar tanto más inaudito: el “homosexual activo”.

En efecto, dueño éste último de una masculinidad extrema y paradójica (supuestamente confundida a partir de ese extraño referente de femineidad fingida que decide a su supuesto complemento, el cual entonces debiera fascinarle y doblarle como invertido retrato que a la vez vendría a completar su insuficiencia), la esperada derivación de este orden -debe decirse- no siempre se da, y cuando ello acontece no necesariamente resulta feliz.

Lo cierto es que los homosexuales de este corte (o sea, los “activos”), que por ende no suman afeminamiento a sus comportamientos, en muchas ocasiones repudian esos modelos femeniles a los cuales, con más seguridad reconocen como caricaturescos, y se deciden por quienes de modo equivalente les devuelven una imagen más francamente reconocible como masculina.

Lo homosexual para estos últimos, es el encuentro entre dos masculinidades en ejercicio que repudian en cambio la presencia allí de cualquier factible femineidad.

CUATRO. Modelo desdibujado sin embargo, que dejaría a quienes optan por eternizar la escenificación de un fantasma infantil con más de un asunto por definir, sin conseguir dar un sentido último a sus comportamientos. Por el contrario, de manera parcial, aquel que resulta reconocido como “homosexual pasivo”, sería quien viniese a dar razón a la sospecha freudiana del entronque

temprano madre-hijo, en cuanto entendido como decisivo en la etiología de conjunto de la homosexualidad.

Esa inocente procedencia, hasta justifica que muchos de estos seres no vean en la ejecución del acto mismo, el objetivo final de sus aspiraciones; en cambio, la explicitación de su urgente dependencia materna, les deja ante un desierto de posibilidades más bien irrealizables, irrecuperables, imposibles.

Desdoblada inclinación, pues no es que el homosexual pasivo no se permita directas actuaciones sexuales; sólo que no le colman, pues sirven apenas como pretexto para acercarse de algún modo a esas más tempranas, infantiles escenificaciones, las cuales entonces parecerían tornar todo tanto más enigmático e insostenible, desde que de hecho la reposición de personajes decisivos en la infancia no da para el literal, reactualizado ensamble con tan ancestrales procedencias.³³

El cuerpo de la persona homosexual pasiva -que por lo general sigue reponiendo la anatomía de un hombre- choca con las apetencias anímicas, las cuales buscan suplantar el lugar de lo más redondamente femenino, si no a un cuerpo de mujer, aún siendo fingido; y, dado que además, se impone otro cuerpo que demande a su vez semejante recíproca presencia para resolver lo suyo, difícilmente se consigue apuntalar una síntesis que satisfaga -así fuere relativamente- a tantas demandas y expectativas.

Más tarde o más temprano, esa teatralización termina por fallar y resultar inverosímil en algún punto. En efecto, un diálogo imprevisto termina delatando la presencia de la esquiva, anhelada armonía, directamente inalcanzable por la vía de las ejecutorias homosexuales.

Finalmente son ellas, las mujeres, quienes se solazan en un diálogo ingenuo con quienes buscan desdoblarlas; desde una extraña confluencia, donde abunda la comprensión y la bonanza, ajenas incluso en los habituales y normales entrecruzamientos heterosexuales, se observan estos diálogos que no llevan a ninguna parte y que sin ser rematados por visible ejecutorias sexuales se reducen a esa inútil y sabrosa reposición, sin fin en sí; o que realiza apenas un juego de pareja, impreciso, gratuito, donde ni siquiera se trata de la reposición madre-hijo, pues se parece más a la alianza cómplice -

³³ La inserción de esas escenificaciones -que se teatralizan, más que reponerse como realidades en equivalencia- generan superposiciones más bien inexplicables que quedan sin embargo canceladas bajo las aglutinantes, redondas y envolventes atribuciones que reducen todo a la tiránica nucleización de la pareja madre-hijo; en efecto, cuanto se apuntala por la vía de lo semejante, borra las diferencias y renuncia a explicarlas, siendo ellas sin duda tan enigmáticas como arbitrarias; por decir algo, que sea un hombre quien suplante a la madre y todo se reduzca a la reposición simulada de idéntica función protectora, redefinida en la asunción de “un papel” sólo justificable a partir de tan convencional vía.

que acaso nunca se diera- entre hermano y hermana, y que ahora se realiza, haciendo caso omiso de personalizaciones y lazos de parentesco.

CINCO. “Entiéndalo quien pueda”, como dijera Marx.

Freud, de su parte, antes de pasar a explicar cada específica modalidad estabilizadora, prefirió pensar que se trataba de retorcidos posicionamientos, justificados a partir de la forma plural y distinta, que a cada quien calificaba desde la castración más fundante y definitoria.

Pero -si bien con ello Freud supo dar en el blanco en más de un sentido- no puede desconocerse, que es allí donde más problemática resulta su propuesta, y donde más desviaciones, oposiciones y repudios se generaron desde entonces; en efecto, fueron éstos -¿cómo negarlo?- los que, de forma principal y ya sin detención posible, pusieron en marcha la maquinaria opositora.

Si Freud hubiera reconocido la presencia determinante del terror allí (del cual la castración es modalidad paradigmática) quizá hubiera reordenado las fichas y replanteado las cosas de otro modo, dado que, la última pieza del rompecabezas que pretendía sellar la figura redonda de lo mórbido, faltaba siempre, e impedía por ello, que el asunto se cerrara de modo pertinente.

Sólo que para eso se hubiera impuesto una relectura radical y envolvente de lo clínico, pues el tema de hecho califica en primer lugar al conjunto y sólo deriva luego, del lado de inevitables consecuencias donde hasta lo mórbido se incluye.

SEIS. Si se pidieran respuestas a esta propuesta que reúne lo estético y lo clínico, y que ya ha adelantado cuestionamientos previos, a asuntos reconocidos como del orden de lo psicopatológico: Schreber, Haizmann, etc.; si se solicitara continuar recuperando desde ese sesgo (sumando la inclusión decidida de lo máquico, buscando entender de alguna forma menos contradictoria, de ser ello posible, modalidades actuales que retraten nudos inextricables y envolventemente sintomáticos) este tema de lo homosexual resultaría de hecho el eslabón que seguiría en el progresivo armado de la cadena que de esa forma, de antemano se empezara a explorar.

Curiosamente, no existe en Freud un historial clínico-psicoanalítico que enfrente y retrate de modo directo, y con toda contundencia, este tipo de problemáticas; sin embargo, resulta difícil renunciar al soporte que lo homosexual en general comporta, sin desordenar irremediamente el mapa

de conjunto, que es en la actualidad la construcción psicopatológica de las Clínicas Psicológicas en general.

SIETE. En efecto, Freud no dudó un solo momento en reconocer al interior de su versión diagnóstica, a la homosexualidad como una entidad patógena indiscutible; en asumir la homosexualidad, desde una franca realidad clínica sólo abordable a partir de allí; ampliando incluso su espectro de un modo laxo, cada que diversas circunstancias así se lo exigían, sin aparentemente sospechar de que algo diverso se colaba allí.

El paso de los años ha hecho -es claro- que se dé un franco repudio frente a tal versión y que todo entonces se contamine del lado de debates, que califican más bien registros jurídicos y hasta políticos, antes de dar paso a revisiones clínicas indispensables, o a verdaderos apuntalamientos teórico-descifrativos, los cuales permitieran remontar esas especializadas versiones, que a lo último que aspiran es a dialogar mínimamente.

Lo cierto es que en ese punto, el tema nunca se resolvió adecuadamente; aunque tampoco se pueda afirmar, que en la actualidad se sepa mínimamente de una válida y contundente explicación ni de la precisa realidad de sus soportes; así se crea resolverlo todo tomando un nuevo portante, y haciendo caso omiso a desciframientos y refutaciones.

1.4 La homosexualidad vs lo homoerótico

UNO. Se ha resaltado antes que a partir de Freud existe homosexualidad y no sólo homosexuales; pero a Freud se le olvidó llegar hasta la distinción que alude a lo homoerótico³⁴ y ello tuvo decisivas consecuencias.

³⁴ Tal cual quedara -al menos en parte- señalado ya, lo homo-erótico supone enlaces por dos rutas diversas, las cuales cuando se integran incluyen nuevas y sutiles combinatorias que amplían las opciones de entrecruzamiento entre cuestiones que sin tal incorporación no resultarían emparentadas.

Si bien *lo homo* decide desde lo semejante, *lo erótico* (sin coincidir con ello) comporta -es bien sabido- la ampliación de la franja de *lo sexual* dando prelación a modalidades, que no apuntan apenas a la reproducción de la especie, que incluyen la marca decisiva del “ser-para-la-muerte”, la derivación del lado de lo sublimatorio, y -con todo ello incluido- el desprendimiento de las autonomizadas ofertas de

¿Qué pasa en la actualidad con lo homosexual?

La versión estética y clínica que se ha venido consolidando en estos escritos no sólo impone ampliar el espectro que por tradición reduce las claves del diagnóstico a lo escuetamente personal; a pesar de cuanto se explicitara de entrada aquí en tal sentido (en tanto previo y decisivo aporte teórico-psicoanalítico), cuando de la homosexualidad y de los homosexuales se trata urge también poner en cuestión tanto la vieja oferta clínico-psicoanalítica como la cómoda decisión de considerarla -sin más- equivocada.

Para Freud -¿deberá recordárselo?- la homosexualidad es modalidad del registro psicopatógeno reconocido como perversión (al lado de las neurosis y las psicosis, una de las columnas que deciden lo mórbido mental) aunque en cuanto van siempre apuntaladas a las personas. Y, lo peor: podría llegar ello a ser de manera arbitraria, pues de esto no libraría más que el azar, según decir del propio Lacan, cuando hace concreta referencia a tal inclinación, que sin saberse por qué -más allá de las versiones freudianas- privilegia inesperadas elecciones de uno u otro género, por fuera de toda consolidación estructural y en el momento más inesperado.³⁵

También se ha recordado que las perversiones tienen -según lo explicita ya Freud- la particularidad de que son normales en determinada época de la vida (la niñez) y sólo cuando se accede a los modelos adultos -de persistir- delatarían abierta condición patológica. El punto donde ello se invierte resulta habitualmente resuelto como clave de desarrollo que -en tanto tal- pareciera no demandar explicaciones otras; lo cierto es que ello puede saltar por encima de semejantes convenciones y en cada caso demandar exploraciones diversas, siempre complejas.

DOS. No sólo esta formulación incluye problemáticas que Freud no alcanzó a discriminar de modo suficiente ni -por ende- a reconocer decisivas incidencias

placer que pueden -al llegar a ser el fin en sí- desbocarse, del lado de la desmesura del goce (Cf. además de los escritos de Freud y de Lacan, la obra de Bataille).

Por sobre todo -ha sido previamente resaltado- lo erótico califica el enlace vida-muerte, y sólo cuando se suman allí los géneros (masculino y femenino) entra lo homosexual a apropiarse de esos registros; por supuesto, ello es sólo parcial e incluso en más de un caso, deformante.

Más allá de estos reconocimientos (que sumara a su vez la reflexión psicoanalítica), en segundo lugar, la inclusión de lo máquico es además clave decisiva para que la condición erótica encuentre formas de despliegue inusitado, que deforman las habituales territorialidades desde las cuales se justificaba y demarcaba toda posible diferencia (en primer lugar entre cuanto fuera reconocido como del orden de lo hetero y lo homo-sexual) y que anuncian renovadas, incontenibles, e imprevisibles, redefiniciones.

³⁵ Lo sexual -resulta bien sabido, así de continuo se olvide- es de entrada indiscriminado y puede descargarse indiferentemente en cualquier objeto, por disímil que sea. Sólo la progresiva restricción social, la educación de las tendencias, la coerción de los impulsos, colocan un muro de contención, el cual puede incluso llegar a imponer como inapelable y de manera generalizada, la elección heterosexual.

allí; de las marcas desde lo educativo, y a partir de los demás imperativos que rigen lo social, etc.; ni apenas, lo que para Freud reponía escuetas variantes de anormalidad -psíquica siempre- evidenció todo, cuanto desde entonces, se prolongaría armando oposición y denunciando indiscutible insuficiencia interpretativa; lo cierto es, que una cuestión es romper con enclaves que deciden los comportamientos sexuales en relación con la reproducción de la especie, y otra muy diversa, reconocer modalidades incompatibles de disfrute (o de goce); cuando no, incluir posiciones que retratan vigorosas defensas que protegen de reales amenazas psicopatógenas, tanto más extremas: el señalado recurso de protección frente al derrumbe del lado de las psicosis.

En la oferta psicoanalítica todo ello quedaba reunido en una sola vasija mórbida, sin realizar obligatorios despliegues discriminatorios, según se tratase de una cuestión o de otra.³⁶

Por lo demás, el supuesto “enfermo” ofrecería características diferenciales desde que su problemática se refiriera apenas a un sector de su vida, sin que ello calificase sintomatologías distintas de cuanto fuera reconocido como del registro de lo normal; con lo cual surge al menos la inquietud de si la homosexualidad no se reduce al mero vínculo sexual-amoroso, y no califica a la persona en cuanto tal: o sea, entendida ésta como decisiva, redonda unidad de conjunto, donde la estructura encarna.

Si a eso se suma -recuérdese- que en la homosexualidad se trata de la elección de determinado modelo de pareja de complemento (dando paso a realizaciones de intimidad a las cuales socialmente se impone reconocer como opciones de autónoma individualidad ejercida, las cuales sólo en cuanto interfirieran en la vida de los demás demandarían objeción) aparecerá esto que ha venido creciendo de modo progresivo y que ha terminado por delatar la definitiva imposibilidad de un acuerdo mínimo entre lo socio-político-jurídico y lo clínico.

A ello -es bien sabido- lo contradicen e interfieren, no sólo los tradicionales prejuicios de las gentes; sin duda -tanto más aún- intransigentes posiciones colgadas de lo moral y de lo religioso, las cuales alimentan y sostienen a los primeros; así tales excesos -que pueden llegar a bordear los extremos de lo fundamentalista- e algún modo terminen pagando su precio de inapelable manera.

³⁶ Habría de reconocerse que la *tendencia* entonces discrimina las coberturas de lo más ampliado y envolvente, a diferencia de cuanto acaece con la *estructura* propiamente dicha. Pero entonces -tanto más complicado todo aún- queda por resolverse el entronque entre ambos niveles, lo cual resulta ser cualquier cosa menos continuo y/o complementario.

El bache que se evidencia allí no se supo nunca resolver, qué duda cabe.

TRES. Acaso se imponga retroceder un tanto, ahora que al parecer se lo quiere resolver todo de una sola vez sin establecer obligatorios enlaces previos.

Por decir algo: ¿qué acontece con la sexualidad de los mamíferos superiores vencidos por el animal más fuerte? Por lo menos -se debe decir- ella queda pendiente; vaya a saberse la dimensión misma de su destino interferido. Pero, a nivel de lo humano, esa sexualidad inejecutada, mutada tajantemente por la Cultura, se desamarra de lo reproductivo, y hasta permite hacer fin mismo de las opciones del placer o sublimarse del lado de las urgencias y demandas que parten de lo social.

Si bien con ello se resuelve cuanto se diera apenas como exclusión tajante de los menos fuertes, da paso a su vez a consecuencias complejas que incluyen por supuesto comportamientos homo-eróticos, mal llamados entonces homosexuales pues hasta tales irrupciones pueden tener sentidos grupales de conservación e intercambio, antes de resolverse por la vía de la cópula.

No sólo las conductas homo-eróticas se disparan; también, variantes que se le suman y que se reconocían antes como independientes de allí. No sólo recursos como el onanismo, sexual ya. Tanto más vasto aún: incluyéndose hasta los desbordes incontenibles de lo violento, desmembrado a su vez de los rituales de la conquista y de las pugnas que anteceden a la cópula animal.

Ese desmembramiento de las potencias a nivel de lo humano; esta integración creciente entre las fuerzas de Eros y los despliegues agresivo-tanáticos, han venido creciendo progresiva e ininterrumpidamente, dando paso a inquietantes fenómenos que pudieran no ser estrictamente nuevos, aunque sí tanto más decisivos y prevalentes en los modelos más dramáticos del mundo contemporáneo.

CUATRO. Bien vistas las cosas -asumidas de modo ampliado y abarcante desde lo vital en su conjunto- no hay sexualidad a secas; al menos, es tanto más válido ello a nivel de los machos, vencidos por otros más vigorosos y dominantes. Habría de incluirse entonces como francamente integrada a la sexualidad, la previa condición agresiva con la cual la selección que se impone arma inextricable unidad, a partir del violento y previo despliegue competitivo.

Sin embargo, este tema resulta extrañamente in-nombrado; al asunto se prefiere borrarlo, al decidir pensar ambas cuestiones de modo independiente; lo cual no deja de generar inevitables consecuencias, tanto más en la medida en

que el modelo se transforma del lado de una inclusión ampliada, a la cual sin embargo extrañamente no siempre se obedece.³⁷

CINCO. Si se buscara demarcar dónde la vida-muerte se distingue con toda contundencia de lo sexual, sería esta una incomparable oportunidad para resaltarlo.

Freud, sin embargo -se sabe y ha sido recalcado previamente- decidió un poco arriesgadamente reunir en un solo asunto Eros (vida) y sexualidad; mientras más tarde contrapondría tajantemente al primero con las pulsiones tanáticas.

Sin embargo, con ello sostenía una tradición biologista que suponía un acuerdo irrestricto entre lo erótico-sexual y lo vital, como si todo se resolviera desde las exigencias tiránicas de la especie y de su conservación.

De esa manera, Freud -se ha subrayado también- se olvidó de la franja donde no es necesario que la vida y la sexualidad se retraten sin sumar inocultables diferencias; y lo cierto es que el comportamiento entonces puede tener derivaciones inesperadas y francamente diversificadas; no sólo delatarse la presencia de despliegues regidos por lógicas otras, ofrecer también entrecruzamientos donde lo tanático irrumpe, dando paso con ello a fenómenos que quedarían indescifrados; por no incluirse registros escasamente demarcados -lo homoerótico entre otros asuntos más-.

SEIS. Sucede que en un comienzo, si bien resulta inocultable la escisión en la definición de lo humano, Eros y Pulsión de Vida marchan al unísono, tal cual en general acontece con el resto de especies donde lo natural impera. La emergencia de lo cultural acentúa la escisión y termina por delatar en los extremos de la vida y de lo sexual, injuntables registros en la medida en que pueden llegar a ser francamente antagónicos; a tal punto, que en un supuesto extremo inaugural -de hecho incapturable aunque no impredecible- lo homoerótico ilustraría amplitudes y involucancias constitutivas, en buena parte debidas a la alianza que se le impondría en referencia con lo sexual.

No acontece igual con el otro extremo -el más actual- donde lo homoerótico es contaminado por los despliegues inusitados de lo sexual, comportando la

³⁷ Los denominados homosexuales parecerían más cercanos a la reposición de las hordas excluidas por el proto-padre, o a la asunción de la exclusión animal del más fuerte, armando un orden alterno y diferenciado; mientras que las personas reconocidas como normales obedecerían a la ampliación de los poderes re-apropiados desde el rebaño humano; colectivo aglutinado -por contraste- con el excluyente tirano; tal cual el mito freudiano lo supusiera de entrada.

sintomática y fallida alianza -ahora contaminante- entre ambos registros, la cual no alcanza a armar síntesis ni a sostener la unidad deseada.

La escisión domina sobre la pretensión de envolvencia de la matriz que repone lo humano; y en cambio de armónicas encarnaciones modales, se desarrollan excrescencias donde lo masivo y lo unificante marginan y desdibujan las aspiraciones de la singularidad.

Incluso entonces, lo homoerótico termina escindido y no puede decirse que coincida consigo mismo en cada uno de sus extremos, pues la realidad es que hasta llega a derivar en auto-contraposiciones que lo extrañan de su propia condición fundante; lo homosexual -así desprendido y tomando su propio portante- es la más decisiva prueba de ello.

SIETE. Resulta difícil de desconectar lo sexual de lo erótico dado que se está desde siempre inmerso en la escisión, que separa lo masculino-femenino de lo humano; pero, asumido lo humano como innegable matriz que la disposición del mundo cobija y reconociendo la vida como la clave que decide siempre, en primera instancia, lo erótico (antes que lo social -un modo suyo ya, mutado, recompuesto-) cabe recuperar una contraposición tanto más vasta -reconocida a partir de nociones más basales y amplias- que a título de diferencia y de semejanza aprehenden vinculaciones y entrecruzamientos, en registros más estéticamente envolventes que los niveles donde lo erótico y lo sexual -tardía y selectivamente- entroncan y/o se contraponen.

Siendo *lo hetero* y *lo homo* modalidades ya de semejanza y diferencia, habrá de ser, a partir de allí, que se establezcan iniciales discriminaciones; las cuales darán sentido y soporte a la prelación biologista de los modelos, en primer lugar reproductivos.

Es claro que lo homoerótico más inaugural, precede a lo homosexual; y, en cuanto tal, porta un sentido que le remonta siempre. Sin embargo -como los antiguos dioses silenciados por el despliegue de la Polis y los reacomodos de la creencia- lo homoerótico se empantana al no conseguir a plenitud asirse de lo semejante, desde la modalidad del mundo que encarna desde que se enajena en los apuntalamientos, que afianzan decididamente en cambio a lo homosexual; marginado por ello, subtenderá -terca, imborrablemente- como un ahogado grito que protesta. Y habrá de ser por ello que si bien lo psicopatógeno no logra apuntalarse para nombrar las cosas, sin embargo lo sintomático no falte allí.

Y es que, en lo homosexual, lo homoerótico se asfixia perdiendo las opciones de un despliegue que pertenece -no a la especie- en cambio sí, a lo humano; dimensión que entonces y por ello se delata en inllenable déficit.³⁸

OCHO. Lo homoerótico -vistas así las cosas- sin duda puede ser ajeno de realizaciones directamente sexuales (tanto como lo sexual llega a darse en forma de irrupciones donde la vida -lo erótico- resulta marginada, y hasta excluida). Otras derivaciones entonces pasan a primar allí, incluidos terrorismos de toda condición, desfiladeros de muerte, placer desencajado, y goce desbordante; de hecho, más cercanos a los abismos incontrolables de la desmesura, que a las aspiraciones reproductivas de la especie

Entre lo homosexual y lo homoerótico la franja que separa y une por todo ello, se mueve de continuo y es esa la razón por la cual el propio territorio de lo erótico -que delata a lo humano como modalidad del mundo- resulta entrampado en un reclusión, que ni le refuta del todo, ni le deja ser en cuanto tal; sólo desde sus modalidades podrá discurrir como en una segunda franja restringida y necesariamente sintomática, que no lo diluye plenamente pero que le somete e impide desplegarse de manera directa y autónoma. De hecho, ello cada vez menos.

No ha de ser sin embargo igual lo erótico, cuando se sigue respetando la adscripción -así fuera en muchos casos postergada- a las demarcaciones de lo natural y lo reproductivo; y tanto varones como hembras -los cuales en cuanto tales expresan ya la condición escindida de lo humano- pueden reencontrar (obedeciendo a ello) síntesis donde la vida y lo sexual vuelven a complementarse y a dar muestras de indudable fusión; asunto a su vez posible por supuesto. Es allí donde lo normal pasaría a dominar y a delatar indiscutible justificación, de no ser porque su registro oscila y pende entre extremos ubicuos e imprecisos que no siempre aspiran a tales realizaciones prevalentes.

NUEVE. En efecto, en principio el comportamiento de las hembras resulta estando -de manera no menos enigmática- más espontáneamente ligado a los intereses de la reproducción que demanda la especie;³⁹ aspecto que -se ha

³⁸ Si se quiere una comparación griega más: tal cual también sucediera a Antígona enfrentada a Creonte, desde la defensa de una lógica más ancestral e incompañada, que si bien le lleva a una confrontación desigual y a un final inevitablemente trágico, le sostiene a su vez desde la perpetuación de una fuerza tenaz y solitaria, sin duda incomparable.

³⁹ Se dirá que lo maternal es ya fuerza suficiente para dar cuenta de esa responsabilización, la cual por ello no tendría por qué resultar problemática ni inexplicable. Pero la maternidad cambia drásticamente también con el despliegue socio-cultural, y sería demasiado fácil pretender que siguiera respondiendo

demostrado- no resulta sobre-determinante y excluyente de otras conductas posibles cuando en tal sentido lo social y la Cultura rigen de decisiva manera.

Es cierto: todo eso se desamarra cuando se trata de un predominio que suplanta la égida de lo natural. No sólo son dos realidades -en más de un caso injuntables- la sexualidad de los machos y la sexualidad de las hembras, tal cual acontece a los animales denominados superiores. El asunto se exagera en el caso de lo humano, si no es que -a ese nivel también- la agresividad, desgajada de su destino preambular de lo sexual, se hace violencia escueta y desmesurada, y en tanto tal, termina derivando trastocada en clave de franco terrorismo.⁴⁰

Al tiempo -también por rutas diversificadas e injuntables- el proceder de las mujeres enlaza (por un trayecto que arma bucle, más que arbitrario) con cuanto el capitalismo predetermina e impone cumplir sin atenuantes; dígase, la ya no tan reciente, inclusión laboral de las mujeres en la producción mercantil.

DIEZ. Biológicamente -y de modo más concreto, aún en referencia con las demarcaciones de la especie- el ser humano -cualquiera fuese- es *semilla*, germen que sólo se justifica al hallar el ensamble con ese destino reproductivo (en más de un sentido ajeno, externo) donde lo individual y lo colectivo se supone coinciden sin apelación otra.

No menos en referencia con la encarnación de la humana semilla el destino de las mujeres pareció fijado de manera irremontable en enlace con la aludida prelación del imperativo maternal.

Pues bien: todo ello naufraga de modo progresivo, desde que se evidencian posibilidades socio-metamórficas a ese nivel; las cuales dan opción a despliegues ajenos de tales restricciones, obedientes a intereses de muy diversa procedencia.

La renuencia -si no, la directa renuncia- a la reproducción de la especie por parte de las mujeres, es cada vez más cierta en el modelo actual, así se sepa que no resulta fácil decidir, que sólo lo social lo sobredetermina; hasta el punto

desde lo instintivo-animal, cuando ello fuese indispensable; al tiempo que no se pudieran ignorar las formas radicales de sus indiscutibles alteraciones socio-culturales.

Pues bien, esas modalidades de lo materno están seriamente comprometidas en más de un sentido y de modo decisivo, en cuanto hace relación con el tema que se viene reflexionando aquí. Y Freud lo entrevió, qué duda cabe; sólo que lo localizó excluyentemente en la base cuando de hecho se trataba de una -entra otras posibles- consecuencias.

⁴⁰ Ese paso creciente desde la agresión hasta el terrorismo consolidado, delata ya hasta qué punto el modelo cultural en su despliegue acumula explosividad; y no sólo “malestar”, como quiso pensar Freud.

de forzar con franca e inocultable decisión -después de inducirla abiertamente- al reencauzamiento de esa contravía inesperada.

Como fuese, lo homoerótico es cuanto por reflejo impone en la actualidad relecturas, que por supuesto en su momento Freud ni siquiera alcanzaba a sospechar.

ONCE. Lo homoerótico -en tanto enfrentado a lo homosexual- comporta entonces asumir que el énfasis en lo reproductivo (por ende en lo biológico y en cuanto de todo ello se derive: géneros, actualización y reafirmación del sentido de la cópula, destinos del cuerpo, etc.) pasa a ser dominio radicalmente reinterpretado, desde que pasan a primar los registros de lo tecnológico-terrorista y de lo máquico.

Y no, que ya no signifique el cuerpo y/o las modalidades de disfrute y de goce que de todo ello se desprenden; es que se suman estas nuevas realidades donde se da cabida a formas diferidas y ampliadas de ejercitamiento sexual, en tanto afectadas a partir de la incidencia de registros que pasan a ser prevalentes allí en las implicaciones de sentido: medios de comunicación, sometimientos consumistas, marcas masificantes y uniformantes, etc.; por todo lo cual son diversos los planos a partir de los cuales lo homoerótico se erige y/o somete por encima de las pretensiones de lo escuetamente homosexual.

No se trata de la cancelación del cuerpo, pues de hecho sigue éste presente, quiéraselo o no; es que su reinserción al modelo de conjunto es ahora definitivamente otra; en efecto, es desde el cuerpo que la homosexualidad se reafirma y perpetúa; pero, a nivel psíquico, social, incluso urbano, lo homoerótico reafirma y amplía sus registros sin dejarse plegar por semejantes restricciones; obligando en cambio al cuerpo y sometiéndolo a sus designios; así no por ello, abandonen los cuerpos el destino homosexual que les signa y les fija y lo homoerótico no consiga desprendérselo.⁴¹

2. MÁS ALLÁ DE LO PSICOPATOLÓGICO

2.1 Las restricciones de lo clínico

⁴¹ Lo homoerótico se ha plegado del lado de ampliaciones de lo homosexual como sintomática expresión de sus propias enajenaciones; sólo que ello marca distinto a nivel de lo directamente sexual que cuando es la vida y su perpetuación, de cuanto se trata prioritariamente.

UNO. La finura y pluralidad de las nociones se impone cuando los registros contaminados de un modelo lo demandan así. Podría parecer excesivo el empleo discriminado de matices conceptuales sin los cuales, a pesar de todo, la maraña de contradicciones resultaría inextricable.

No sólo *lo homosexual* distingue al *homosexual* de la *homosexualidad*; no debiera olvidarse además, que el conjunto de *los homosexuales* admite reconocimientos de especificidad inocultables; sobre todo, en las apropiaciones que esas agremiaciones logran a nivel de lo social; como quien dice, allí donde la homosexualidad en cuanto tal se disgrega y lo homoerótico -entonces malformado- sin embargo sigue rigiendo.⁴²

De otra parte, el peso homosexual en lo social impone por sí mismo lo homoerótico, desde que éste último consigue marcar decisivamente a nivel de los registros de la Obra.

Ya en Freud se sabía también, que un asunto era *la homosexualidad* -asumida sin atenuantes y sin opción distinta de ejercitamiento- y, otro muy diverso *lo homosexual* invasor, en tanto en cuanto tal registro resultaba *impedido* para actuarse: fantasma que entonces cobija al conjunto de los seres humanos, incluidos por ende y por sobre todo las personas reconocidas como normales.

DOS. O sea, *la homosexualidad* en negativo⁴³ -a pesar de inejecutada- no resulta ser por sólo ello menos decisiva; y ello también es sólo pensable, si bien se lo ve, desde que el registro de lo homoerótico se incluye, para que entre otras cuestiones, incluya a su vez semejantes dimensiones.

Desde entonces, *lo homosexual* sigue allí a su vez a pesar de nombrar -apenas inicialmente- una determinada elección de objeto, la cual -por principio- invalida todo posible ensamble con las claves de especie biológicamente determinadas, y consolida un afuera que no puede dejar de ser decisivo.

Freud reconoce de entrada una especificidad a la homosexualidad que las otras estructuras patógenas no comportan; lo cual no es poca cosa, ya que el cuadro clínico puede -si no es que impone- incluir a alguien más que a una sola

⁴² Se dice -por ejemplo- que algún miembro de la Iglesia (siempre tan decisiva e influyente a nivel social) propone ahora "legalizar" el coito anal para proteger del aborto.

⁴³ Más adelante -al reconocerse la necesidad de ampliación de la franja de cobertura homoerótica- se señalarán nuevas demarcaciones de esta noción, en cuanto se incluyen y admiten sentidos predominantemente estéticos.

persona portadora de la problemática, con lo cual se da paso a dos registros diversos, no necesariamente coincidentes: la estructura como tal, de una parte, y cuantos la portan y entrecruzan (asunto que no tiene que ser decidido desde la escueta materialidad de lo empírico⁴⁴ más particular y escueto) de otra. Más bien, entre ambas realidades se suman inagotables variantes, indispensables para hacer comprensible el juego de los despliegues de todo ello derivados.

En efecto, al interior de tales registros la pareja perversa se asume entonces como inabandonable modalidad.

No sólo con ello se invalidan, alteran, o congestionan los habituales supuestos clínicos;⁴⁵ sin duda alguna se altera la afirmada unidad de las construcciones diagnósticas, con tal finalidad reconocidamente armadas desde soportes que - además de delimitar a la persona- por sobre todo se le imponen así a partir de las marcas indelebles de una infancia incompañada por intransferible.

TRES. Cómo se re-ensamblan las cosas al final permitiendo recuperaciones de semejanza, tan decisivas que arman sólidos o arbitrarios vínculos, no por ello menos intensos (tal cual es el caso de dos que se hallan reunidos entrañablemente, sólidamente vinculados, a partir de la integración generada por una misma estructura) es algo que la Clínica Aplicativa no consigue en realidad cubrir con suficiente pertinencia; tanto menos aún, si se pone de algún modo en cuestión que, para el empeño terapéutico-aplicativo al menos, los ensambles sexuales y afectivos de ello derivados comportan la presencia de murallas prácticamente infranqueables, demandan un arduo y sinuoso recorrido -de hecho entonces impedido- que sin duda ilustra la forma progresiva e indetenible como lo social (empleando ropajes clínico-terapéuticos para tal fin) intenta rearmar los modelos de base haciendo caso omiso de sus más decisivas contradicciones.

⁴⁴ Lo empírico no es sólo lo inmediato tomado de forma desprevenida, versión perspectivística desde la redonda certeza modal; es también aquello que oculta la forma tras la imagen, o tras la certeza de la materia que lo inmediato de por sí arrastra.

⁴⁵ Tal cual -guardadas proporciones- acontece con las drogadicciones, a las cuales se impone tratarlas sumando el recurso paradójico e indispensable de fármacos psiquiátricos; el asunto clínico por sólo ello se desdibuja; incluso, la diferencia entre el tipo de sustancias adictivas arma una invisible pero decisiva jerarquización al interior de los auto-reconocimientos que deciden tales modalidades del consumo. Alguien afirmaba, que su refinada opción de consumo adictivo le ponía cara a cara con lo inefable, permitiéndole la recuperación de lo sacro más antiguo y profano; quizás sin saberlo, denunciaba así -no sólo la clave de secreto a la cual ciegamente interrogaba- sino también (como de hecho lo retrataban sus sueños) la uniformación devaluada que lo doble-forclusivo asignaba al colectivo humano, por ello reducido a servil rebaño; tanto la religiosidad más íntima como la masiva y vacua idolatría quedaban entonces transgresoramente redefinidas desde la adictiva ingesta de sustancias supuestamente más nobles.

CUATRO. Como fuese, sin decirse aunque sí de manera inocultable, la práctica clínico-terapéutica (para cubrir mínimamente el impedimento de obligantes desciframientos teóricos) incluye, de una parte modalidades estrictas donde se trata (por demarcarlo así) de un principal asunto mórbido-personal que evidencia la presencia encarnada de una estructura dominante y redonda; al lado, como segunda opción ampliada, tornan posibles ejercicios derivados desde los cuales se pueden rediseñar las aplicaciones: modalidades clínicas de grupo, de pareja, de niños, etc.

Entonces-por decir algo- temas como la cura pierden dominio y prelación; si no es que se desdibujan, de manera tan decisiva como inapelable.⁴⁶

Con la inserción de lo homoerótico, podría alegarse una razón similar que justificara la acción indispensable sobre casos reconocidos más tajantemente, a título de asuntos escuetamente homosexuales así éstos no nieguen suplementos del orden de lo homoerótico⁴⁷ en la medida en que el acuerdo entre “los destinos pulsionales” califiquen de manera inclusiva, tanto a lo mental como a expectativas más imprecisas y/o vastas; desde territorialidades corporales y disfrutes enlazados a descargas primarias y/o indiferenciadas hasta repudios desde lo social; inclusión de aparatos y refinados recursos máquicos, por ende presencia inocultable de lo urbano, etc.

CINCO. Es cierto: ya ha sido recalcado aquí que (para seguirlo diciendo al modo freudiano) un asunto es el fantasma, y otro la estructura; y que incluso la marca biológica no puede ignorarse en casos donde todo de un modo u otro se resuelve en actos y apetencias, las cuales antes de imponerse desde inclusiones más vastas, de incidencia supuestamente indirecta (mandatos de especie y/o sociales, etc.) incluyen de manera decisiva y empírica al cuerpo mismo.⁴⁸

⁴⁶ ¿Qué cura en efecto es ésta que ya no se reduce a alguien en particular y que -al ampliar su espectro- deja abiertas las puertas, sin restricción diversa de aquella que supone y decide el terapeuta aplicador? Si desde un principio se hubiera asumido que se trata de *problemáticas* (las cuales -como tales- podían afectar indiscriminadamente desde individuos particulares hasta al colectivo mismo) se trataría de otra cuestión, qué duda cabe.

Curar a las masas, curar al sistema -mórbidamente especializado en lo económico- no parece sin embargo algo factible por fuera de cualquier empeño necesariamente utópico.

⁴⁷ Lo homoerótico además, ha dejado de nombrar el registro supuestamente mórbido que calificaba a personas escuetas y que terminaba indefectiblemente encarnando así; ha pasado a ser dimensión envolvente, decidida más bien por las urgencias consumistas del capitalismo, y con ello, por las -en consecuencia- incontenibles y desbordantes dominancias de lo tecnológico, no menos estructurante.

⁴⁸ Es esa quizá -entre otras claves- la razón por la cual la eficacia del modelo comportamental de la Psicología tradicional ha pasado a primar sobre la oferta -en extremo diletante cuando de directas aplicaciones terapéuticas se trata- del Psicoanálisis. Para muchos, resultaría excesiva la afirmación que equiparara los modelos pavlovianos de acondicionamiento animal con las prácticas (sin duda

Resulta claro entonces que no se podrá sin más imponer, que el denominado “contrato terapéutico” de los armados clínico-aplicativos comporte por sólo ello, dado que ya en el caso específico de una pareja la problemática incluye diagnósticamente, no sólo a uno, la presencia simultánea en la consulta de ambos implicados, o por lo menos el tratamiento, de un lado y otro, de ambas temáticas; como cuando se busca resolver conflictos matrimoniales, o cuando se suma a la madre, quien no sólo paga la consulta de su pequeño hijo, sino que se le incluye en la consulta de su descendiente, a título de observadora a la cual se le niega la opción de intervención alguna.

SEIS. Tan sólo ello delata ya, cómo la estrategia terapéutica no puede ignorar estas realidades que comportan inocultables consecuencias y derivaciones.

Pero, antes de denunciar todo esto se debería haber retornado a las anunciadas implicaciones teóricas que surgen de contraponer los modos de lo humano con la envolvente matriz propiamente dicha, que por contraste los primeros expresan.

Debe entonces decirse, que antes de asuntos que anexen específicas y peculiares maneras (por decir algo, intransferibles capturas de lo bello) las cosas son de un orden más vasto e indiferenciado, menos bucólico y etéreo, sin duda más pagano y prosaico, y por sobre todo, difícilmente apuntalables a las síntesis que lo social demanda a lo clínico-aplicativo, para poderle compensar con francos reconocimientos.

De hecho -¿cómo no verlo?- no sólo se trata cuando de la homosexualidad se trata, de la pareja en recíproca confluencia; en cada extremo, a partir de donde se arma sólido vínculo, los móviles de cada quien difícilmente confluyen en complementaciones armónicas; por el contrario, es más cierto que por rutas diversas a las expectativas de lo terapéutico (expectativas diferentes y hasta antagónicas) de todas formas se consiguen simultáneos exutorios, dando paso a posteriores confrontaciones y/o complementaciones; las cuales, siendo de un tipo u otro, sin duda alguna son las que terminan decidiendo la perpetuación o el desplome de los enlaces.

SIETE. Es por ello que lo homo-erótico parece ser una noción indispensable, más apropiada -incluso en más de un sentido- no sólo porque evade las

multiplicadamente refinadas) que el capitalismo ejercita de modo progresivo con las masas tecnologizadas que resultan ser los rebaños humanos; pero, basta mirar una confortable y aséptica oficina de “atención al cliente” en cualquier banco o compañía urbana para reconocer, cómo cada quien, resulta signado por un sistema muy comprimido de supra-determinaciones.

restricciones más basales donde el asunto se contrapone a las urgencias reproductivas de la especie, dando paso con ello al freudiano recurso que amplía el espectro de lo humano-instintual (registro pulsional donde hasta lo tanático resulta ya incluido); además, porque -de hecho- esa ampliación da cuenta del resto de alteraciones, que desde lo social pasan a ser determinantes.

Se admite desde entonces, por todo ello, el reconocimiento de una forma de la sexualidad que no se limita a servir a la especie; que puede negarse a esos sometimientos del modo más radical, subordinándose en cambio a demandas del consumo y a ejercitamientos arbitrarios, donde el placer es fin en sí más allá de toda factible desmesura.

Pero entonces el tema se sale de habituales fronteras personales (y/o grupales) y pasa a delatarse como modalidad derivada de involucramientos, que deciden y unifican por encima de escuetas demarcaciones inaugurales y empíricas.

OCHO. Desde esa perspectiva máquica⁴⁹ lo homo-erótico reinterpretado, en efecto no sólo incluye y altera los sentidos de reconocidos asuntos clínicos (narcisismo, onanismo, etc.). Entre otros registros más, lo homoerótico alterado de ese modo, anexa condiciones y ejercitamientos del orden de lo tecnológico,⁵⁰ en cuanto se alteran a partir de allí habituales valoraciones y por ende se imponen sinuosas exclusiones, pues no se consigue dejar de mantener -sólo que un poco o mucho en clandestino- cuanto fuera abierto repudio y decisiva marginación.

Si algo pasa a ser decisivo, ahora que la especie “se angustia” de manera creciente por su futuro incapturable e imprevisible y que la inocultable superpoblación da paso a compensatorios y reforzados desbordes en tal sentido, es por sobre todo la clave terrorista que la inclusión de lo homo-erótico en ejercicio delata a su vez.

Y no porque se trate de intencionalidades y personales asunciones; es que (entre múltiples asuntos más) la sola renuncia a la procreación figura ahora

⁴⁹ O sea: desde esta específica perspectiva lo máquico se decide (recuérdese) como la realidad que -dado el despliegue de lo tecnológico- recompone lo psíquico y lo redefine desde esa prelación que lo da como artefacto intangible, el más altamente refinado (Cf. Escritos anteriores en tal sentido).

O sea que lo máquico hace de lo psíquico resultante, en cambio de evidencia y definitorio punto de partida.

⁵⁰ Si pareciera esto gratuito y/o insostenible, piénsese apenas en la forma como inciden los medios de comunicación en la opinión de las personas y de los colectivos, permanentemente agobiados por sobre-informaciones, no sólo de este corte.

como oferta de solución -aún fuere en negativo- a cuanto pareciera francamente insoluble; sencillamente, dejar de sumar es ya aporte de contención, frente a semejantes desbordes invasores de la especie humana, disgregada sin freno sobre la tierra; y si bien ello no es consciente y organizado expresa la condición del síntoma, de un modo muy diverso de aquel que se pretende imponer cuando se explora la morbilidad de los cuadros emergentes, a partir de la inscripción en entelequias de substratos fijos.

NUEVE. Entiéndase: no es que la opción homosexual sea de manera literal solución al problema de la superpoblación humana que en la actualidad soporta el mundo; es que, dado su repudio a la asunción de lo heterosexual (que incluye obviamente la reproducción de la especie, inversamente convertida ahora en el real problema) ello resulta no sólo siendo efecto sintomático; toma partido -válidamente o no- por una ruta de bloqueo que ofrece opciones de salida a cuanto la normalidad, con todos sus poderes, deja pendiente por físico impedimento resolutorio.⁵¹

Si bien, más allá de la mera referencia clínico-personal, lo homo-erótico amplía el registro de cuanto así se nombra, no por eso desaparece el tema de lo convencionalmente asumido a título de escueta dimensión homosexual; se transforma sí, y en tal sentido exige nuevas lecturas y reacomodaciones.

El cuerpo homosexual -ni qué decirlo- se ha de seguir jugando en la apetencia que desde el alma homosexual decide la elección de objeto, inicialmente en consonancia con claves de semejanza.

Sin duda, lo *homo* -por encima de todo- sigue colocado nominalmente allí para dar cuenta de ello.

Pero el homosexual forcluye lo homoerótico, pues es en cierta forma su enemigo; como los nacionales que apropián a su país cancelando al resto de territorialidades, lo homoerótico resulta bloqueado, pues sólo entonces, le resta la opción que la restringida homosexualidad así demarca.

⁵¹ ¿Por qué no se prohíbe directamente la reproducción? -se podría preguntar. Lo cierto es que el tema parece preferiblemente cancelado de tanto como se sabe en realidad insoluble; de hecho los ensayos que se hacen en tal sentido parecieran delatar más el impedimento que la certeza de estar proponiendo, en cualquier caso, verdaderas soluciones. Además, es allí visible que lo más decisivo sea que se ha perdido el Norte y que no existe fuerza real que consiga re-direccionar con toda contundencia los despliegues del modelo en su conjunto; condición inicial, indispensable para poder creer al menos en una solución posible.

DIEZ. Sólo que entonces surge la oferta extraña de *lo homo-tanático* (habitualmente innombrado aunque no por ello menos cierto y factible) que se cuela ahora en la medida en que lo vital parece más condicionado.

No que desde la relación homosexual surja la consigna de un suicidio-de-dos ni cosa semejante; se trata en cambio, del tono que emerge -con mayor frecuencia, linderal- cuando las reglas de la reproducción de la vida se colocan al margen, para bien de la escueta implementación de lo sexual.⁵²

O sea que lo homosexual y lo homoerótico -ahora no sólo sometido y silenciado a nivel de su más real dimensión, de hecho radicalmente tergiversado- no sólo coexisten cada cual por su ruta; pueden complementarse y/o contraponerse sin comportar por ello redondas reducciones que les desaparezca o margine.

Y habrá de ser esa duplicidad la causa de cuanto de evasivo el asunto ofrezca a la mirada escudriñante de quien aspire a -o de quienes pretendan- ponerlo todo en orden.

2.2 La femineidad excluida

UNO. De hecho -por más parcial que fuera- la fantasmática de lo infantil, donde (en tanto reconocida como perpetuación, congelamiento de lo perverso) apuntalara Freud lo más decisivo de la problemática en cuestión, no se puede negar que esté presente de modo inevitable, y que no habría de desaparecer por el sólo hecho de cambiarle de nombre a las cosas; menos aún, la condición (tanto más fuerte) de reconocer la perversión homosexual como protección última frente a la amenazante emergencia de las psicosis; aún sabiéndose que Freud -tal cual fuera recordado previamente- lo contradijera, al hacer creer que -sin mediar explicación- fuera también la psicosis la que buscarse proteger del desplome homosexual; recordar caso Schreber.

Lo erróneo sería pensar que la generalización lo resuelve todo por una única ruta posible y/o pensable; pero el sentido, además -desde que se incluye lo

⁵² De donde, no es solo la clave homosexual cuanto se ilustra así; en realidad, todas las modalidades del placer, en tanto no responde a urgencias reproductivas de la especie, disparan lo singular de la singularidad, que lo social ha venido de tiempo inmemorial reprimiendo y encauzando del lado de su propio interés.

máquico y se reconoce un contexto radicalmente modificado por lo tecnológico y por lo terrorista- en cada caso se altera de manera tajante e indiscutible dando paso a (y urgiendo de) nuevas opciones de desciframiento.

DOS. No sólo en cuanto hace referencia a las demarcaciones tradicionales establecidas desde lo clínico, las cuestiones se alteran obligando a nuevos delineamientos y a diversas interpretaciones; sobre todo, desde la perspectiva estética surgen reajustes y ofertas diversificadas.

Por decir algo: el lugar que frente a la singularidad y lo singular⁵³ se plantea, cuando el “destino pulsional” se juega en los registros de semejantes orientaciones y tendencias, no puede ser igual a la forma como ello se conjuga a nivel de las versiones de lo normal, o en territorialidades tanto más tajantes como resultan ser aquellas que deciden la presencia de las psicosis.

Si bien la *diferencia* no es la *singularidad*,⁵⁴ existe una cercanía mayor entre ambas nociones, por sólo la explicitación de tales registros en la ubicación que -en referencia con determinados comportamientos- se hace de ellas, desde lo social.

Resulta claro que la diferencia no alude únicamente a lo sexual; pero, el trato que la diferencia comporta a nivel de lo social da paso a registros de exclusión que hermanan -de modo necesario- con las claves que coartan a la singularidad y obligan al estallido desde lo singular.

TRES. La diferencia es inocultable clave en la elección del objeto que decide las apetencias; éstas siguen -a veces de modo caricaturesco- insistiendo en mutaciones que -para el caso de los hombres- dan a lo femenino prelación sobre la condición somática del cuerpo; o a la inversa, desde lo masculino cuando se trata de mujeres.

Es claro que la noción de lo homo-erótico delata y repone una fisura innegable entre lo sexual y lo erótico propiamente dicho.

⁵³Debe recordarse que en principio la singularidad repone la inagotable sucesión de las formas específicas; pero, forzadas y coartadas por claves de poder (lo social sobre todo a nivel de lo humano) que les somete y constriñe, resultan conducidas hasta la irrupción -explosiva y/o implosiva- de lo singular, que entonces las expresa tajantemente metamorfoseadas del lado de las fuerzas, donde se soporta y soportó siempre el juego indetenible de las formas.

Cabría decirse que la singularidad es la insistencia de la forma por mantenerse en el registro, que a partir de ella misma, demandan sus más específicos despliegues.

⁵⁴ La singularidad comporta la diferencia; pero no se puede afirmar, de igual manera, la validez de la oferta inversa: la diferencia -en efecto- no decide por sí sola la condición indiscutida de la singularidad.

Lo homo-erótico se parte, cuando se incluye lo sexual, y lo homosexual se desamarra a su vez al contraponérsele lo más puro vital.

Al menos, tendrán ambas nociones (lo homo-erótico y lo homosexual) acepciones diversificadas, según se dé prelación a la más amplia inscripción erótica (de vida) en cuanto se trata de lo semejante y de lo diferente;⁵⁵ o bien, colindando lo erótico con lo sexual -donde riñe y se contamina del modo más directo pensable, a nivel del denominado registro homosexual- seguirá sumando y quitando, de acuerdo incluso con criterios de reproducción y de disfrute, los cuales de manera continua obligan a ambos registros a suplantarse y a excluirse; difícilmente a complementarse.

Y cuando lo máquico pasa a reinterpretarlo todo, de forma progresiva e irreversible, lo homoerótico llega a asirse a la deformación radical que le imponen las claves del consumo; y entonces hasta lo sexual resulta mutado y sometido a los desbordes hedonistas, donde la reproducción pasa a ser prácticamente asunto excepcional; al menos, cuestión derivada y cada vez menos decisiva.

CUATRO. Veamos las implicaciones de todo esto a nivel de un asunto específico: la homosexualidad en las mujeres.

Ajeno frente a estas demarcaciones, Freud se redujo a pensar las fantasmáticas de lo homosexual desde la perspectiva del hijo con la madre, (pero, Incluido con ello) delató -sin suscribirlo del todo- que las modalidades que deciden esas asunciones (cuando de las mujeres se trata) no son del mismo orden pues comportan de un modo remarcado las emergencias de la envidia.

En efecto, quienes eligen sus objetos redoblando sus propias características de uno u otro orden, en cambio de dejarse llevar por supuestas naturales inclinaciones (las cuales asumen y permiten la complementación entre los diversos sexos), en el caso de las mujeres se decide -al decir de Freud- en referencia con la ausencia del miembro viril, lo cual entonces las oferta -tanto más, tanto menos- como seres castrados y resentidos por ello sin remedio.

⁵⁵ Cuando el modelo se amplía, se tratará de la estética del mundo que lleva al reconocimiento de lo semejante; desde la extensión de lo modal, hasta la demarcación de las matrices originadoras de formalizaciones y como soportes de fuerza, no solo lo humano, lo social y lo urbano; la vida también. Allí, los otros modos sirven de telón de fondo y de contraste, donde es viable captar las diversas variaciones de lo diverso (mundos de lo mineral, de lo animal, de lo vegetal, etc.). En cambio, cuando el modelo se restringe, cuando las apropiaciones se redondean en exclusiones y apropiaciones de diverso tipo, las modalidades de lo vital se ven sometidas a la restricción que les impone la presencia progresiva de la escisión, a su vez con más de una forma de explicitación desgarrada: lo masculino y lo femenino, la vida y la muerte, la guerra y la paz, lo onírico y lo víglico, etc.

Por todo esto, lo homosexual (a lo cual se quiso reconocer siempre desde la competencia entre femineidades) resulta siendo explicado -cuando se observan las cosas en tanto conjugadas en masculino- por claves, injuntables con aquellas donde las mujeres reponen a su vez homosexualidad; no sólo no pareciera determinarse todo entonces como asuntos que imponen autónomas versiones desde lo femenino; tampoco, apenas a partir de los imperativos que arrastra lo social; y así Freud en algún punto lo llegara a incluir, lo cierto es que no lo hace como si se tratara de lo más determinante y decisivo.

CINCO. Como si ya la versión teórica psicoanalítica fuera en ese punto homoerótica, nada da pie a reconocer la presencia de lo femenino que (supuestamente de modo prioritario) decide a las mujeres, y que a su vez, en tal sentido, debiera hacer presencia contundente en estas otras modalidades de escogencia homosexual donde se da paso a enlaces lésbicos; pues no habrá de ser tampoco, apenas envidia cuanto excluye allí -de entrada- a cualquier hombre, dado que -se dice- por sobre todo se trata del falo, el cual sin duda alguna no sufre de modo necesario idéntico repudio.

Paradójicamente lo femenino, en cambio, se impone como invasor e inocultable, sólo cuando se trata de la actitud pasiva de los hombres homosexuales; y la supuesta masculinidad de quienes les eligen, resulta imposible de atar desde entonces, si no se reconoce en la madre la clave fálica de posesión basal, y masculina en sí; por ende, el lugar decisivo desde esa prelación activa, a lo cual a su vez Freud confunde sin más con masculinidad que define las cosas a nivel infantil, del modo más tajante.

SEIS. De otra parte, quien colocara al margen el repudio habitual de los homosexuales activos frente a tales complementos femeniles en sus enamorados, de todos modos tendría que hacer visible el sentido de las urgencias de aquéllos, por suplantarse -en semejantes enlaces- al personaje *madre fálica*.

En efecto, incluidas esas vinculaciones a partir de la envolvente asimilación que connota el concepto de homosexualidad, supuestamente se repondría también entonces el mismo asunto ancestral de la pareja originaria madre-hijo, como clave común explicativa.

Por decir algo: la madre, desde entonces hasta acá, pasaría de *la persona* empírica que fuera, al *personaje* que debe suplantarse.

Además, en esa posterior suplantación (en la reactualización de ese fantasma, indispensable para la instalación en la estructura homosexual) es cuando el *personaje* de la madre, homosexualiza al hijo a partir de ese otro, complemento que sin embargo le resulta a la persona misma de la madre absolutamente ajeno; ni siquiera impone la presencia indiscutible, inevitable, de irrupciones infantiles por parte de los actores de semejantes escenificaciones.

Sólo, en tanto personajes reponen semejantes basales papeles, adquieren esas fantasmáticas franca determinancia.⁵⁶

De hecho, la distancia, entre el ser que la suplanta y la madre de la infancia quedó siempre por verse, y -aún ahora-, sólo en cuanto encarnación de personajes admite la opción de factibles entronques.⁵⁷

Ni qué decir del propio ser homosexual, escindido en su goce más íntimo y definitorio.

SIETE. Antes que posiciones fijas -debe decirse- el juego de intercambios entre personajes parece ser, en general, lo más decisivo en las opciones de entrecruzamientos, que se despliegan con más liberalidad de cuanto los intentos explicativos consiguen incluir.

Por lo demás, de haberse reconocido allí la Fuerza que subtiende y las variantes suyas a las cuales su inclusión da lugar; por sobre todo la presencia decisiva de personajes supuestamente latentes aunque cargados de explosividad transgresora tal cual resulta ser el personaje terrorista, sin duda alguna Freud hubiera derivado del lado de localizaciones bastante diferentes.

Pero es estética ya la clave que busca reconocer a los contundentes y decisivos fantasmas que subtienden allí (y por sobre todo a sus

⁵⁶ Como se tratará de hecho de algo recíproco en los integrantes de la pareja adulta así resultante, sería más fácilmente esperable la presencia de un juego allí, en cambio de las escenificaciones hiper-serias, de todo ello derivadas.

⁵⁷ Se dirá que no habría necesidad de apuntalar los asuntos desde la totalidad de la existencia del "sujeto homosexual", pues éste todo lo maternaliza cuando del amor y la sexualidad se trata. Se hará indispensable entonces, resolver la redonda especificidad de ese autónomo registro, que no impide al resto de la estructura psíquica que le determina permitirle comportarse de manera relativamente normal. Asunto tanto más engorroso de explicar si no se juzga como mórbida la condición misma de la vinculación; la cual por lo demás, impone la necesaria reciprocidad desde otro, aquejado de similar condición mental.

No faltarán ilustraciones de condiciones mórbidas diversas donde una franja es la que enferma mientras el resto se mantiene asidas a la realidad, caso por ejemplo de algunas psicosis de corte paranoide; pero allí no existe la fortaleza de adaptación social que da a la congregación homosexual fuerza tal, que puede terminar dominando en niveles tan decisivos como el mundo de lo político y/o de lo religioso. No se podría negar entonces, que la incidencia en esas esferas exigen prioritaria inclusión, más allá de las puras derivaciones individualizadas a partir de cada quien.

escenificaciones) antes de dar paso a la calificación de los actos mismos, los cuales entonces se cuestionan y se buscan reformar partiendo de versiones que impone lo empirista, dada la prelación hipnotizante de lo más inmediato y en franco contraste con la opacidad de los reales motivos allí presentes.

Los personajes -quienes sin duda reponen formas- como directos retenes, deciden también la imposición de fuerzas desde personajes terroristas que las encarnan y que dan al tono terrorista y al terrorismo mismo opciones expresivas y convalidaciones destructivas; contravías a lo erótico cuya incidencia a nivel de lo homosexual, de otro modo reduciría las cosas a escuetas y tanáticas emergencias, tan ajenas como inexplicables.

2. 3 Lo humano repudiado

UNO. Cuando, sin más, se apuesta alegremente por la inclusión del “modelo gay” (que no es opción que resulte ser menos derivada desde lo social, y que en cuanto tal, obstruye las posibilidades descifrativas de las problemáticas en cuestión, pues es apenas demarcación clasista) parece inevitable tomar partido en pro o en contra, dada la contundencia de la inclusión y/o de la des-inclusión social que de una u otra forma se demandan; sólo en cuanto se busca el trasfondo estético que tras estas intrincadas derivaciones se sigue desplegando de manera dominante, cabe recuperar la opción de un hilo explicativo.

Entonces, se impone entender, de un lado y otro (desde lo social de una parte, y a partir de lo homo-erótico de otra) las razones de ser de las contradicciones y de los desencuentros que en ambos extremos se confunden y exacerbaban; y que -al menos en un polo- ilustran motivos defensivos, siempre tan extremos como las exclusiones que comportan: doble-forclusión imperante y dominante a nivel de los registros socio-normales.

Lo homoerótico -resulta ello cada vez más notorio- siendo (ya es esto aquí más que evidente) de más amplia cobertura, no consigue suplantar a lo homosexual; pero lo homosexual, que a menudo -si no siempre- se olvida de estas decisivas incidencias, tanto a nivel de complementos como de contrastes, resulta descifrado desde esa indispensable incorporación; lo cual ambiguamente le decide y localiza desde esa condición, que siendo sin duda

sintomática no por ello admite el mismo orden de equivalencia mórbida con cuanto signan y deciden las entelequias patológicas apuntaladas por el Psicoanálisis y la Psiquiatría: neurosis, psicosis, etc.

DOS. No ha de bastar, en efecto, la distinción entre actuar homosexual y congelada escenificación infantil; lo cierto habrá de ser, que la coincidencia entre ambas cuestiones -decisiva en los desciframientos de modelos neuróticos- resulte a su vez bloqueada cuando de la homosexualidad se trata. No sólo la apetencia materno-infantil agota como registro de semejanza, el sentido de las elecciones que desde ese nivel, supuestamente se buscara reponer; lo cual es ya derivación discontinua, que exige entronques no siempre evidenciados; pues ha de ser en referencia con las conductas -más que en enlace con las personas- que se impondrían las urgencias repetitivas.

Tampoco el ejercicio empírico del modelo, explica el soporte generalizado de la fantasmática en cuestión, extrañamente asida en cambio a una nostalgia -platónica ya- tan decisiva como indescifrada, a la cual además a partir de un punto, forzando aún más los asuntos, se la quisiera -entonces sí- decidiendo a todos sin distinción.

Es por ello que el tema, el cual sin duda (¿cómo, si no?) alude a su vez a lo castratorio, enlaza tanto más definidamente con el juego de personajes, que es cuando lo estético pasa a ser reconocidamente rector.

Como fuese, a partir de entonces, la persona figura -tal cual le acontece a nivel de los sueños- por fuera de su hacer, y son los personajes quienes vienen a justificar de algún modo eso que desde *afuera* -sólo que ahora en los otros- parece siempre imposible de asimilar y de entender.⁵⁸

TRES. El juego desmedido que irrumpe cuando la refriega homosexual se dispara, resulta tan inadmisibile para los individuos (que, externamente a ello, se asumen desde el ejercitamiento de normalidades indiscutibles e indiscutidas) de forma semejante a como acaece cuando éstos se enfrentan a

⁵⁸ No sobra señalar que el formato clínico de lo social que reinscribe lo mórbido en cuanto aspira a la renovación de lo clínico-psicopatológico delata aquí ya, de modo más explicito, la presencia de sus específicas nociones (doble-virus); de igual modo, el personaje terrorista delata su incidencia no menos principal.

Ya antes, hubo de hacer presencia el terror mismo, en cuanto opción procedente del registro del virus-doble. Sumado a todo ello, el doble-virus incluirá la urgencia de explicar los motivos que dan a la nostalgia su peso decisivo, cuando torna imperiosa la perpetuación del pasado, desde la congelada prelación de los modelos infantiles más basales.

cualquier accionar procedente -de manera tanto más directa- desde lo terrorista.

En efecto: allí la persona normal, a pesar de todo se fascina, y no puede dejar de atender hipnotizada a cuanto, al tiempo, le resulta escandaloso; o -peor aún- no puede mínimamente ella sostenerse mirando allí.

Ni siquiera quien vive el asunto de modo directo entiende ésto que viene y le sobrepasa por encima de todo control, de toda posibilidad descontaminante, de toda toma de distancia; y no porque se trate de ésto o aquello, habría de ser así; será sin duda porque le estará sorprendiendo la lógica en extremo abarcante de lo estético, desbordado desde su sostenido e incontenible despliegue; por sobre todo, ensamblado con el secreto; lo cual es cuanto en realidad le da prelación siempre, tornándolo definitorio al tiempo que enigmático e irreductible.

¿O es que la Fuerza no se conjuga escindida y sometida, desde que también se le impone la enajenación de las formalizaciones? ¿No la impele por ello la urgencia de recuperar su unidad y su más decisiva condición fundante a partir de entonces?⁵⁹

CUATRO. La escenificación⁶⁰ da cuenta de cuánto de ficción se coloca allí (por lo demás, tornando a esta última decisiva y prioritaria); el imperio de lo estético resulta ser entonces paradigmático, incluso en la medida en que -de manera simultánea- se delate como indiscutiblemente sintomático.

La clave de formalización que se suma de algún modo al accionar desde los cuerpos, dando paso con ello a la opción de sublimaciones compensatorias y equilibrantes, comporta un subfondo que impone el reconocimiento del imperio de fuerzas tanto más basales; lo cual implica la inocultable e indiscutible

⁵⁹ Fuerza que se desdobra en masculina y femenina, en positiva y negativa, en vigorosa y débil, en fuerzas-en-sí y en fuerzas-otras; que incluso, inmersa ya en los territorios de los personajes (comandando por supuesto el más dominante entre ellos, el continuamente mencionado personaje terrorista) admite disfrazarse y generar desbordes, desmesuras, deslumbrantes estallidos; por sólo confundirse en encuentros especulares donde las fuerzas masculinas se solazan en la reposición paradigmática de duplicados suyos, por ejemplo. En cambio, lo femenino será fuerza-otra, tanto más metamorfoseada y deslindada de los comportamientos sexuales; al punto de resultar posible que no incida en lo homosexual, de tanto reponer o ser contrapuesta a lo homoerótico.

Desde entonces, lo femenino y lo masculino serán cargas más o menos intensas cuyas diversas combinatorias cada quien tendrá que administrar, sin necesariamente derivar por ello hasta el abierto desborde homosexual, o hallando inscripciones relativas en los reconocidos juegos posibles de la normalidad.

⁶⁰ Esa clave teatral resulta indispensable para la emergencia del doble en su acepción más enriquecedora, aunque es responsable también de todo cuanto en relación con las apariencias asume -entonces viralmente- el modelo social que a su vez así se nutre.

condición arrolladora e inefable que rige los despliegues de fuerzas a ese nivel, siempre signadas por plurales presencias, con mayor frecuencia dueñas de antagonicas e irreconciliables incorporaciones, y sin embargo decididas desde contraposiciones supuestamente elementales: lo activo-lo pasivo, lo débil y lo fuerte propiamente dichos; y hasta lo implosivo-lo explosivo, francamente contaminado y re-definido desde los despliegues de la Obra que les apropia y sobre-determina.

Como sea, el fantasma y el accionar homo-eróticos finalmente se distinguen y/o asemejan en cuanto modalidades que son reales puestas en escena y que - en tanto tales- privilegian la más escueta, profana irrupción, la cual suma extrañamente a la realidad de la puesta en acto, del espectáculo incluso, siempre estético.

CINCO. Pero el sólo accionar no cobija por ello las opciones mismas del fantasma en cuestión (sin duda más amplio y rico en posibilidades expresivas); de hecho es esa fantasmática de amplio espectro cuanto pasa a regir entonces cuando a lo homosexual más basal e insuficiente (sin duda inconveniente) se le somete desde el destino que -así sea por contraste- lo sobredetermina a partir de lo homo-erótico.

Y es que lo homo-erótico hasta llega a incluir el registro de una “estética” de corte terrorista, la cual se hermana así con modalidades, que antes de retratar ofertas con pretensiones autonómicas, resultaban decididas desde lo biológico, a partir de la égida de lo natural, y que derivan ahora, tanto más signadas, por el dominio de esa cepa tecnológico-terrorista que termina redefiniendo al modelo de conjunto.

Estético-terrorista en efecto, el reinterpretado modelo homo-erótico finalmente se registrará a partir de allí -encontrando de ese modo adecuación a todas sus versiones, frutos de plurales registros, a cual más decisivos- por dos rutas antagónicas: una que impone el estallido (explosión-implosión) desde los actos más atentatorios (estética de fuerza); otra, que mutando desde lo más originario, se perpetúa en formalizaciones inagotables y desarmónicas; estética formal tanto más sintomática.

SEIS. En efecto, un enlace con el terror -puesto a la vista con toda contundencia, tal cual lo impone la simultánea, evidente presencia de la indefensión- contrasta entonces con contraposiciones extremas, no menos

presentes en el otro polo, en el cual reina lo doble-forclusivo⁶¹ de manera envolvente, decidiendo normalidad allí; justamente en el punto donde -también de modo simultáneo- la contaminación entre las formas y las fuerzas torna, tan inapelable como inextricable.

Y los asuntos todos -a pesar de resultar ser a todas luces contradictorios y ajenos entre sí- se explicarán sin embargo a partir de esa misma fuente.

En efecto: esa doble clave expresiva (indefensión frente al terror e hiper-defensa compensatoria) da al tiempo renovado sentido máquico a lo erótico; a partir de allí, el repudio inapelable del terror (de lo cual la modalidad de lo homo-erótico busca defender) específicamente a nivel del registro de lo homosexual radicalizará sus empeños, incluso haciendo caso omiso del total trocamiento de su sentido, al redoblar el rechazo del terror, tanto más definitorio dada la exclusión que desde siempre impone y anexa, frente a lo homosexual, el humano rebaño.⁶²

SIETE. Lo homo-erótico allí llega a tornar resultante hiper-defensiva en sí; real nudo ciego, desde que la exclusión irremontable -que comporta la inscripción de la diferencia en la elección transgresora que impone lo sexual- comporta reinterpretar al terror, más allá aún, no sólo como escueta clave mórbida, externa y ajena; además, dando paso con ello a la presencia de una realidad inocultable que repone la verdad de la más empírica escisión, entre quienes no

⁶¹ Lo doble forclusivo determina lo normal, en tanto manejo defensivo y en negativo, de la forclusión -la cual no sólo constituye la clave más específica de las psicosis (Lacan).

De hecho, en la más constitutiva infancia consolida en cada quien lo psicótico más basal y fundante (Freud).

Es por ello -pues ¿qué es eso que se forcluye y doble-forcluye, si no el hueco mismo donde de forma sintomática toda realidad descansa?- que se apuntala a partir de allí la determinancia del terror como trasfondo de base para lo humano; tanto a nivel particular como de conjunto, y sobre todo como incidencia inapelable en sus indetenibles construcciones: en la Obra envolvente que blinda al humano rebaño, en referencia con ambas certezas, tan definitorias como repudiadas. O sea, el terror frente a los retratos que ofrece lo psicótico más primordial de un modo u otro perpetuado; y la condición -inapelable, redefinida- del terror mismo, a partir de allí por todos compartido.

Modelo al final diferenciado por ello en dos modalidades antagónicas: lo psicótico-forclusivo de una parte, y lo normal (entonces doble-forclusivo) de otra.

No sólo lo psicótico funda de entrada a lo psíquico ni a cuanto -de manera suplementaria- se arma y consolida en consecuencia y en contravía, por más silenciado que a partir de allí se lo pretenda; Pero, por la incidencia de defensas extremas que la Obra de continuo reapuntala, lo psíquico deja de estar asido al terror, al menos de ese modo tan definitorio, directo y decisivo, que entonces se debiera ilustrar de no darse semejante mediación.

De hecho, *masa* y *persona* encuentran fusión inextricable sin al tiempo renunciar por ello a sus diferencias más tajantes.

⁶² Basta que la dialéctica de la víctima y el victimario se repongan para que el terror resurja, torne visible e innegable. Por supuesto, es esa una entre muchas opciones de reposición del terror y de sus múltiples modalidades: terrorismos y tonos terroristas que dan paso a infinidad de alternativas y combinatorias, y frente a lo cual, la asimilación de lo homo-erótico sucumbe también.

pueden desconocerse como humanos y simultáneamente se asumen, del modo más tajante, como ajenos entre sí; la especificidad de una condición decidida -en primera y en última instancia- a partir de la contundente centricidad y dominancia de un modelo metamorfoseado así (que, como un emplasto, ha venido a primar sobre la biológica condición fundante de la sexualidad)⁶³ genera ese otro retrato, insoportable en quienes no piensan más que en librarse de toda incómoda procedencia por fundante que fuese.

OCHO. En fin, lo homo-erótico -hoy por hoy- no es apenas negativa a asumirse a partir de la realidad animal, que de hecho -en primera instancia- lo decide; es ante todo, reconocer lo humano como desnudado y definido, más allá de tal reborde empírico, desde esa necesidad, contaminada y contaminante, tan compartida como repudiada, que es el terror. Si bien se ve, única razón -así sea indirecta y camuflada- que justifica insistir en someter, desdibujar, borrar en lo posible, el predominio de los cuerpos, sin embargo siempre presentes e inabandonables, aunque no indispensables para decidir las urgencias expresivas y demarcatorias de lo homo-erótico.

Y habrá de ser como derivación de todo ello que lo homo-erótico dessexualizado, hasta ofrezca como banal cuanto resulta socialmente reconocido en el registro de lo sacro; que incluya la ficción allí donde se quiso erigir siempre la certeza moral; y -a partir de ese punto- de lo más irremontablemente intangible, asumido como indiscutible registro de creencia.

Terrorismo sin armas ni explosiones externas (que desde el fondo de lo humano estalla de continuo, dejando apenas la opción de reconocer la presencia inocultable de cuanto es -de forma simultánea- tan absurdo como inevitable)⁶⁴ lo homosexual se consolida y justifica sólo así.

⁶³ El rechazo radical que ilustran algunos homosexuales frente a los melindres femeniles de otros, debe reposar en esa condición que acerca sobremanera a los registros del terror, por una ruta en realidad caricaturesca; sólo tomada en serio porque resulta siendo en extremo dramática, la expresa indefensión que delata.

De otra parte, alucinar en negativo la ausencia del pene -tema frecuente entre homosexuales pasivos- es a su vez recurso de una femineidad que busca consolidarse sin atenuantes, hallando sólo el abismo del terror al final de esos rebordes imposibles.

⁶⁴ Sexualidad de semejanza que suplanta a la vida y la cancela en sus opciones expresivas, como cuando por equivocación el computador te borra lo que tienes escrito, y sin lo cual se pierde en realidad todo sentido (al menos, en la frase que en particular quisiste corregir), lo homosexual que enfrenta lo homo-erótico, es uno de los virus que la emergencia de lo cultural anexa, en la medida en que lo humano resulta marginado: explosión de lo singular -si se prefiere verlo así- que protesta la ausencia del despliegue de la singularidad no interferida.

2, 4 Lo excepcional excluido

UNO. Todo ésto torna objetivamente más engorroso, en cuanto se asume que no consiste apenas en la unificación empírica, desde el reconocimiento de una común, masiva semejanza que califica desde la escueta y bizarra escogencia de un “partener”; además incluye con extraña frecuencia a quienes del modo más excelso, han aportado al espíritu y al conocimiento. Sumados, sin embargo, por ese destino compartido, a quienes -sin dar señal alguna de superior condición ni de incuestionable capacidad creadora- ejercitan idéntico modelo, sólo por ciega obediencia a primarios e irrefrenables imperativos.

A pesar de tan determinantes consolidaciones, entre uno y otro polo puede darse la más radical diferencia, la cual repudia y escinde internamente a un conjunto ya afuera condenado y excluido.

Lo cierto es que no se puede entender, cómo Freud se olvidó de dar cuenta de los casos excepcionales por uniformarlo todo en un mismo saco, definiendo los conjuntos por lo bajo, acumulando sin atenuantes a cuanto parte de esa clave, sin duda de antemano, diferencial.

El indudable aporte freudiano que comportara la ya aludida inclusión de una estructura (homosexual) allí donde previamente sólo se trataba de casos aislados e injuntables (personas homosexuales) a partir de entonces incluye a su vez complejas consecuencias (derivaciones estas procedentes, en buena parte, de ese olvido decisivo donde hasta las propias defensas del investigador delataran bloqueos e impedimentos).

DOS. Ni qué decirlo: para no incluir la distinción que incluye lo homoerótico -lo cual resulta ya indiscartable- no habrá de ser igual ser un homosexual -como lo fueran un Miguel Ángel, un Leonardo Da Vinci, o un Caravaggio- que apenas un ser (por sobre todo, ajeno de sí mismo) que juega a las más grotescas suplantaciones de género, sin sumar a ello un plus de talento escenificante, de creatividad artística, de mínima riqueza estética.

Como fuere, ya al interior de la noción freudiana (la homosexualidad se quiere decir) la escisión impera; y es a posteriori por ello, que la sola exclusión (desde donde se decide socialmente y encarna *lo homo*, partiendo de la escueta puesta en acto de *lo sexual*) impide que el registro homosexual de conjunto no permita su inclusión; con lo cual se pudiera dar paso a la presencia de un lugar

ampliado que realmente permitiera a lo propiamente humano empezar a reconocerse, más allá de toda diferencia.

Si bien se ve, es el repudio cuanto permite al final, imponerse como indispensable a un registro (*lo homosexual*) -versión estética de la oferta clínica (*la homosexualidad*)- que de otro modo resultaría inocuo y excesivo.

¿Cómo es entonces ello?

Es a partir de esa distinción entre la puesta en acto de la singularidad y la caída plena del lado de lo singular, donde *lo homosexual* arma diferencia frente a una *homosexualidad* urgida de unidad.

Detrás de la noción freudiana (la homosexualidad) se esconde todo esto, que explotará luego de esas primeras demarcaciones psicoanalíticas, dejando en un limbo insalvable la reinterpretación de semejantes consecuencias, donde en primer lugar fue el propio Psicoanálisis el que delatará fisuras y francos, inocultables impedimentos.

TRES. La distinción entre *diferencia* y *singularidad* -a la cual se hiciera reciente referencia- torna tanto más contundente desde entonces por ello, y urge a partir de allí de exploraciones más hondas y amplias.

Diferencia es término que comporta de forma necesaria un referente que le complete y le dé sentido, siempre lo diferente lo es con respecto a algo, por supuesto; la singularidad en cambio es referente en sí.

Lo diferente entonces deriva de la singularidad mientras que a ésta no la decide la sola presencia de lo diferente, pues ello apenas la retrata.

Pero ¿en qué sentido entonces deviene tal distinción indispensable e indiscutible?

No basta -por decir algo- con tener terror a la castración, para que sin más se instaure predominio de singularidad; tampoco que se imponga tornar homosexual por sólo ello⁶⁵ pues existen otras indiscutibles derivaciones que lo suponen de igual manera, o de un modo aún más decisivo.

Tampoco es el mero estallido desde lo singular -en cuanto mera constancia de singularidad acumulada- clave de calidad y especificidad garantizada; pero el

⁶⁵ En la periferia de las resultantes el asunto puede ser sin embargo abarcante y masivamente definitorio de las más laxas de las maneras o reducirse -en contraste con eso- a modalidades regidas por especificidades decisivas que le aíslan y diferencian de manera redonda e injuntable del resto de las humanas irrupciones.

tema resulta recogido con certera contundencia al reconocer allí el paso que lleva, desde un extremo de singularidad hasta otro -más primordial e injustificable- donde revienta lo singular.

TRES. En este punto deberá asumirse una clave, tan decisiva como ignorada: la homosexualidad en la Obra es otra cosa, diversa de la estructura que encarna en las personas.

La singularidad, irrealizada en un extremo, repudia a esa otra, que halla posibilidades de realización en la génesis de deslumbrantes obras.

Por una vía enigmática que coloca de frente lo secreto, lo homosexual accede a lo homo-erótico y se resuelve en una sólo realidad, de otra forma impedida.

Si en algún punto cobra sentido la inclusión de una noción que reúna lo terrorista con lo creador, habrá de ser a ese nivel donde tres registros (lo terrorista, lo creador, y lo terrorista-creador, reunidos los dos primeros conceptos en ese tercero tanto más explosivo) tornan posibles y arman una trinidad, en apariencia inconcebible; sin embargo, de modo simultáneo, indiscutible en la base misma.

En efecto, de manera sorprendente, en la obra (de arte) que se suma a la Obra (obra humana de conjunto) el terrorismo accede a lo creador, y sin desaparecer por ello, se auto-refuta.

CUATRO. Tampoco lo homo-erótico es apenas por esto escueta y liberadora escenificación estética, como lo deseara el empeño de radical remontamiento de lo clínico; ni es mera fantasmática que rueda desde las más vulgares irrupciones; burdas siempre, tanto como injustificables; así no por eso resulten controlables, detenibles, o modificables.

Va todo reunido, de ese modo injuntable que caracteriza a lo humano cuando se trata -no de la matriz genésica que delata unidad indiscutida- en cambio sí, de las resultantes que reponen pluralidades, imposibles de reunir e incorporar sin que el asunto, por sólo ello, estalle.

¿Más qué? Si ha sido dicho que la homoerótica no descarta de una vez por todas a la homosexualidad; que la homoerótica es asunto pendiente, pieza que se suma -y que si bien altera la noción de modo decisivo- no la desaparece por sólo ésto ¿dónde va entonces ahora lo homosexual?

CINCO. Si lo sexual nombra la potencia vital, lo erótico decide su permanentemente renovado sentido desde que lo sexual se hace inapelable; de tal manera que lo homosexual es ante todo cuestión del cuerpo y de su apetencia;⁶⁶ cuerpos que desde entonces apelan a lo semejante para dar cuenta de su deseo; que por sobre todo -fieles a los designios que entonces desde lo homosexual los funda- repugnan de la diferencia cuando elige sus objetos; que tienen sus propias claves de placer, y que puede en tal sentido agotar universos; en fin, consolidaciones, que como piezas sueltas, dejan de coincidir con el resto de registros de realidad, las cuales se imponen y tornan no menos decisivos, a partir de otros diversos e injuntables niveles.

Freud ha dicho que la diversidad allí resulta siendo tanto más restringida: piénsese apenas en que, antes de repugnar de la mujer, el homosexual no soporta la diferencia sexual anatómica.

Desde el desciframiento psicoanalítico, sería en efecto la urgencia de fe en la constancia fálica cuanto diera paso a todas las derivaciones y despliegues de lo homosexual; y, a ello, quiso el creador del Psicoanálisis -adicional, arriesgadamente- generalizarlo hasta el resto de los seres humanos; incluyendo por tanto a las mujeres.⁶⁷

En realidad, al lado o por fuera de todo eso, el asunto delata la contraposición entre apetencias que permiten al cuerpo complejas ampliaciones; desbordado principio del placer que las decide y apuntala, y que la sola condición reproductiva de la especie pareciera negar allí; más aún, si se suma cuanto desde lo social viene a incluirse, forzando a permanentes redemarcaciones.

SEIS. La realidad del cuerpo homosexual entonces es la consigna reclusiva de su placer (hiper-potenciado a partir de ello);⁶⁸ y esto sin duda riñe -al menos de manera inicial- con las demarcaciones del principio de realidad, que lo social y la especie conforman, controlan, e imponen.

⁶⁶ Podría parecer insostenible esta aseveración, si se quisiera seguir aplicando la lógica psicoanalítica que reconoce en el deseo de cualquier orden, un asunto decididamente mental; pero el cuerpo es, más allá de mera materialización, sustrato sobre el cual recaen de modo irreversible torceduras, que no sólo lo mutan y le redefinen sino que le alejan de sus naturales procedencias: material soporte de Obra que la máquina ingente agota de continuo, es por ello que tal tecnologización del cuerpo forma parte decisiva del destino de sus apetencias.

⁶⁷ Este reconocimiento -en apariencia, obvio e innecesario- resulta decisivo para resaltar cómo, previo a toda precipitada generalización uniformante, en cada situación se imponen despliegues teóricos diferenciales.

⁶⁸ O sea, modelo restringido en la medida en que no aspira a perpetuarse más allá de sus escuetas circunstancias, pero que -acaso en compensación- se desborda del lado de un excesivo disfrute, inconcebible para el resto de sus semejantes quienes cargan con el peso de la responsabilidad reproductiva de la especie y que a su vez renuncian a las opciones de desmesura que lo sexual en lo social oferta al tiempo que prohíbe.

Lo social utiliza a la especie para los directos intereses de su reposición, pero lo homosexual que se les contrapone los resuelve transgresoramente por una ruta más que diversa.

De hecho, se trata de dos formas de reproducción que el despliegue de lo homosexual enfrenta: aquella que decide a lo social propiamente dicho y la que aspira a encerrarse en el camuflaje de una solución que excluye, incluso más allá de toda permisividad, cualquier reproducción otra (sobre todo ésta que a nivel biológico alude a la especie); y habrá de ser a nivel del cuerpo que repose semejante intransigencia, será a partir de allí desde donde ello se afinque y reponga incansablemente.

El fantasma -que torna inexpugnable a su vez- es sin lugar a dudas otra cuestión donde torna indispensable el recurso diferencial de lo homo-erótico que reinterpreta a lo homosexual reasignándole un más restrictivo sentido, el cual alude a la terca insistencia de lo humano que pugna, de la más sintomática e imprevista de las formas, por recuperar un lugar en definitiva desdibujado.⁶⁹

3. LO HOMOERÓTICO Y LA SINGULARIDAD

3.1 Cuerpos para el consumo

UNO. ¿Cómo se entroncan entonces lo homosexual y lo homoerótico?

El cuerpo es en primera instancia el soporte de lo animal a pesar de cuanto se hace por distanciarse de allí, en más de un caso dejando a los registros de la culpa y la marginación la calificación de cualquier amenaza de acercamiento a esos niveles.

⁶⁹ Y esto podría ser que invirtiera y reinterpretara los asuntos, a tal punto que el último en reconocer semejante sentido fuera el homosexual mismo; el cual parecerá desde entonces como si encarnara contradictoriamente dos potencias diferentes, según se tratase de lo homosexual en su cuerpo o de lo homoerótico en su asimilación social, por definición engorrosa: modalidades excepcionalmente juntables, siempre en inútil e inevitable competencia; sin duda, a pesar de todo, inseparables.

Lo homoerótico -ha sido dicho aquí- aparece ahora, luego de la inversión del peso decisivo de su predominancia originaria, como reinterpretada modalidad donde lo máquico se viene a sumar, contraponiéndose a lo sexual, desdibujando sus territorios, re-determinando las fronteras de su pertinencia y dando paso a renovadas conjugaciones que incluyen otras posibles realidades.

Lo homoerótico es ahora, ya no vital puntal enlazado al mundo; suplemento-sobre-el-suplemento en cambio, lugar desde donde hasta torna posible que el destino de lo reproductivo se cuestione y excluya.

A partir de allí, no sólo la práctica homosexual misma se desprende de ello; de hecho pasa a erigirse como pieza suelta donde la utilidad del proceder se detiene, dejando a la deriva las formas de enfrentar las cosas como meras alternativas autonómicas, que en cuanto tales partieran de lo más personal e íntimo; más bien sobre-determinado todo desde lo social.

DOS. Lo represivo-social coexiste entonces con lo laxo-erótico desde que lo tecnológico redefine las prácticas posibles de lo sexual en su conjunto; y, dado que hasta lo terrorista se incluye de modo decisivo, de manera dramática (por ejemplo sacando a la luz el repudio frente al lugar del padre e incluyendo la asunción del destino confrontador, derivado en consecuencia a partir de allí). Tras la arbitrariedad de tan tenaces contravías, como radicalizada posición abstracta perfectamente despersonalizada frente a toda referible intencionalidad visible o consciente, como efecto de todo ello lo homosexual con su accionar delata y escenifica una rebelión sin apariencia cierta de motivos ni sentidos racionalmente apuntalados.

Y es que lo homosexual además está en la mirada del otro; y ello, en doble dirección. Una cosa ha de ser en efecto cuando *lo homo* se aprehende en el retrato de su complemento como duplicado reconocimiento estructural (de lo cual diera fe ya Marcel Proust en su novela "En busca del tiempo perdido") y otra cuestión bastante más diversa, la captación que decide o descubre homosexualidad en otro desde un lugar extraño, ajeno; entonces juzgando, excluyendo; así fuere sin mayores explicitaciones, y/o a niveles meramente íntimos e implosionantes.

Es claro pues que a partir de esas claves ambiguas, sintomáticas; por esas vías espontáneas, inmediatas, se suma esa mirada -censora o resignada, extrañada o represiva- que no es sólo de registro particular.⁷⁰ A partir de la

⁷⁰ El ver es de cada quien, y viene dado desde el cuerpo (en tanto que animado); sin embargo es la mirada cuanto decide sus versiones desde el alma, y en ello el cuerpo es definitivamente remontado; al punto de hacer de la mirada, cobertura plena.

inclusión de lo social más variado y diverso (de alguna manera ya, opción metafórica que a su vez se pretende impersonal y abstracta y que cuenta para ello con compensatorias aspiraciones legalistas que el colectivo sostiene y perpetúa) la mirada que juzga, cambia y se desliza sin hallar precisa y definida localización.

Esta ruta de enjuiciamiento de lo patógeno, en confluencia con la marginación, enlaza -en el otro extremo del modelo y a nivel de cuanto se decide más allá de toda específica, individual versión- más que a razones objetivas, a la decisiva dominancia interpretativa que, por sobre todo, impone el consumo; para nada excluyente; más bien imperioso, imposible de evadir.⁷¹

TRES. ¿Cómo es esto?

Es cuerpo es formalización ya, así Aristóteles crea que es ello directo asunto del alma.

Sin la forma -que no es sólo alma- el cuerpo sería materia informe. Pero el cuerpo aloja una forma que debe ser animada; y no sólo ello: el cuerpo animado habrá de ser decidido desde la involucencia de lo social y de lo urbano; entonces, el cuerpo se someterá (a través de los siglos) a una -en principio paulatina y luego creciente- metamorfosis que le llevará hasta los destinos de lo máquico donde de un modo u otro deriva -por decirlo así, de forma extrema- parapléjicamente dependiente.

La mirada, por lo demás, no es sólo personal; apenas lo viene siendo así, en cuanto modalidad de mirada envolvente, global, decidida desde la cobertura del colectivo; más aún: signados por la Obra, colectivo y mirada máquicas, califican amplios registros de lo humano donde se alteran los sentidos y se someten las interpretaciones, a partir de claves de animación tan decisivas como inubicables. Y es que la reunión de múltiples aportes -y por variedad imprevisible de rutas- pasa a unificarse allí en enlace con la impersonalidad con la cual lo psíquico, antes que hacerse personal e intransferible,- se delata como basal y uniformante modalidad de lo urbano.

Resulta claro, que dado que la masa no necesita espejos para darse y desplegar sus fuerzas y sus veleidades, habrá de ser por ello que lo masivo sin ver mira a su vez; con tantos ojos como sean posibles y sin ningunos en realidad que así lo expliquen.

⁷¹ Todo cuanto aspira a escapar al sometimiento que se impone desde las urgencias reproductivas del modelo de conjunto termina siendo asimilado del lado de una productividad irremontable y recompuesta; las personas -por lo general, luego de cumplir con asfixiantes jornadas de trabajo- no logran liberarse sin embargo del lado de su espacialidad más íntima e intransferible; también allí se les invade de un modo u otro; y, hasta al vacacionar, el modelo termina recubriendo y haciendo creer en una libertad en realidad inexistente y sometida, donde lo producido se recupera del lado de la ingente maquina ingestora (Obra).

Pues bien: no habría de escapar a ello el juego de los sexos y de sus encuentros, por más clandestinamente que lo decida su ejercitamiento.

Sin embargo, paralelamente, el repudio desde lo singular -como contrapartida frente a estos sometimientos e imposiciones- habrá de tener también lugar, qué duda cabe.

El sometimiento del cuerpo lleva hasta los confines de la masificación de su presencia sumada a la multiplicidad de cuerpos, incluidos en las predestinaciones de la Obra.

El cuerpo-masa⁷² se aglutina del lado de rituales y modalidades que le dan como reflejo de su propio sustrato, como si una duplicidad especular le retratara (una, es cierto, aquella que le decide en relación con su específica singularidad -inapelable e irreversiblemente desdibujada- y, esa otra, que progresivamente le reinterpreta del lado de las urgencias de lo social y que le determina como modalidad urbana, apuntalada desde su propio psiquismo complementario. Allí, el cuerpo delata que autónomamente no le es dado discurrir; sucumbiría rápidamente si no se asimilara al colectivo de múltiples maneras; su sustrato material resultará entonces tan subordinado que el empirismo de la carne, explícito e innegable, resulta subordinado al imperio de fuerzas que le remontan y someten de la más radical de las maneras.

CUATRO. Lo sexual ya, en cuanto fuerza metamorfoseada del lado de su gasto (energía para el consumo, y por esa ruta hasta los extremos desbordados de la adicción) excluye e incluye de un modo diferente a cuanto se quisiera decidir como aspiración instintivo-natural que lo clínico de algún modo a su vez buscara -no sólo diagnósticamente- domesticar.

Se trata pues de lo contaminado (injuntables registros instintivo-consumistas) y habrá de ser por ello que el síntoma se exprese, incluso por fuera de los habituales terrenos de lo mórbido-personal; no que no los incluya ni los urja; es que no se sostiene apenas allí.

Si se le mirara bien, *lo homo* (la semejanza) resulta ahora más decisivo que *lo sexual* mismo.

Buscar el complemento de lo humano desde lo modal -que no alcanza a incluirlo plenamente, que incluso lo margina creando *afueras* tanto más decisivos y contundentes- es la utopía que se arma en territorios marginales, complementarios, e ilusamente unificantes.

⁷² Convendría más bien decir que la masa hace cuerpo, sumando materialidades que se animan desde un mismo apuntalamiento. Pero ese cuerpo de masa es por principio amorfo, y diverso del grueso de los cuerpos otros, desde que no consigue unificarse como un verdadero organismo.

Esta condición hace de la masa el más amorfo de los cuerpos, y a los cuerpos los consolida como verdaderas masas unificadas, animadas y redondas; plenas de sí, y sólo facultadas para intercambios apenas relativos y muy precisamente predeterminados.

Convendría auscultar a la luz de este asunto los trabajos que buscan incluir los aportes fenomenológicos husserlianos a modelos científicos interdisciplinarios (Cf. Natalie Depraz. "Una fenomenología del "nosotros". A propósito de la comunidad griega de Estambul". Université de Rouen. Université Inter-âge (La Sorbona). Archives-Husserl (ENS, París). CREA (París). (Fotocopia. Internet)

Lo cierto es que éste o aquél afuera, resultan siendo externos de un modo diverso para cada quien; y así le defina, lo hará en tanto -al tiempo- lo enajena; por ello le da del lado de su soledad, que no es tampoco -por necesidad- oasis de singularidad recuperada.

CINCO. Si bien *lo hetero* sufre alteraciones no menos tajantes, allí *lo sexual* sigue -en aparente continuidad con los intereses de la especie- dando simultáneamente ilusión de armónica confluencia también con las aspiraciones reproductivas de lo social; y, así no se ejercite de modo necesario en tal sentido, cuanto realmente importa para tales urgencias habrá de ser la inclusión que desde allí se determina casi automática y ciegamente.

No ha de ser por nada que la fórmula de lo hetero-erótico no calce y parezca sobrar -lo cual, bien visto, no es necesariamente cierto tampoco- al menos como en contraste fulgura todo cuando se alude a lo homoerótico.

Pero (a pesar de todo ello) lo hetero-sexual se ha ganado también del lado de lo erótico, desde que las claves de placer han ampliado sus territorialidades.

Incluso el repudio a la reproducción se consolida tanto más a ese nivel, como legalizada defensa frente al riesgo de peligrosas contaminaciones (sida) cuando se asume la aspiración de realización paterna; y materna, de hecho.

Un modelo de disfrute laxo califica ambas modalidades (homo y hetero) acercándoles sin duda a pesar de cuanto la refriega ideológica aspirase a sostener, en referencia con oposiciones tajantes y con supuestos abismos inllenables (retóricas que el accionar empírico refuta).

SEIS. Nunca, como en relación con lo sexual, se expresa la contraposición entre lo individual y lo colectivo.

Lo intangible del ejercitamiento de conjunto de la fuerza erótica (entonces impersonal y desmedido erotismo apuntalado sobre toda sexualidad; ajeno, si se quiere, para que siga siendo realmente definitorio) que choca con los despliegues que en su reclusión los cuerpos se permiten; que, incluso, a partir de un punto aspiran al desmembramiento de los imperativos de lo social; o, al menos, buscando decidirse allí de modo diferente y en un sentido no necesariamente envolvente en ejercicio de libertad; aún siendo ésta, de forma inevitable, restringida. A pesar de todo ello, tan envolvente confluencia (resultante imprevisible pero no menos decisiva) es siempre más amplia de cuanto lo público se permite, en la tajante reinterpretación de lo privado.

De otra parte: un asunto es estar frente al televisor después de haber cumplido con la jornada laboral a menudo agotadora hasta lo esclavizante, siendo bombardeado por la agresiva publicidad y por los estímulos ideológicos más variados, y otro, yacer desnudo cara a cara -o en la más extrema oscuridad- frente a la desnudez de un semejante, fuera el que fuese; si la dominación ideológica se sigue perpetuando allí, habrá de ser en la medida en que, por necesidad, se continúa urgiendo del soporte que confiere el rebaño, aún a esos niveles.

SIETE. Como fuere, el terrorismo ha afectado gravemente la resaltada contraposición privado-público; y ello incide en todos los registros, que de una forma u otra, resultan influidos y/o decididos desde presiones más o menos intensas, que parten siempre de lo social; lo sexual, por supuesto, no escapa a ello.

Lo social, debe decirse, está encarnado en cada quien; y si bien no es la mera suma de todas esas encarnaciones, las presupone y urge de modo principal, dado que sin ellas tampoco podría reconocérsele operando de la manera sobre-determinante que le resulta habitual.

A su vez, el entronque entre la persona y los personajes que lo social a su vez retrata, no se afecta menos; y, dado el complejo andamiaje que en este sentido comportó siempre la elección por semejanza en referencia con lo sexual, la inclusión decisiva y creciente de lo máquico-terrorista, da al personaje terrorista inusitadas opciones de despliegue, extrañamente novedosas en esos registros ya de por sí transgresores.

OCHO. Desde lo social, entonces se juzga a la persona del homosexual por cuanto es real aspiración de personaje.

Debe reconocerse que si lo homoerótico -sumado a lo homosexual- resulta tan próximo a escenificaciones teatrales, si acerca tanto y deslinda de modos imprevistos, y/o principales, las distancias entre la persona y los personajes, ha de ser precisamente porque no se trata apenas de un asunto personal.

La clave de semejanza presupone ya, al menos a otro, para que el fantasma se exprese empíricamente; o sea, que se trata en su interioridad redonda de una mini-operación social, de una particular sociedad que estalla las demarcaciones patógenas instauradas desde la égida de lo clínico-aplicativo; incluido en ello lo psicoanalítico.

Concretamente, a este último nivel -demarcadas las territorialidades de lo mórbido a partir de las modalidades de lo neurótico- bastaba con que cualquiera se aislara en lo obsesivo o en lo histérico para reconocer allí plena identidad personal a la estructura que así se encarnaba.

En cambio, el tema se retuerce y escapa sinuosamente cuando de lo homosexual se trata; sumado lo homo-erótico, ya el resto de refugios y de prelações, de núcleos fundantes y de rutas pre-demarcadas, se desdibuja y desubica como abejas perdidas de su reina y de su colmena.

NUEVE. En las denominadas perversiones el modelo con mayor frecuencia se desdobra, y en cuanto tal connota escenificaciones apoyadas en personajes que reponen modelos designados desde la tiranía del fantasma y/o a partir de los desencuentros de cuerpos que han perdido la brújula, frente a lo cual, la persona se pliega invadida por el peso de un vínculo que la deja por fuera: forma indispensable y paradójica, única posible opción de inclusión suya.

Sin llegar a ser tan radical la resultante como acontece a nivel de los sueños (un poco a la manera del público en las escenificaciones teatrales -público que participa en la medida en que está afuera, sin embargo sin dejar de pertenecer a la interioridad que demanda la puesta en acto del espectáculo como tal) la persona resulta hipnotizada por su fantasma y/o arrastrada por las urgencias de su cuerpo; tanto como refutada por uno u otro.

Que la persona asuma al personaje, el cual de hecho la decide y repone tajantemente cuando la escenificación llega a su clímax -o sea armando la escenificación, exclusión otra también- resulta asunto tan complejo y difícil de perpetuar, que es ese compromiso cuanto vendrá a decidir finalmente si se trata de una estructura consolidada sin atenuantes o en cambio de una tendencia más vasta y laxa; por ende, a pesar de constante, menos excluyente y determinante.

DIEZ. Pero, para la perspectiva -censora o permisiva- de lo social, se tratará siempre de la persona; y así sea bien sabido hasta dónde la persona es ya producto social, ésta -como entidad supuestamente autónoma- resulta afectada de continuo a causa de sus personajes⁷³ (en cambio, tenazmente ignorados, des-incluidos y para nada juzgados, de forma explícita al menos, en esas lecturas, entonces sí tercas e inamovibles) que lo social impone.

⁷³ Los personajes sociales, se quiere decir, pues los personajes mentales (interiores) son otra cuestión muy diversa (Ver al respecto el escrito sobre lo máquico).

A partir de fluctuaciones que le sobrepasan y sobre-determinan (tanto como acontece también desde las contundencias del fantasma y/o del cuerpo a las cuales obedecen, y/o encarnan los personajes en juego) la persona termina obligada a responder por algo que no entiende ni asume, pues es como si se tratara de una lengua extraña de la cual no se tiene memoria ni se cuenta frente a ella con alternativa alguna de ejercitamiento. Se diría: lo humano puesto al frente de sí, impedido para reconocerse.

ONCE. Ya ha sido previamente resaltado: si algo está contaminado en el asunto del cual se viene tratando aquí, ello lo expresa la contraposición entre lo individual y lo colectivo, que ha pasado a ilustrarse como entronque de la persona y lo social. Y no sólo en esa específica dirección, que es como se acostumbra verlo; también, desde la dirección inversa, partiendo de lo social hacia la persona; registro este último donde el modelo puede disgregarse y perder la contundencia que habitualmente le decide en tanto poder unificado e indiscutible.

Lo social es tan inabarcable que en realidad sólo se le puede reconocer tajante unidad a nivel del núcleo que le define como matriz estética y que en cuanto tal genera inagotables resultantes formales.

En cada particular resultante, lo social viene desdoblado ya y su lugar se reacomoda según se trate de una u otra emergencia; es esa la razón por la cual lo social puede ser tan arbitrario e imprevisible, y al tiempo tan cierto y definitorio, tan inmediato e hiper-presente.

3.2 El mito platónico

UNO. Nunca se intensifica tanto el contraste entre lo individual y lo colectivo, como cuando se contraponen las modalidades de uno u otro modelo frente a lo humano (más aún, si se trata de los comportamientos eróticos).

Ya Freud -como quedara resaltado previamente aquí- amplió la franja que lleva desde los homosexuales hasta la consolidación de una noción redonda de homosexualidad, lo cual no hizo menos solo al homosexual, ni alivió las consecuencias que generaba su repudio; incluso, no está menos solo el

homosexual porque se le incluya legalmente en el colectivo; como ya fuera resaltado también, las señales de rechazo frente a la diferencia que él encarna no se borran, así se inventen leyes y se crea por ello estar modificando finalmente las cosas.

Ni siquiera Lacan -quien arma franca excepción en cuanto comporta real aporte teórico a la producción freudiana de conjunto- avanzó mínimamente en referencia con la dilucidación de los atascamientos y desenfocos generados a partir de la tesis que, de entrada, pretendiera incluir en un mismo conjunto (registro de lo psicopatógeno) todas las denominadas estructuras mórbidas.

Freud, en efecto, consolidó una Clínica, que aunque dependía de sus teorías sobre la infancia humana, no creció de la manera como lo hiciera el resto de su reflexión, siempre ampliando su objeto (en contraste con las aplicaciones terapéuticas que nunca remontaran las estrechas paredes del consultorio).

DOS. Pero en Platón estaba ya resuelto -sólo que míticamente- el sentido de los comportamientos que trascendían las escuetas franjas de lo reproductivo, tal cual acontece en el registro de la vida natural.

Con el beneficio de armar allí versión estética antes de condena clínica, lo cual, si no es directa responsabilidad de Freud -tal cual fuera a su vez reconocido aquí- dejó abierta la opción sesgada de lo disciplinar, donde los asuntos terminan encarcelados.

Modelo especializado, lo disciplinar fue dando paso, de forma progresiva e ininterrumpida, a la ampliación de las contradicciones y entrampamientos contemporáneos; sin duda, envolvente resultante reforzada desde claves terapéutico-aplicativas, ellas sí, en ejercicio sostenido e incrementado, hasta la actualidad.

Peor aún: sin la prelación teórico-investigativa que rigiera a nivel del pensamiento del creador del Psicoanálisis, Platón de antemano supo decidir del modo más artístico, las supuestas incoherencias y arbitrariedades que impiden -aún hoy- dar cuenta de semejantes comportamientos.

Resulta curioso observar cómo la sexualidad -vista desde lo estético- parece resolverse y acomodarse por sí misma, mutando sin limitación visible ante las exigencias del conjunto; mientras que al enfrentarla, incluyendo el máximo de rigor científico, se enreda y congestiona todo, sin aparente remedio.

TRES. ¿Qué se podría sumar a todo ello desde la perspectiva del abordaje estético?

Para empezar, conviene recalcar en las implicaciones que se generan entre las modalidades de lo humano y lo humano propiamente tal; no sólo la evasiva condición de la matriz estética más basal; la cual se reconoce como lo humano propiamente dicho -y que ya no se sabe si es mera abstracción nocional o si se trata en cambio de un lecho real donde, de manera enigmática, sin duda alguna los modos discurren reponiendo reiteradas y sostenidas formas.

De hecho, se termina ignorando si consiste la mencionada matriz en un registro basal, que oscila desde su frontera entre una y otra condición (teórica, y de válida realidad objetiva) generando escisión e impedimento de captación frente a cuanto es por ello, fondo de reposiciones inagotables.

Y es que resulta indiscutiblemente cierta entonces la clave estética que se decide desde la matriz misma; mas -como ésto no es en realidad asumido- se corre el riesgo de creer que cada materialización de los modos de lo humano (sumando todo al conjunto que resta y restó siempre, desde que el mundo se apuntalara) terminan por ser la única certeza de inmediata existencia; con lo cual, sólo en segunda instancia, se podría dar fe de ese trasfondo doblemente evasivo que se supone sea lo humano; a su manera, innegable también, aunque supuesto derivado.

CUATRO. Como fuere, en el caso concreto de los apuntalamientos homoeróticos que buscan remontar la escueta ampliación clínico-freudiana de la estructura homosexual, conviene ver las cosas desde esta perspectiva que contrapone, los modos a la matriz basal (de lo humano).

Sin duda alguna -aunque sin decirlo del todo- no es otra cosa cuanto adelanta ya el mito platónico; sólo que conviene llevar la oferta artístico-filosófica del diálogo de Platón hasta un lugar más decisivo y directo. Es claro que en el texto del filósofo griego, el mito irrumpe como una pieza de algún modo heteróclita, guardada en un escrito más amplio y abarcante, como si se tratara de una preciosa joya en un cofre protector; buscando quizá con ello, desentrañar implicaciones más aterrizadas, no sólo en cuanto se asumen las cosas de un modo menos etéreo, sin duda más escueto, sino -por sobre todo- debido a que el tema comporta ahora registros que resultaban imprevisibles para la antigua perspectiva griega.⁷⁴

⁷⁴ Lo transdisciplinar está presente en ese empleo del mito, al interior de un texto de corte decididamente filosófico, que sin embargo sabe que lo estético no puede cancelarse, sin generar efectos contundentes.

CINCO. Por supuesto, cada modo “se hace” a lo humano de una manera que no consigue ser suficientemente abarcante como para cubrir la extensa delimitación que la matriz en cuanto tal connota: restos de exclusión van armando de modo irreversible y progresivo una dimensión inaprehensible donde quien caiga -parcial o totalmente- resulta absorbido, sin apelación ni comprensión posibles.

Sin embargo, internamente -a nivel de la matriz misma, por decirlo así- además de esa realidad indiscutible que ella es y seguirá siendo por sobre todo, con su despliegue el modo enriquece y aporta a las opciones de tan amplia involucencia (la cual tampoco podría ser sin la constante encarnación que brinda la puesta en acto de tales -empíricas, particulares- consolidaciones).

Se suma a todo ello que puede incluso ser que el modo vaya en franca contravía con los supuestos empeños auto-reproductivos de la matriz misma, sin que se pueda generar en consecuencia definitiva exclusión (obligando en cambio a ampliar los registros reconocidos de esa banda, tan ancha que permite que todo quepa ahí, sin propiciar por ello un recubrimiento pleno, ni siquiera teórico).⁷⁵

SEIS. Lo homo-erótico, en efecto, no va apenas en contravía de los mandatos decisivos que comporta la reproducción de la especie, siguiendo apenas guías tanto más basales de disfrute (colindante con cuanto Freud apelara “principio de placer”, y que incluye -acaso con mayor coherencia- ejercitamientos transgresores desde que ponen en acto la certeza prioritaria del goce).⁷⁶

De un modo u otro, lo homoerótico se desprende radicalmente de lo sexual, a partir de un punto; y ese punto está resuelto -al menos en primera instancia-

Tan distante de allá, la especialización y el consecuente reino de lo disciplinar de ello derivado, son una clara muestra del efecto generado por la cancelación racionalista que sucedió al abordaje platónico.

⁷⁵ La tenaz urgencia de reproducción, que de un modo u otro califica a todo lo existente, resulta ser la clave que delata a lo estético como lo más envolventemente prioritario; pero no porque sea lo reproductivo lo más determinante, pues de hecho es sólo efecto, consecuencia, de aquello -que desde el secreto- juega, jugó siempre, al despliegue ininterrumpido de lo formal y de las fuerzas más basales y constitutivas.

⁷⁶ Debe reconocerse que a estas alturas el concepto de lo homo-erótico, montado sobre lo puro erótico, ha llegado a nombrar una amplia franja donde lo último en ser incluido es cuanto, de entrada, fuera prioritario y fundante. Invasada la vida por lo máquico, el peso de lo sexual resulta ahora predominantemente signado por el registro del consumo que se impone desde las ofertas renovadas del placer y del goce; mientras que las urgencias reproductivas de la especie, han pasado a recibir la sombra de amenaza que la paternidad-maternidad comportan, desde que enfermedades extremas infestan y contaminan de modo progresivo las opciones del entronque sexual: se diría, asunto casi sin control, de no ser por recursos tecnológicos (preservativos) que llegan hasta el ejercicio de lo más sexualmente íntimo, y que la decisión reproductiva obligaría a abandonar de modo necesario.

por la incidencia de la singularidad. Podrá ser incluso que, bloqueada la singularidad abruptamente desde lo social, también a ese nivel, se trate entonces de manera más frecuente y dominante de encarnadas explosiones desde lo singular, que es también registro donde lo homosexual con más determinación acostumbra alojarse.

Lo cierto es que Platón pensó al revés las cosas de cómo obligara a hacerlo tiempo después, la perspectiva clínica freudiana. Platón pensó desde lo humano, lo homoerótico (pues es así como lo homoerótico se empieza a diferenciar y a jerarquizar respecto de lo homosexual), y halló diversas formas de completud que hacen de *lo hetero* y de *lo homo*, alternativas horizontales de entrecruzamiento, sin imponer sesgos ni prelación. Lo humano, castigado por los dioses, caería del lado de la tortura de sus escisiones, sin conseguir volverse a reencontrar; y es allí donde, tanto *lo homo* como *lo hetero*, armarían sintomáticas reposiciones y angustiosos empeños de inútiles reencuentros.

Antes que de estructuras, se trata de incompletudes decisivas donde es (así suene peregrino para las pretensiones racional-científicas modernas) la nostalgia de un origen incapturable y de una unidad soñada -ajena de toda realidad modal de hombres y mujeres, de masculinidades y femineidades- cuanto decide a lo humano, cuando va en busca de ensambles y retratos imposibles; el resto es consecuencia de todo ello.

SIETE. Como fuere -aún haciendo caso omiso del aporte platónico- resulta indiscutible que no basta con la sola clave diagnóstica personalizada, para dar cuenta de una problemática que incluye registros más amplios (políticos, jurídicos, religiosos, morales); habrá de ser, sin duda por ello, que estas demarcaciones terminen decidiendo tanto más las cosas (así las agraven, antes que resolverlas) en sus re-definidos territorios selectivos (también incrementadamente estrechos; por ende, insuficientes como para conseguir cobijarlo todo de manera redonda y contundente).

Lo cierto es, que ya entonces, se trata de cuestiones que buscaban solucionar directamente desde lo aplicativo, a cuanto demandara, de modo prioritario, indispensables y previas dilucidaciones teóricas.

La validez mítico-platónica no hace más que imponer la urgencia de un modelo que desde lo explicativo le rebase y complete; y, en las ofertas contemporáneas, ello está lejos de alcanzarse.

Incluso, podrá ser que paulatinamente se den allí niveles de aporte decisivos que echen por tierra, del modo más tajante, el prejuicio según el cual sólo es posible compensar a la especie aportándole en su directa reproducción.

OCHO. Se insiste: antes de lo homo-erótico (y de lo impedido para ser llamado lo hetero-erótico) está lo erótico, más acá de cuanto consolida lo humano desde que se le reconoce inapelablemente escindido (para el caso en cuestión, escindido en géneros).

Lo erótico no sólo es entonces el enlace al mundo desde su encarnación a título de modalidades suyas: esas aprehensiones decisivas y envolventes, se sienten siempre tanto, se perciben primero, al punto de que no se les incluye de manera necesaria, cuando esos modos piensan. Y el mundo luego delata, que a su vez le decide la escisión; pues no es posible reconocer esta operación como equivalente a una certeza del mundo, que hiciera de esa forma conciencia de sí mismo: la escisión entre el mundo y sus modos en cambio, se denuncia así, como tanto más decisiva y definitiva. Es cuando el secreto pasa a regir y a dominarlo todo.

Como fuere, resulta claro sí que la escisión de géneros se impone desde la biológica urgencia reproductiva de la especie; es a partir de allí que lo sexual comandó, comanda y comandará siempre mientras se esté forzando a la implementación del mismo recurso natural de siempre. Al lado de esta condición -hasta ahora inapelable- se margina a lo erótico que reclama desde la vida la urgencia de ampliación del espectro pulsional.

La especie -y, desde ella, lo social- someten y reinterpretan en cambio de manera progresiva a la pulsión, ajustándola a diversas exigencias reproductivas; allí también habrá de germinar lo urbano y se impondrá a su vez de manera tajante la tiránica absorción de la Obra, lo cual hará de lo vital objeto siempre de domesticamiento y en apariencia asunto segundo, derivado, pues la especie no muere del modo como se les impone a sus múltiples encarnaciones.

Lo cierto es que el tono terrorista armará sí entronques explosivo-implosivos en la medida en que resultan imperando inevitables recursos de suplemento como si fueran condiciones fundantes.

3.3 Lo bello y la escisión

UNO. Si lo homoerótico subtiende en lo homosexual⁷⁷ habrá de ser porque, más allá de lo máquico que recubre cuanto fuera reconocido como emergencia humana (incluidas allí las lecturas naturalistas de sus derivaciones biológico-psíquico-sociales) se encuentra la garantía que ofrece la asunción -no siempre prevista- de la belleza; es esa (seguramente entre otras) la razón por la cual, antes de oferta que descifrara lo homosexual, lo homoerótico ya estaba en el apuntalamiento mítico-platónico.⁷⁸

También es rigurosamente cierto que -de otra parte- lo homoerótico viene soportado por la formalización que decide la matriz de lo humano (previa a toda escisión y que lo da como incapturable en el registro de lo experiencial); y habrá de ser -desde ese impedimento matricial que impone la escisión como primera y decisiva condición relativizante- cuando lo homoerótico, desde la contraposición de géneros que le reduce, imponga desplegarse tercamente como empírica modalidad homosexual (derivación extraña a la esperada demarcación biologizante, en cuanto se esperaría naturalmente al servicio de las ya recaladas expectativas de especie).⁷⁹

Sin lo homoerótico no se podría explicar esa irrupción bizarra; como fuese, en la mitad de todo ello se aloja una problemática que incluye, al lado de la apetencia, no solo registros clínico-estructurales sino fenómenos estéticos de difícil objetivación.

DOS. Una forma de reconocimiento de lo bello tendrá que estar necesariamente -si no de manera directa- decidiendo, o al menos soportando, la tenaz urgencia de un impulso que atrae a quienes -sin apelación- le encarnan y despliegan; que confiere a las fuerzas enlaces decisivos y directos

⁷⁷ De hecho es perfectamente al revés, pero la inversión del modelo inicial que impone la escisión de lo erótico-vital, y que da paso al despliegue de *lo homo* y *lo hetero*, da pie a estas suplantaciones.

⁷⁸ El ensamble con el mundo de modos suyos -que han hecho conciencia refleja de su lugar allí- da a la belleza una cobertura más vasta, que antecede necesariamente a los criterios de asignación de lo bello en la selección de objetos asumidos desde el enlace erótico-sexual; sólo que esta verdad se ha invertido a partir de un punto, y ha de ser por ello que, cuando se piensan así las cosas, parecen francamente al revés de cuanto la realidad empírica impone.

Cuanto se ha llamado aquí *paisaje interior* tiene esta procedencia y delata que no era caprichosa su inclusión en el armado conceptual de esta propuesta. El progresivo deterioro del mundo que cada quien incluye, lo quiera o no, deberá dar cuenta de claves de “amargura” urbana por ejemplo (Cf. Pamuk, O. “Estambul. Ciudad y recuerdos” Debolsillo, impresores. Barcelona, 2010) que comportan tonos de colectiva melancolía, no necesariamente asignables al directo registro de lo clínico personal ni a la mera sumatoria de particulares apropiaciones.

⁷⁹ Lo homosexual descansaría sobre un lecho intangible e invisible, al cual suplanta y enajena. Detrás de los más tajantes y en apariencia gratuitos estallidos que lo homosexual retrata de continuo, subtiende el desgarrado encarcelamiento de una singularidad sin opción distinta a esa salida por la ruta de lo singular. Es cuando se ofrece, de modo excepcional, el paso del lado de ese plus liberador que repone la obra de arte.

en las variadas resultantes que signa lo erótico, y que no logran apuntalarse en lo formal más que sintomáticamente.

Como quien dice, lo bello agenciando de recurso transgresor, e incluso terrorista dado que recurre a los mismos procedimientos que lo singular presupone: clandestinidad, refutación de ley, indiferencia frente a criterios de solidaria reproducción del modelo de rebaño, etc.

Un extremo -frente al repudio de cuanto habitualmente se supone en esencia bello (el cuerpo de una mujer, por ejemplo) y, a su vez, por cuanto se rechaza desde el polo contrapuesto la alternativa de descarga y de inclinación afectiva derivada de ello- delata que, o bien los criterios de medición de la belleza se alteran de modo decisivo, cuando el llamado erótico pasa a primar; o, en cambio, que se incluyen allí factores agravantes que dejan sin soporte a los cómodos y habituales presupuestos, escindiendo, contraponiendo de manera tajante, los criterios de subjetiva valoración estética; referentes estos que delatan que la atracción, la cual resulta decidida desde la asunción de previa y objetiva fascinación, y que impone redonda y excluyente selección, decide como más amplia la asignación genérica de la belleza; belleza entonces incluida de un lado u otro (si es que además se trata de dar a lo bello, ensamble con lo erótico) que la particular apropiación de cuanto, espontáneamente cada cual reconoce como reposición paradigmática de belleza, sin necesidad de derivar del lado de urgencias sensuales, sexuales, y hasta escuetamente eróticas.

TRES. ¿Podría afirmarse, a partir de estos señalamientos, que la apreciación de lo bello va por una ruta independiente de aquella que decide a la elección erótica? ¿Es el secreto cuanto está en la base de toda elección? ¿A partir de qué punto pasa a ser decisiva la inclusión de lo bello en toda inclinación erótico-afectiva? En cuanto alude a claves de deslumbramiento amoroso, al elegir al objeto de su atracción ¿es la mujer diferente del hombre? ¿La homosexualidad comporta una mayor sensibilización frente a lo bello? De serlo así ¿por qué resulta siendo resuelto entonces lo amatorio de tan sorprendentes y peculiares maneras?

Es más fácil sin duda no responder a todas estas engorrosas cuestiones, o al menos partir del reconocimiento de que no conviene nunca intentar contestarlas armando precipitadas generalizaciones, entonces -por una causa u otra- insostenibles.

Pues bien: si las inclusiones redondas y envolventes parecen prejuiciadas e indefensables, ha de ser porque la presencia de comportamientos de

excepción pueden darse, más allá de éstas e independientemente de demarcaciones, de ordenamientos -por laxos que ellos fuesen- que les excluyen.

CUATRO. Más acá de todos esos obstáculos e impedimentos periféricos debe decirse que entre lo secreto y lo bello se instala la singularidad;⁸⁰ y habrá de ser, partiendo de la conjugación -siempre evasiva- entre esos tres registros (lo secreto, lo bello y la singularidad) en mayor o en menor medida incluidos siempre, que se pueda en cada caso llegar a alguna verosímil conclusión.

Si bien cabe que lo bello ensamble con lo humano y resulte indiscutiblemente presente -más acá de la superficie de las resultantes escindidas de los géneros- en sí, lo bello se presupone más envolvente de cuanto delatan aquellas emergencias, ajeno de tales restricciones. No que no las cobije, es que irremediamente, las rebasa.

No es femenina la belleza que lo bello encarna; tampoco es masculina;⁸¹ está sin duda más acá, como que cobija muchas otras emergencias, no necesariamente escindidas por géneros, incluso no humanas.

Si se dan bellezas masculinas y/o femeninas, habrá de ser en la medida en que son ya modalidades de lo bello.⁸²

CINCO. Ya había sido resaltado ello, pero conviene retomarlo a la luz de una nueva perspectiva: más decisivo aún podrá ser, que un franco homosexual -sin otra opción erótica posible- sea al tiempo un genio de las artes.

⁸⁰ Y, si la derivación del lado de lo singular se suma allí, el asunto tornará por ello tanto más enigmático y contundente.

⁸¹ Alguna vez se afirmó en estos escritos que la belleza era siempre femenina; pero tendría que ser ello entonces en el restringido sentido que impone su captación desde un semejante, partiendo de complementos externos que redondean su objetivación, y asumiendo como dada la escisión y desde lo puro humano.

Resulta claro, que el repudio y la defensa pueden, no sólo decidir desde posiciones tercamente asumidas, de hecho dejando por fuera -a nivel estrictamente subjetivo- registros no menos esenciales de lo bello, que incluyen estéticas coberturas a la luz de la resaltada matriz de lo humano, más que desde la asunción de su escisión donde se borran el secreto y la singularidad.

⁸² Si a partir de un punto estamos los humanos cerrados a cualquier intercambio y comunicación, habrá de ser allí donde decidimos la certeza de lo bello, que -de arbitraria e inapelable forma- nos afecta; nadie sabe hasta dónde, esos criterios -que resultan a su vez forzados y alterados por y desde lo social- en el fondo resultan siendo incompatibles; y no consiguen coincidir, pues tratan de la singularidad, siempre inefable y secreta; cuando es ello extremo -por cualquier razón que fuere- cabe toparse con reclusiones que resultan tan dolorosas como inexpugnables.

La belleza allí -podría pensarse- encontrará un impedimento que sólo por arduas rutas de difícil implementación hallaría exutorio posible, y entonces, de modo inocultable, hasta el Arte resultante -la concreta producción artística más bien- sería el efecto (o, si no la causa, la apertura para que ello torne posible) de semejantes ejercitamientos e integraciones.

A nivel del Arte más puro (ése que fuera puesto a prueba por el paso demoledor de los tiempos) cabe desde entonces indagar: ¿es cierto que fuera la belleza -en esos topes paradigmáticos, ahora definitivamente inalcanzables- la misma al amar, que cuando se pinta o se produce música o escultura?

No basta apenas con responder que se trata de modalidades, que la noción más vasta de belleza por supuesto incluye; es que el secreto -que en ello se regocija- deja sin soporte las acostumbradas creencias con las cuales se pretende -se pretendió siempre- fundar la verdad, en plena coincidencia con la mera opinión compartida.

SEIS. De hecho, la resultante donde el Arte prima y las conductas sexuales (antes que armar conflicto o interferencia de algún orden) se complementan, no es algo para nada improbable; existen al respecto tantas ilustraciones que los casos extremos -dígase Caravaggio- parecen en cambio demandar, incluso la incidencia de otros factores -entonces no menos determinantes- en la perpetuación de semejantes ejercitamientos y en la consecuente génesis de obras insuperablemente bellas: no sólo la posición ante la ley (desde su condición pasiva, o abiertamente terrorista-explosiva ya, hasta la irrupción misma del acto asesino) sin duda, la perpleja incidencia del enigma, tanto más indescifrable y para nada ajeno o marginado desde que impele en sentidos opuestos, injuntables, y -sin embargo- igualmente presentes en el mismo desgarrado ser que los despliega.

Y, así el Arte parezca ignorar esta condición como propia, lo cierto es que pasa a ser otra cuestión cuando se reconoce la real presencia allí de semejantes complementaciones.

SIETE. Tampoco entonces son uniformes las derivaciones que ponen al individuo sexualmente diferente de cara a la oposición que impusieran los demás a título de poder irrestricto e indiscutido.

De forma Independiente de todo ensamble erótico -incluso remontándolo, precisamente en la medida de su apabullante contundencia- que la belleza encarne en modalidades inmediatas y empíricas (al tiempo dejando indefensa a

la mirada, armando inevitable deslumbramiento) habrá de ser por cuanto entonces se reponga sin atenuantes, la condición inefable e innegable de lo secreto.

Más ¿qué? ¿Es que la experiencia de lo bello resulta siendo tan diversa e incompartible entonces, que no se pueda ni siquiera imaginar la forma como incide en quienes a nivel erótico se amarran entre sí, sólida, decisivamente?

O ¿es apenas la demostración de que lo bello sí interviene, de modo definitorio y envolvente, en esas elecciones y en esas resultantes; independientemente de excluyentes criterios y valoraciones, haciendo de lo bello contundente registro, tan subjetivo que resulta por eso francamente incompartible?⁸³

OCHO, Por supuesto: si se ha aceptado que el sólo impulso indiferenciado puede conducir a la emergencia de fantasmas -y/o de actos radicales, abiertamente transgresores en referencia con las demandas de lo social y de la normalidad imperantes- ello delata por sí mismo que sólo en niveles de excepción el tema de lo bello podrá pasar a ser determinante.

Pero, que tales excepciones no sólo puedan en efecto darse sino que resulten decisivas y definitorias en su doble acepción (o sea, como modalidades de la estructura incluyente, al tiempo que como indiscutibles realidades donde la marca de la singularidad -derivada del lado de lo singular- se opone a semejantes reducciones o ampliaciones, según se vea) es algo a su vez innegable y refuerza la idea de lo inaprehensible y evasivo que resulta ser el asunto en tanto tal; como fuere, asumir la excepción comporta juntar tales extremos y reconocer diferencias múltiples en cada quien; y según se acerquen o distancien de uno u otro polo, el conjunto de los *homosexuales* ha de ser a partir de allí asunto más que diverso de cuanto previamente fuera presupuestado.

3.4 Lo homoerótico como posible estética de singularidad impedida

⁸³ O sea: que existe un punto donde la vida y la sexualidad parecieran reducir sus distancias por esta ruta de lo bello, desde que además- la necesidad imperiosa impone la demanda del encuentro entre los cuerpos. En ese punto, resulta difícil dilucidar hasta qué punto, la percepción se altera y se delata la prelación de registros ampliados e imprevistos; de otro modo, silenciados y ocultos, desde la restricción habitual que rige las captaciones del semejante.

UNO. Y es que el aporte freudiano (concretamente la certeza de una estructura homosexual que por lo demás no hubiera debido devaluarse por ello) choca con una contundente oposición, armada como realidad inocultable y dominante por quienes admiten diferenciarse a partir de allí, sin -por sólo eso- borrarse especificidades, no menos determinantes, aún incluyéndose la válida presencia de lo homoerótico.

A pesar de todo, con las demarcaciones que la realidad social a ese nivel comporta y -por esa misma vía- también, dadas las forma de armarse oposición desde modelos represivos, claves para la demarcación de lo normal (lo cual afecta de modo inocultable y en más de un sentido a quienes -el conjunto de los homosexuales- sin duda hacen franca diferencia a partir de allí) lo homoerótico, de algún modo, se hermana -indetenible y progresivamente- con las “hetero-eróticas” opciones⁸⁴ alteradas también de forma inevitable.

En efecto, no sólo los registros de lo homo-erótico, apenas uno entre inocultables implicaciones; a su vez, el modelo de normalidad que rige ahora, se modifica decisivamente abriéndose a progresivas e imprevisibles alteraciones.⁸⁵

DOS. A su vez -¿qué duda cabe?- la homosexualidad se ve tajantemente reducida en las obras desde el milagro de la ejecutoria artística, y habrá de ser por esa vía que al artista se le perdona a posteriori, desde el olvido que su creatividad propicia e impone (lo cual no implica que, en vida, se le trate distinto o se le justifique su erótico accionar y los despliegues de su desmesura).

Pues bien: al hacerse referencia a versiones que -tal cual se afirmara previamente- desde afuera de la conflictiva en cuestión más fácilmente confunden y arman contradicciones y nudos antes que ayudar a resolver los asuntos de un modo mínimamente pertinente; habría de reconocerse una condición, aún más decisiva por encubierta: buscando develar esta clave,

⁸⁴ Esas modalidades ameritan un texto aparte, pues sólo la licencia que impone el despliegue de esta reflexión justifica de algún modo -siempre insuficiente- asignarles un lugar segundo, derivado, incluso marginal. Tan es así que *lo homo-erótico*, sin esa clave de contraste, que *lo hetero* suma a su vez a lo erótico, no puede nunca ser idéntico de sí.

⁸⁵ De hecho, dado que se trata -a nivel más vasto- de lo erótico, que reduce, altera y resignifica las opciones de lo sexual, implicando nuevas imbricaciones a nivel de las modalidades de *lo homo* y de *lo hetero* en cuanto hace referencia a las opciones del goce y del placer que cada quién -de acuerdo a sus tendencias- se permite; e incluido allí lo máquico -que no deja de afectar a su vez los registros de restricción y flexibilidad desde lo social- el modelo termina resultando, no sólo desestructurado en más de un nivel, sin duda torna abierto a modificaciones imprevisibles y a implicaciones derivadas de ello, que antes de resolver, agravan las cosas. Por decir algo: la forma como la ley se comporta de forma arbitraria, compensatoria, contradictoria, oscilando entre lo hiper-represivo y la total, laxa permisividad.

conviene preguntarse -dándole la vuelta a semejantes presupuestos- si cabría reconocer en las modalidades excepcionales de lo homoerótico tal distinción, que les hiciera definitivamente diversas e incomparables con las resultantes comunes y corrientes, a las cuales da paso la redonda e indiferenciada homosexualidad.

¿Acaso Freud, cuando apuntaló la abstracta noción (homosexualidad) que reunía a los homosexuales en un conjunto reconocible -con lo cual dejaban de ser piezas aisladas y excluidas del resto, tornando en reales encarnaciones modales de un núcleo tanto más decisivo y envolvente- avanzó un indiscutible paso entonces pero retrocedió dos, al ignorar las excepcionales emergencias, las cuales demandaban -antes de un abordaje clínico- una decisiva ampliación del espectro, del lado de lo estético?

TRES. Por lo menos -sin necesidad de responder a esa concreta indagación- se evidencian ya inocultables desconocimientos; retratan éstos, alianzas con modalidades de censura, las cuales -al concreto nivel de las Clínicas de aplicación- no implican apenas la exclusión de esas emergencias inocultables, de esas resultantes, que al darse, evidenciaran registros diversos, injuntables con las habituales modalidades que acostumbra desplegar el rebaño; en fin, se delata de esa manera cómo se enfrentan semejantes peculiares asuntos desde lugares donde -antes que tratarse de objetivas investigaciones- priman el prejuicio y la defensa.

En efecto, haciendo caso omiso de tales inclusiones quienes asumen sin más “aplicaciones terapéuticas”, por sólo ello delatan el indiscutido lugar social desde donde juzgan y deciden, pontifican y determinan; o sea, más tarde o más temprano naufragan en la certeza ciega de una normalidad ejercida, asumida sin distancia ni crítica mínima, acogida sin debate ni alteración alguna; y, desde el recubrimiento -en consecuencia- de las envolventes defensas doble-forclusivas que califican al colectivo humano, instalados allí, no sólo tornan más cercanos al registro de la opinión que al de la verdad (si es que se desea expresarlo de manera platónica) sino que ignoran olímpicamente esas exigencias y sin más “pasan al acto” (como acostumbran decir los psicoanalistas lacanianos) aplicativo.

CUATRO. Y no es que se trate de irrefrenables apologías, ni de sospechosas apropiaciones: en otro sentido -por ampliar el espectro- también acontece algo semejante con las denominadas drogadicciones, las cuales a pesar de no haber inquietado de modo suficiente a Freud (seguramente debido al precario

despliegue de tales implementaciones por aquel entonces)⁸⁶ imponen el reconocimiento de la presencia coartante de lo social allí; por lo cual, resulta impracticable un abordaje que no comporte moralización y demás sesgos inconvenientemente valorativos que taponan la opción de una franca exploración rigurosa y pertinente (antes de desbocarse al actuar, signado por urgencias más bien ideológicas, que realmente apoyadas en contundentes y procedentes desciframientos teóricos).

Y no es que sean del mismo registro psico-patológico una y otra problemática (homosexualidad y drogadicción) ni que bastase con la apertura de un capítulo aparte en el registro de lo psicopatológico, donde se reuniesen y sumasen estos engorrosos, marginales modelos; de hecho diferentes sí, en cuanto anexan a las claves psicopatológicas tradicionales los complementos de lo transgresor, del consumismo extremo, y -en consecuencia- de lo adictivo. Es que -más allá de todo ello- tales problemáticas no sólo alteran de un modo radical e irreversible las formas mismas de lo mórbido: delatan la presencia de nuevas modalidades preventivas, desde los recursos con los cuales se les pretende enfrentar. Sin duda alguna, esas modalidades de defensa disfrazadas de “terapéuticas”, forman parte decisiva del cuadro al cual completan compensatoriamente: tal cual acontece con otras emergencias que delatan la incuestionable presencia de lo terrorista; así sea solo a manera de tono.

CINCO. Resulta claro sí que al incluir la singularidad y -sobre todo la presencia de lo singular- se da paso con ello no sólo a una forma más adecuada de leer las semejanzas y las diferencias en el mapa que las nuevas modalidades del malestar comporta ahora; también, la misma urgencia de inclusión de lo estético y de lo transdisciplinar, en la forma como se impone enfrentar las cosas, tanto a nivel teórico como en referencia con la dimensión de lo aplicativo.

Antes que desde una perspectiva terapéutica, surge la opción de ver al otro (cualquiera fuere) partiendo de esa distancia, de esa diferencia, que le deja rezagado con respecto a la asunción, a la retoma de su propia singularidad. Frente a la obra generada (restringida o abundantemente, pero en la periferia de un hacer limitado y obligante) nace en cada quién el imperativo de un modo nuevo de indagar y de enfrentar las anestias y los apuntalamientos de la creencia, y de las consecuencias de todo ello a partir de allí.

⁸⁶ De hecho, esa clave cuantitativa no resulta ser -de modo necesario- suficiente; aún, siendo hoy en día asunto tan invasor, no han de faltar psicoanalistas que excluyan olímpicamente la cuestión desde la cerrada, selectiva territorialidad que les demarca su -cada vez más- especializado hacer.

En efecto, el hacer restrictivo se ayuda -se ayudó siempre- de esa condición inapelable que es la creencia, que se apuntala y al tiempo termina consolidando congeladas, colectivas construcciones -y no sólo religiosas y/o morales- donde se aglutinan las modalidades de toda fe.

SEIS. Ahora bien: ¿acaso ello demanda de otro que asuma tal función como destino decisivo de gestión, con lo cual se diera paso al propio despliegue de esa singularidad?

Siendo cada vez menos así, sería más fácil que se impusiera mantener el constante cuestionamiento de tal apropiación, donde lo clínico defiende de lo estético más decisivo; y de hallarse colindancia allí, no podrían ser los “gigantes del sillón” -cualquier cosa, menos garantes de singularidad ejercida- soportes para semejante empresa por ahora ciertamente imprevisible.

Para no pecar de personalizantes, convendría decirlo de otro modo: la reinterpretación capitalista del modelo pone en cuestión, en primera instancia, el lugar mismo del terapeuta y a partir de allí, comporta la inapelable reformulación de la tarea.

Ha sido por ello que resultó indispensable renunciar a toda aplicación, buscando dar paso al inicio de una retoma teórica, no por nada olvidada, marginada, en aras de un despliegue incontenible de recubrimientos empírico-pragmáticos, tan ciegos como necesariamente compensatorios.

¿O es que alguna vez la terapéutica -psicoanalítica, o de cualquier otro orden- sospecho al menos la invisible contundencia de lo homoerótico en los despliegues empíricos de la homosexualidad?

4. CODA

4.1 El doble-virus y lo homoerótico

UNO. Muchas veces al interior de estas reflexiones se ha insistido en que la inmediatez con la cual habitualmente se reconoce el predominio indiscutido de la persona, oculta su realidad primera. En efecto, a nivel onírico la persona retrata ser, al tiempo mero escenario -donde en cambio discurren personajes de uno u otro tipo- y personaje observador al margen.

Muchos sueños dan fe, no apenas de esa señalada doble mutación que antecede y decide a la persona; en algún caso incluso Freud reconocía que el personaje que se sueña suplantando a la persona puede ser tan diverso de ésta que delate una superación inexplicable de su patología (el paranoico, quien en sus sueños deja de sentirse perseguido, descorre su delirio, retornando sin embargo de modo inevitable a su drama en cuanto despierta de nuevo).⁸⁷

Si bien se lo ve, en realidad la persona del soñante (no sólo entonces) pasa a ser directamente suplantada por un personaje suyo; recupera éste su cancelada vigencia, tornando de nuevo decisivo, tal cual lo fuera en anteriores épocas, o simplemente decidiendo el rumbo de las cosas desde su exclusiva perspectiva.

DOS. Hasta puede darse el caso de alternar situaciones y personajes que combinen, indistinta o simultáneamente, épocas diversas de la existencia del soñante sin que ello comporte censura, distanciamiento, o ruptura alguna (como sí sólo en los registros del soñar se pudiera ser incuestionablemente uno).

La persona (quien de hecho corporalmente yace detenida y extendida en la posición que le impone un periódico reposo indispensable) parece ajena frente a ello, y desde sus personajes se convence en cambio -buscando infructuosamente seguir siendo una- de su permanencia en el libre ejercicio que caracteriza su accionar vígilico (de hecho, le aplican la fórmula doble-forclusiva que ella acostumbra incluir automáticamente, al recuperar el control y el poder que le confiere el ejercicio de vigilia, donde -entonces sí- se asume como portadora de una indiscutible unicidad).⁸⁸

⁸⁷ Curiosa inversión donde la demencia es del registro de lo vígilico y la razón se recupera a nivel de lo onírico.

⁸⁸ Podría reconocerse allí el punto donde el impedimento de la operación prolonga la exclusión vígilica de la persona por parte del personaje -ahora proactivo- el cual mantiene su fuerza y su dominio desde el alimento sostenido que lo singular entonces le confiere (dígase, cuando de lo homosexual se trata). De hecho, puede acontecer algo semejante con tantas otras modalidades donde lo singular -con idéntica fuerza, o presente de manera aún más tenaz- irrumpe impunemente en los registros de lo normal habituado.

En fin, independientemente de todo ello, la suplantación de la persona por sus personajes puede darse incluso a plena luz del día (con la condición de que ello sea camuflado y decidido, de un modo tal que la persona no alcance a sublevarse).⁸⁹

Ceder el paso a un personaje social es algo que podría llegar a resultar tan habitual, que la persona terminara reconociendo esas prelações como su forma misma, dada la tiranía de circunstancias exteriores que así lo urgen; en cambio, hasta la persona misma como tal puede llevarse un tiempo, o dar paso a la necesidad de sortear difíciles encrucijadas, que sólo luego de sostenido esfuerzo, dará lugar a la franca recuperación de sí. Entonces, reencuentro siempre alegre y liberador.⁹⁰

TRES. A quienes enfrentan la marca de una modalidad sexual (y/o de una involucencia donde la implementación de diferencia arma por sí sola exclusión social) a menudo se les impone incluir esa teatralidad -de otro modo inexplicable- que exagera hasta lo inverosímil este sesgo, llegando incluso al extremo de la literalidad del disfraz o de la máscara en obligadas escenificaciones de retorcidos rituales, no sólo ajenos, de hecho repudiados en el habitual accionar reconocido como normal.

Debería ser esa la razón que obliga a aceptar que los comportamientos de vigilia entonces no consiguen mantenerse dentro de una constancia, que en la asumida normalidad en cambio se prolonga sin mayores esfuerzos.

Las opciones de intercambio (que no sólo decide al interior de esos registros, que se busca implementarlo incluso a nivel del juego de obligadas comunicaciones con la normalidad misma) incide en cuanto de teatral la normalidad de su parte repone desde que el tema de los personajes no le resulta ajeno (maquillajes, sustituciones y apropiaciones de vestuarios diversos, celebraciones masivas⁹¹ que incluyen el empleo de tales suplementos desdoblantes y encubridores, etc.).

⁸⁹ Cf. nuestros anteriores señalamientos en referencia con los personajes sociales (en Biblioteca Digital, U. Nal. de Colombia. Bogotá).

⁹⁰ Resultaría interesante entonces la indagación por el lugar desde donde sueña alguien así.

⁹¹ Nunca como entonces las estéticas alternas de lo homoerótico reinan, y de modo envolvente se resulta permisivo frente a ello.

Resulta bien sabido que -así sea de modo pasajero- semejantes entrecruzamientos pueden llegar a borrar oposiciones, que en condiciones normales, parecieran tan irremontables como inamovibles.⁹²

CUATRO. Cabe también, que al interior del despliegue de la sexualidad compartida por parejas de idéntico género- se trate de intercambios menos pacíficos y dialogantes; que se implementen modalidades de escenificación de algún modo bélicas (así por supuesto no se llegue como pareja, hasta la coincidencia con los colectivos estallidos que la guerra comporta). Convendría quizá mas bien decir, *simulacros de duelos* -pues tampoco corrientemente se llega más que a escenificaciones, las cuales no derivan de modo necesario en fatales desenlaces).

Y -dado que entonces el diálogo pudiera resultar negado- se podrán dar modalidades desdobladas, que de un lado y otro jueguen a lo suyo, sin buscar para nada hallar el reflejo especular que garantice la validez de cuanto -a nivel íntimo- se explicita en el retrato que brinda entonces el hostil complemento.

Como fuere, en cualquier caso es dable al personaje terrorista emerger, delatando la inmensa variedad de sus opciones explosivo-implosivas.

CINCO. Aún cuando el personaje terrorista simulara estar ausente, resultaría decidiendo y alterándolo todo, del modo más contundente; cualesquiera fuesen las modalidades de su ejercitamiento, esa realidad cuya habrá de ser cuanto torne definitiva su constancia; incluso, las variaciones de lo terrorista (terrorismo blando, terrorismo blanco) que parecen casi ajenas de toda explosividad resultan reconocibles, hasta cuando se juegan de modo femenino; entonces conjugadas desde las lúdicas implementaciones de lo seductor.

En general, la razón de ser de la indispensable clandestinidad que decide la actividad homosexual⁹³ delata un tono, que de una forma u otra, torna hiper-

⁹² El doble tras el virus deriva en realidad definitivo en las escenificaciones de los homosexuales, y justifica la ampliación estética de esa franja, hasta los apuntalamientos velados de lo homo-erótico. Franja (habitualmente reconocida como registro decidido desde lo personal por la Clínica más tradicional) que en realidad revela el punto de entronque de la singularidad, en cuanto estalla en lo singular por la ruta de un terrorismo disfrazado, el cual -enigmáticamente- repugna ser reconocido en cuanto tal; o sea, metamórfico y estético como nunca.

⁹³ Al fin de cuentas ¿es lo homoerótico suplantación de lo homosexual, registro no menos decisivo, que marcha simultáneamente al lado de éste? O ¿resulta siendo contaminada fusión que oscila de un extremo a otro, sin hallar decisiva detención?

Lo homosexual -así no fuera redondamente de connotación clínica- siempre resulta siendo sintomático, en tanto califica las urgencias del cuerpo, enloquecido de su norte (o -si se prefiere- obligado a reconocer nortes plurales, que pueden llegar a ser -que son sin duda- francamente antagónicos).

presente, determinantemente terrorista; alternativa al menos de tono terrorista, es por ello que no demanda estallar para ser reconocido como modalidad de lo terrorista; que (más o menos soportado, censurado, o permitido) coincide con esa condición encubridora (lo clandestino) que a su vez deriva siempre necesaria; atenuada sí, a nivel de la determinancia de lo social.

SEIS. La versión estética que suple al escueto abordaje clínico, cuando se busca su concreto ejercitamiento da paso a enigmáticos entrecruzamientos y (en general) a implicaciones imprevistas.⁹⁴

¿Es la metamorfosis -de continuo ignorada y/o cancelada- cuanto compromete la presencia de resultantes tan antagónicas con la previsión inaugural de las sobre-determinadas emergencias naturales? O ¿es ella, en cambio, efecto de la radical ruptura cultural, consecuencia que ilustra malformaciones inevitables de legalizar a pesar de todo?

¿Cómo se explica el comportamiento homoerótico? ¿Existe acaso éste?

La fuerza sexual -es cierto- de continuo evidencia su condición indiferenciada en la base; su mera descarga -al fallar los imperativos de periferia que rigen a nivel de las resultantes- si bien continúa delatando el ajuste con designios de especie -y, a partir de allí, con demarcaciones diversificadas e indispensables- es ahora más bien algo que se suma a posteriori y que sólo se logra sostener desde inciertos esfuerzos mancomunados.⁹⁵

Lo homoerótico es de su parte, de aspiración estética, y su dominio excluye cualquier empeño de consolidación personalizante (aunque no consiga evitar reconoce la urgencia de diagnóstico en cuanto alude a la envolvencia de una clave, la cual no deja de ser a su modo sintomática también).

Por ello más bien, lo homoerótico amplía los registros de lo clínico, y desespera ante la imposibilidad de una recuperación redonda de lo estético.

Lo homoerótico es, en realidad, vía de contrapuesta implementación del tono terrorista, en cuanto cobija franjas cada más vastas de lo humano, desdibujado de su antecedentes naturales e impedido para apuntalar un nuevo piso de sólido y armónico soporte.

Lo sexual de marca terrorista delata -en contraposición como lo homoerótico- los impedimentos que tiene lo social para consolidarse, sin armar paraplejas que excluyan y que incluyan sin sentidos, buscando acaso, de manera infructuosa, una razón de ser que resulte mínimamente convalidante; más bien, repudio del secreto que delata lo bello, el empirismo del hacer sexual se contamina allí, intentando convalidar de hecho (en realidad evadiendo) la más impedida de las síntesis.

⁹⁴ “¿Cómo así?- se podría exclamar- ¿no se decía acaso, que la aplicación estaba desterrada en esta versión crítica de la Clínica? A estas alturas, el decir resulta inútil dado que de todos modos se van dando implementaciones, quiérase o no. De hecho, alargar en lo posible ese interregno, resulta siempre conveniente, y fue por ello que de entrada se planteó esa condición -más bien metodológica- que aquí se seguirá implementando de todos modos.

⁹⁵ Es ello más que sabido: lo natural le da una clara función reproductiva a lo sexual; lo sexual entonces se detiene cuando los ciclos reproductivos se realizan y vuelve a retornar cuando estos se reactivan. Lo cultural -en cambio- escinde lo sexual que pasa a ejercitarse como opción hedonística, sin que la posibilidad reproductiva deje de estar constantemente presente a su vez. Ya, algunos primates, empiezan a

SIETE. Que lo homoerótico se dé no es -desde esa perspectiva- algo que delate meros efectos inconvenientes; viene consolidado de entrada, y así se prolongue en sus humanas modalidades contemporáneas -aunque fueran éstas, francamente diferenciadas en referencia con tales ancestrales orígenes- no se puede atribuir ello a contundentes claves mórbidas, ni menos aún resulta posible reducirlo a escuetas responsabilidades personales.

Es la prohibición y la exclusión cuanto viene a delatar la exacerbación de imperativos, que por más válidos que pudieran parecer, en realidad proceden de urgencias de reproducción, indispensables más bien desde matrices derivadas a partir de lo social (morales, religiosas) y de lo cual los comportamientos particulares de uno u otro orden, son necesarias consecuencias; en efecto, lo homoerótico arma síntoma -como acontece a su vez con el conjunto de modalidades que ilustran lo singular- y sólo reconocida allí la marca decisiva del terror -siempre diversificada, como lo impone en cada situación, la directa o velada procedencia desde lo singular- la constancia de lo terrorista que lo despliega a nivel de lo humano comporta -a título de emergencia viral- la implacable presencia explosionante del *afuera*, no por ello menos definitorio.

Precisamente, tratar de incluir a cuanto se ha impuesto en lo social como su definido, constituyente, *afuera*, es cuanto da paso a los malos entendidos y contradicciones; a todo lo cual se ha venido aludiendo aquí, y que -de hecho- retumba a cada paso, cuando se observa el conjunto de tales problemáticas.

Y ello, que permite registros tanto más aclaratorios desde que se opta por la perspectiva estética, impone a lo clínico difíciles rodeos y reacomodos (si es que se insiste en dar cuenta de tales desajustes, partiendo de semejantes abordajes).

OCHO. Lo homo-erótico no es entonces, decisión ni apuntalamiento desde las personas (como se impone en cambio siempre que lo homosexual o lo heterosexual se ejercitan) no obstante lo cual la dimensión homo-erótica signa a las personas, y es por ello que éstas terminan encarnando su condición, ampliando o restringiendo sus determinancias.

Por sobre todo, lo homo-erótico hace de lo erótico algo diverso de cuanto acontece con la hetero-sexualidad; califica lo sexual contraponiéndosele, así de

ilustrar estos comportamientos, donde lo lúdico amplía la franja estrecha de lo redondamente reproductivo, dejando un sabor de enigma irreductible con ello, hay que decirlo.

modo inocultable, lo pueda ejercitar también; en cambio, lo hetero-sexual incorpora lo erótico siempre como suplemento, que al final, no hace más que demostrar que la vida y la pulsión no son del mismo registro; y que, si algo complementa la opción de una factible pulsión de vida es cuanto Freud designara como su complemento indispensable: la engorrosa noción de pulsión de muerte.

Esos complejos entronques y esas forzosas distinciones, se hacen en la actualidad indispensables, para dar cuenta de renovadas territorialidades desde las cuales se afincan las múltiples resultantes de lo humano (incluida por supuesto su restrictiva presencia, su marginación, y su domesticamiento, por parte de involucramientos donde prima lo tecnológico-terrorista).

4.2 Dos últimos señalamientos

4.2.1 El primero

UNO. Resta la pregunta por el entronque entre lo erótico y *lo homo* (y tanto más aún, en ambos sentidos, con *lo hetero*, en cuanto inconveniente y extraña presencia allí, incluso en niveles escuetamente nominales).⁹⁶

¿Habrà de ser que lo erótico repudie de algùn modo la opción de mezcla con *lo hetero*, del mismo modo que *lo homo* resiste frente a las urgencias de lo sexual; al menos, entendido lo sexual en referencia con las demandas de la especie, y de lo social por ende?

Lo erótico, no es que repudie la posibilidad de realización en el registro de *lo hetero*, pero ello impone más bien, alteraciones obligadas a nivel de cuanto se venía desplegando a título de normalidad.⁹⁷

⁹⁶ De hecho, es la escisión de lo humano -y desde allí lo humano mismo, que resta apenas como constancia matricial formalizadora- cuanto desata el nudo, amarrado desde el recurso freudiano que equiparara lo sexual y la vida. Pero, consiste ello sólo en una primera ubicación, la cual sería ingenuo pretender consolidarla como redondamente dilucidante.

La normalidad no es la misma siempre; puede ser una, cuando de lo sexual se trata, y otra, en referencia con el cuerpo (salud); más allá, resulta a su vez diferente, si se la reconoce desde la perspectiva de lo mental; en fin, que su pluralidad responde -paradójicamente- por su unicidad y constancia.

Al final, la normalidad es ese denominador común desde el cual se recogen las resultantes que obedecen al modelo social imperante; razón por la cual, la normalidad de cada quien -comparada con el rasero abstracto que la decide a nivel colectivo- resulta difícil de integrar. Habrá de ser por ello que sólo quepan allí múltiples resultantes, cada cual cargada de inagotables relativismos y desajustes; y resultará, por ello también, que la propia constancia de la normalidad imponga sucesivas, continuas alteraciones, ampliaciones, o repliegues.

DOS. A pesar de todo, la alianza entre lo erótico y lo homo-erótico que la versión moderna promociona de continuo, de manera progresiva y al parecer irreversible, no parece alterarse por ello; y es más bien *lo hetero*, cuanto viene siempre a la saga buscando tardías adecuaciones.

Surge además el dilema entre las aspiraciones de la especie y las imposiciones desde lo social, las cuales escasamente coinciden; más bien, paulatinamente tienden a diferenciarse, incluyéndose por ello, no apenas la habitual presencia de agudas crisis; de hecho, ilustrando sus efectos en derivaciones como aquellas donde -sin aparente transición justificable- las distancias entre lo homosexual y lo homoerótico se incrementan, mientras que los modelos denominados heterosexuales se mueven entonces con mayor comodidad pues dejan (así resulta indudablemente extraño el empleo de esta noción) a lo hetero-normal flotando.

En efecto, es sólo a posteriori que *lo hetero* se pliega a ampliaciones de esa franja donde la vida y la sexualidad delatan francas distinciones; pero entonces (ha de reconocérselo) que lo erótico, es un asunto para los seres asumidos como normales, y otro muy diverso en referencia con aquellos que resultan definitivamente marginados (los homosexuales incluidos en primer lugar, por supuesto).

Lo erótico -salido de los registros restringidos que se imponen a nivel de su humana aplicación y de las diferencias que a partir de ello se consolidan-

⁹⁷ La apropiación, de cuanto resto por fuera de la elección homosexual, da a la heterosexualidad entronque automático con la normalidad, es cierto; pero, está lejos de cubrir las connotaciones vitales, que de hecho apropia de manera-por decirlo así- inconsulta y excluyente. Los efectos de todo ello -entre otras cosas- se han reflejado tajantemente en el discurrir que lo clínico aplicativo ha desplegado a partir de entonces.

termina delatando que su condición más definitoria y diferencial está platónicamente enlazada con el mundo, del cual los humanos resultan siendo modalidades más bien escotomizadas, aunque no por ello ajenas frente a las implicaciones que comportan esos latentes destinos.

TRES. Lo erótico actualmente, en realidad se instala flotando entre la vida y la sexualidad, y puede por ello contraponerse con mayor rigor a lo tanático (o reducirse a escisiones, como aquella que comporta la versión homo-erótica frente a lo normal-erótico).⁹⁸

En ese punto, donde se acerca más a la territorialidad de lo vital, lo erótico se ilustra como registro donde lo humano admite asumir al mundo con la inmediatez de lo modal que lo encarna; en ensamble con lo tanático (pues se afectan recíprocamente uno y otro registro -erótico y tanático- al punto de resultar indiscernibles en niveles extremos) lo erótico se subleva frente a manejos específicos que buscan su reducción a la escueta esfera de lo sexual.

Ha de ser por estas razones que el discernimiento de lo erótico sólo se hace posible, luego de rastrear todas esas inevitables contaminaciones, que -en los rebordes de sus empíricas emergencias- le torna impreciso y evanescente.

De hecho, lo más puro erótico es algo que sólo se aprehende al final de un largo y sinuoso recorrido, aunque es entonces tan inextricable como inaprehensible; así, innegable.

4.2.2 El segundo

UNO. No faltará el reclamo de quienes consideren que el entronque entre los homosexuales y el Arte, es apenas derivado, cuando no excepcional; por lo menos, no se impone que lo uno comporte de manera necesaria lo otro. Y si bien resulta francamente incierto que la integración a ese nivel pueda darse, que incluso caben -tal cual ya fuera ubicado con antelación- enriquecimientos de parte y parte, la verdad es que tales evidencias, sólo tornan definitivamente apuntaladas en sus radicales implicaciones, si no se les mira con prejuicio.

⁹⁸ Resulta claro que lo normal entonces, antes que ampliar con ello la franja de sus coberturas, apuesta decididamente por la escisión.

Como fuese, es claro que el Arte, sin el aporte de la homosexualidad, no lo sería menos; mientras que, a la inversa, la homosexualidad puede llegar a adeudar al Arte, en innegable medida. Pero, como se trata de sus entronques, debe decirse en cambio que no es sólo la homosexualidad la que consigue alimentarse allí, dado que a ese nivel se trata de una clave de desmesura compartida con otros registros, aunque asumida por el Arte como no lo conseguirían nunca la Ciencia o la Filosofía; paradójicamente sí, la Religión (modalidades de misticismo). Razón por la cual, antiguamente, se dieron tan excelsos encuentros en esos específicos registros, a niveles en los cuales -de otro modo- serían de esperarse más bien, distanciamientos irremontables.

DOS. En realidad, más que de una integración directa -y a la diferenciación también indispensable allí- entre homosexualidad y Arte, se impone el ensamble entre ellos a través de una tercera clave: la singularidad (que -como es bastante bien sabido ya- puede dar paso a la emergencia explosiva de lo singular, clave para la captación de las diferencias demandadas).

Es por esa ruta metamórfica como se expanden las opciones de la singularidad, y en consecuencia, que Arte y homosexualidad pueden lograr entremezclarse, y no sólo de una idéntica manera.

La razón por la cual es ahora ello tanto más sinuoso de observar, sin duda alguna debe atribuirse a severas alteraciones a nivel del ejercitamiento del Arte en cuanto tal, en más de un sentido actualmente desdibujado, en referencia con la reposición enriquecida de su territorialidad intransferible.

A pesar de todo, si lo homoerótico parece más ajustado al reconocimiento de estas proximidades que la eventual presencia de artistas redondamente homosexuales, habrá de ser en cuanto la singularidad es, en primer lugar, asunto de los modos del mundo, y en cuanto tal, alimento inagotable de las sostenidas emergencias de lo erótico, desdibujado y excluido, tanto como la propia singularidad.

TRES. Un poco “de rebote” -por decirlo del más convencional de los modos- los homosexuales marginados podrán conseguir impensados acercamientos a la experiencia del mundo, por una ruta que la normalidad repudia abiertamente en la medida del beneficio que comporta el incremento de sus hiper-defensas doble forclusivas; también la Obra se aprovecha entonces y hace del mundo objeto a explotar, sin atenuantes ni restricciones mínimas; allí, los humanos,

afanados por las necesidades de supervivencia, colindan fácilmente con estos indetenibles comportamientos donde reina la escisión.

El resultado: definitiva escisión entre humanos, que coincide con ensambles contaminados con el mundo: ver a los seres humanos como cosas -por decir algo, quizá lo más extremo- resulta ser una de las claves que decide la oferta terrorista. Con idéntica lógica -si es que se le puede denominar así a todo ello- la Obra masiva engulle, por la misma vía indiferenciada, toda resultante que propicie su engrosamiento mórbido. Así que humanos y cosas, serán engullidos inevitable e indiscriminadamente desde esa forma terrorista de sobrevivir que se le impone a todo a partir de ello.

5. A PROPÓSITO DE LA BIBLIOGRAFÍA

De hecho, más que específicos textos, se citan aquí obras de Freud, Bataille, Lacan, Platón, Pamuk, etc., y su incidencia no podría descifrarse como reiteración de esos aportes; de hecho, el tema abordado impone remontar cuanto en esas producciones se ofreciera, y si bien ello no busca ser remarcado desde personalizaciones afirmantes y prepotentes (más bien, en realidad, exigencias de método que lo transdisciplinar connota) lo cierto es que rechaza la manera habitual de incluir esta “cola de cometa” que son la bibliografías, a las cuales gusta usárselas con criterio académico, pensando que -por sólo ello- se pone a volar la reflexión; reconociendo sin embargo, que se trata de un ordenado y equilibrado ejercicio de razón adherido a la tradición del pensamiento; lo cual comporta por ende, el indiscutible repliegue frente a los discursos precedentes, y en cuanto tales fundantes .

Sea